Vivi Junior

MI JEFE ESTÁ EN APUROS

Los Thompson



MI JEFE ESTÁ EN APUROS

Vivi Junior

Copyright © 2024 Vivi Junior

Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito del autor.

CONTENTS

Title Page
Copyright
1. TE NECESITA A TI
2. ¿MAÑANA?
3. YA LO VEREMOS
4. DOSCIENTOS MIL DÓLARES
5. MÁS QUE LISTA
6. EMPIEZA EL SHOW
7. ¿Y TÚ ERES?
8. APARTE DE MÍ
9. TENEMOS UNA CITA
10. NO MIENTAS
11. HASTA AHORA
12. PUES TE DESPIDO
13. VAMOS A BAÑARNOS
14. ¿PERO POR QUÉ?
15. Y YO TAMBIÉN
16. MI CHICA
17. ¿Y SI SALE BIEN?
18. VIDA O MUERTE
19. LA NECESIDAD
20. SOLO MÍA
21. LA CITA PERFECTA
22. YO TE AYUDO
23. EL PROYECTO PEARSON
24. TE FALTA CALLE
25. ESO ES UN SÍ
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

About The Author
Books By This Author

1. TE NECESITA A TI

—Gracias, P.J. Te debo una.

Le doy un beso en la mejilla a mi compañero, amigo y hermano mayor de mi mejor amiga antes de salir del coche. No he llegado a cerrar la puerta cuando mis padres salen de casa con caras de preocupación.

—¿Qué ha pasado, hija?

Voy tarde. Los abrazo a los dos a la vez y entro con ellos a casa. Qué no ha pasado es la pregunta.

—Una pelea de bandas, ha venido la policía y por eso se ha alargado la noche. No ibas a estar dos horas esperando en el coche, papá.

Dios, estoy agotada. Son las siete de la mañana. La noche en la discoteca ha sido extenuante, y no me voy ni a poder echar un par de horas porque me tengo que ir ya al bufete.

—Me voy a duchar.

Mi madre, vestida ya con su uniforme para ir a trabajar, me da un beso en la cara. No sé qué pasa, pero pasa algo. Lo noto en el ambiente.

—Te voy a preparar el desayuno.

—¿Pasa algo, mamá?

Me dice que no con la cabeza, pero es evidente que sí.

—Que no... Ve a ducharte que hueles a alcohol... ¿has bebido?

Sí. Beber. Lo que me faltaba. Me río, subiendo las escaleras.

—No, me han derramado una bandeja de copas encima.

Odio desmaquillarme para volverme a maquillar. Maldigo al estúpido que me ha tirado la copa y mojado todo el pelo de vodka, porque precisamente hoy tengo el tiempo justo para lavarme la cabeza.

Media hora después, me miro en el espejo. Como cada mañana, me asombro de cómo cambio al pasar de llevar pantalones ajustados y minifaldas con tops demasiado escotados, a la ropa formal con la que voy a la oficina. Es que parezco otra persona. Literal.

Me hago una cola sacándome unos mechones para que me enmarquen el rostro, y justo cuando salgo con el bolso de mi cuarto me choco con mi sobrino.

—¡Tía Maddy!

Me agacho y le doy un abrazo fuerte. Lo amo con toda mi alma.

—Buenos días, Ben. ¿Preparado para el cole?

—No. ¿Pero es lo que hay, no?

Riéndome, le doy un beso en la frente y me dirijo con él hacia las escaleras.

—Pues sí, cariño.

Me encuentro en la cocina a mi hermano Adam, apurando el desayuno para ir al instituto.

—Hola, guapo.

—Hola, guapa.

Mi hermano lleva a mi sobrino con él al cole. Mi hermana Tessa trabaja en una cafetería por aquí, cerca de casa, con Ali, mi mejor amiga y hermana de P.J.. Yo suelo acompañar a Ben y Adam unas cuadras, hasta la parada del metro. Pero hoy no me va a dar tiempo. Maldita sea.

No puedo obviar la preocupación que veo en los rostros de mis padres mientras me bebo la taza de café que mi señora madre me ha preparado de un solo sorbo.

—¿Me vais a decir qué pasa?

Mi padre, con los ojos llorosos, suspira y me da un sobre. Nerviosa, lo abro y sonrío con resignación cuando leo la carta. Genial. El banco nos da un mes para pagar la deuda médica de mi padre y si no, nos quitan la casa. Hijos de la gran puta.

—Tenía que haberme muerto.

Miro a mi padre con toda la rabia que llevo dentro.

—No quiero que vuelvas a decir eso.

Mi padre me clava la mirada.

—Es la verdad, mira cómo estáis todos por mi culpa.

Mi madre, de espaldas a él, se seca una lágrima, mientras que Adam y Benji permanecen en silencio.

—El cáncer te tocó a ti pero nos podía haber tocado a cualquiera. Y tú habrías hecho lo mismo por nosotros.

Me quedo mirando la carta. ¿Qué voy a hacer?

—No os preocupéis, lo voy a solucionar.

Mi madre abraza a mi padre y me mira con consternación.

—¿De dónde piensas sacar 185.000 dólares?

No lo sé.

—Ya se me ocurrirá algo.

Mi hermano se ríe, lanzándome una tostada.

—Si vas a robar un banco, me apunto. Me llevo a Johnny.

Sí, claro. Cómo si me pudiera fiar de Johnny. Me pongo la blazer y masticando la tostada, cruzo el salón para salir de casa.

—No voy a robar ningún banco. Pero me tengo que ir ya... a la vuelta hablamos. Tranquilos, lo solucionaré… ¡Os quiero!

Nada más cerrar la puerta me apoyo en ella y lucho con todas mis fuerzas para no romper a llorar. ¿De dónde coño voy a sacar 185.000 dólares en un mes? Abatida, agotada y ahogada por la situación, mi ansiedad se dispara aún más cuando el metro se detiene en mitad de un túnel. Nunca llego tarde. Jared Thompson odia la impuntualidad.

—Y será verdad...

¿Qué más me puede pasar hoy? Tardan más de media hora en arreglar la avería, lo que me obliga a correr dentro y fuera de la estación porque ya llego veinte minutos tarde. Tras pasar el control de seguridad del edificio, asfixiada por la carrera llego a los ascensores. Justo a tiempo para tropezar y chocar contra un hombre.

—Ay, lo siento... Disculpa, disculpa...

Cuando se da la vuelta me dan ganas de morirme. Es Dereck Thompson. El hermano de mi jefe. Y mi jefe también. Mierda, Maddy. Mierda.

—Te disculpo.

Sus penetrantes ojos azules me dejan sin respiración. Sin la poca que me quedaba. Nunca había estado tan cerca de él. Es guapísimo. Dios.

—Buenos días, Madison.

Me obligo mentalmente a mirar a Jared. Su hermano. Los dos juntos parecen un sueño hecho realidad. Una fantasía sexual en toda regla. ¿Habrá algún Thompson más por ahí?

—Buenos días, señor Thompson. Disculpa, debería estar ya en mi puesto de trabajo pero ha habido una avería en el metro y...

—¿La has causado tú?

¿Cómo? Miro a Dereck con las manos temblorosas.

—¿Perdón, señor?

Una sonrisa se dibuja en su rostro. En su precioso rostro. Su mandíbula marcada, cubierta de una incipiente y cuidada barba, le da un aire de dureza que suaviza un poco con sus pequeños rizos rubios. Dios.

—La avería, digo. ¿La has causado tú?

No puedo evitar que se me escape la risa.

—Por supuesto que no, señor.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. No te vamos a comer porque llegues tarde... ¿o sí?

¿Qué? Jared le da un codazo negando con la cabeza.

—No le hagas caso.

Cuando se abren las puertas del ascensor, me ceden el paso y me coloco al final. Jared se pone junto a mí mientras que Dereck se apoya en la pared de enfrente, mirándome. No puedo mantenerle la mirada.

El silencio del ascensor es tan tenso, que solo puedo escuchar el latido de mi corazón. Cuando

llegamos a la décima planta, las puertas se abren y tras sonreírles tímidamente, salgo de allí y corro hasta mi mesa.

—Mira quién se digna a aparecer...

Ni siquiera miro a Peter. No estoy de humor.

—No me toques hoy mucho la moral, te lo advierto.

Aprovecho mientras se enciende el ordenador para ir al baño e intentar serenarme. No tengo tan mal aspecto para no haber dormido nada. Me refresco un poco el cuello con el agua del lavabo y tras observar mis ojos vidriosos, salgo del aseo y veo desde el fondo del pasillo a Jared sentado en mi mesa. Maddy, respira.

—Señor Thompson...

Su mirada es tan enigmática que me pone nerviosa.

—Maddy... acompáñame.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Me va a despedir?

Jared me mira como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Por qué te iba a despedir?

Gracias a Dios. Si me despiden ya no sé qué voy a hacer con mi vida y la de mi familia.

—Vale, vale...

—¿Estás bien?

No.

—Sí.

Le sigo hasta el ascensor y contengo la respiración cuando marca el botón de la plata once. Nunca he estado en la planta once. Mierda.

—¿A dónde vamos, señor?

—Mi hermano quiere hablar contigo.

¡¿Que qué?!

—¿Su hermano?

—Sí, Dereck.

Genial. Me va a dar algo.

—¿Me va a despedir él?

Jared se echa a reír.

—Y dale, que nadie te va a despedir.

—¿Entonces qué necesita su hermano?

Jared sonríe.

—A ti. Te necesita a ti.

2. ¿MAÑANA?

No sé qué necesita Dereck Thompson de mí. Y me estoy estresando mucho. El corazón me late a mil por hora.

—Adelante.

Jared me abre la puerta y me deja pasar primero. Con paso firme camino por el despacho hasta plantarme delante de Dereck. Por dentro estaré hecha un flan, pero no voy a permitir que se note.

—Señor Thompson...

Con un codo apoyado en su sillón y el mentón sobre su mano, me mira con una media sonrisa. Jared se apoya contra un mueble, a su derecha.

—Madison... siéntate.

Obedezco, sentándome recta sin hundir los hombros. No creo que pueda disimular mi tensión. Nunca he estado en este despacho. De hecho, nunca había estado frente a Dereck Thompson.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí, Madison?

Mal empezamos.

—Casi un año, señor.

Parece divertirle que lo llame así, a juzgar por su sonrisa.

—Mi hermano me ha dicho que es muy eficiente y discreta.

Asiento levemente con la cabeza.

—Yo solo vengo a trabajar, señor.

Dereck se acerca a la mesa, apoyando los brazos sobre ella.

—Tengo un trabajo que ofrecerte, Maddy... ¿Te puedo llamar Maddy?

¿Cómo que un trabajo? Y con esa boca me puede llamar como quiera.

—Sí, claro. Llámeme como... como quiera.

Faltaría más.

—Antes de nada, no quiero que te ofendas.

¿Por qué me iba a ofender?

—¿Ofenderme, señor?

Veo como Jared pone los ojos en blanco ante la sonrisa de su hermano.

—Necesito que finjas ser mi novia unos días delante de mi familia.

Parpadeo varias veces. ¿Qué ha dicho?

—¿Cómo?

—Por supuesto no tendríamos ningún tipo de relación íntima, simplemente sería actuar como una pareja delante de mi madre.

¿Simplemente? “Simplemente”. Me va a explotar la cabeza.

—Te lo pagaría, evidentemente.

Debería sentirme… ¿insultada?

—Señor Thompson, yo…

—Te pagaré bien, Maddy

¿Podría…? Una bombilla se enciende en mi desordenada cabeza.

—¿Cuánto me pagaría?

—¿Cuánto quieres?

Un rayito de esperanza se abre paso en mi interior. Me miro las manos un segundo. A ver cómo pido esto…

—Quiero un préstamo.

Los hermanos Thompson me miran a la vez con una ceja levantada.

—¿Un préstamo?

Asiento con seguridad.

—Hay muchas empresas que ofrecen préstamos a sus empleados y se lo van cobrando de su sueldo. Como parte del departamento de contabilidad sé que aquí no se hace, pero podría hacerse.

Trago saliva esperando su respuesta. Dereck me observa unos segundos en silencio hasta que se digna a abrir la boca.

—¿Cuánto?

¿Cuánto necesito? Pues a ver... ¿Cómo se lo digo?

—Ciento ochenta y cinco mil dólares.

Parpadea sorprendido. Y Jared también.

—Vaya... ¿para qué es?

Me aguanto las ganas de cerrar los ojos. No entiendo por qué me tengo que avergonzar de esto...

—Para pagar un préstamo, señor.

Dereck cruza los dedos de las manos sin apartarme la mirada. A Jared ni lo miro. Me estoy muriendo de la vergüenza.

—¿Me estás pidiendo un préstamo para pagar un préstamo que no has podido pagar?

Exactamente. Qué fatiga estoy pasando.

—Trabajaré gratis para devolvérselo. Quédese con mi sueldo entero...

Jared no ha abierto aún la boca pero se acerca a la mesa de su hermano, inclinándose y apoyando las manos en el cristal.

—¿En qué estás metida, Maddy?

Los ojos se me llenan de lágrimas al instante, pero las retengo. No voy a llorar delante de mis jefes. Igual cuando salga sí.

—En nada ilegal, señor. Son... son deudas médicas.

—¿Estás enferma?

Niego con la cabeza mirando a Dereck directamente a los ojos.

—Mi padre...

Trago saliva. Creo que a nadie le gusta airear sus problemas con sus jefes, y mucho menos sus problemas económicos. Pero como dice mi sobrino… es lo que hay, ¿no?

—Mi padre ha estado siete años luchando contra un cáncer de estómago. Gastamos todos nuestros ahorros en el inicio del tratamiento, las facturas se empezaron a acumular y tuvimos que rehipotecar la casa para que el banco nos diera un crédito. Si no… si no pago… en un mes nos quitan la casa.

Las caras de mis jefes son un poema. Creo que esto no se lo veían venir.

—Yo... yo vengo aquí cada día prácticamente sin dormir porque me paso las noches poniendo copas en una discoteca hasta las cinco de la madrugada.

Jared me mira arrugando la frente. Dereck ni se inmuta.

—Y los fines de semana que no tengo que venir a la oficina, trabajo todo el día en una cafetería sirviendo mesas y por las noches vuelvo a la barra de la discoteca a aguantar babosos y pandilleros y…

Dereck me interrumpe, cruzándose de brazos en su silla.

—¿Tienes tres trabajos?

Le digo que sí con un leve movimiento de cabeza.

—Mi hermana trabaja en la misma cafetería que yo a tiempo completo y mi madre es limpiadora y… y aun teniendo artritis trabaja doce horas al día... Mi hermano y mi sobrino son niños aún... van a la escuela... Y a mi padre... A mi padre no lo contrata nadie... Nadie quiere como trabajador a un paciente oncológico…

Respiro unos segundos, mirando a Dereck Thompson a los ojos.

—Todo lo que ganamos nosotras es para pagar facturas, y no es humanamente posible que reunamos en un mes ciento ochenta y cinco mil dólares. Así que si usted me necesita a mí, yo también lo necesito a usted... señor Thompson.

El silencio en el despacho es casi asfixiante.

—¿Tu padre cómo está?

Se me escapa una pequeña sonrisa.

—En remisión.

Dereck y Jared también sonríen.

—Es lo único que importa.

Veo como Dereck abre un cajón de su escritorio y saca un... ¿talonario? Cuando escribe sobre él, lo arranca y me lo entrega estirándose por encima de la mesa. No sé cómo consigo que no me tiemble la mano. ¿Doscientos mil dólares?

—Ha puesto quince mil dólares de más, señor.

Dios. Creo que tengo la tensión por las nubes.

—Está bien así.

Siento que el corazón se me va a salir por la boca en cualquier momento. Creo que he agotado hoy la suerte de toda mi vida.

—Gracias, se lo devolveré…

Dereck agita la mano en el aire.

—Ahora mismo lo importante es que salves tu casa, y puedas dejar los otros dos trabajos... ¿porque los vas a dejar, no? Como para que vengas todos los días descansada a trabajar y esas cosas…

Dios, sí. Por supuesto que sí.

—Sí, señor.

—Dado que vamos a fingir ser pareja… deja de llamarme señor, ¿quieres?

Asiento lentamente. No me puedo creer que tenga ciento ochenta y cinco mil dólares en la mano. Mentira. Doscientos mil. Estoy en shock.

—Está bien... Dereck. ¿Cuándo… cuándo nos vamos?

—Mañana.

¡¿Qué?!

—¿Mañana?

—¿No puedes mañana?

¿Mañana? Joder.

—Por este cheque puedo cuando usted ordene, señor. Digo... Dereck.

—Tienes que dejar de hablarme de usted.

No me puedo creer que me esté pasando esto. ¿Voy a fingir ser la novia de mi jefe? ¿A cambio de terminar con la deuda que llevamos años intentando pagar? ¿Esto está pasando de verdad? ¿O estoy soñando?

—¿Te puedo preguntar por qué necesitas que finja ser tu novia?

Los hermanos comparten una mirada y se ríen.

—Digamos que mi madre es una controladora que nos quiere casar a todos. Le dije que estaba saliendo con alguien para que me dejara en paz y ahora es la fiesta de cumpleaños de mi padre…

y si voy solo pensará que le estoy mintiendo y me va a querer emparejar con alguna de esas odiosas pijas como ella…

Vaya, cuánta sinceridad… ¿No le gustan las pijas? A mí tampoco.

—Vale...

Jared le da unos golpes en la espalda sin dejar de mirarme.

—Yo le he dicho que contratara a una chica de compañía pero te prefiere a ti. Yo a esto lo llamo tener un flechazo.

¿Cómo? Dereck se queda mirándome fijamente, haciendo oídos sordos hacia las palabras de su hermano.

—Recoge tus cosas, te espero abajo.

Pero si acabo de llegar.

—¿Para?

—Si vamos a fingir que somos una pareja como mínimo nos tendremos que conocer. E inventarnos una historia de amor convincente, ¿no?

O sea, que hoy no voy a trabajar. Y voy a pasar el día y el fin de semana con mi jefe y su adinerada familia. Con mi sexy, guapo y atractivo jefe... como si fuéramos novios. Joder. ¿Esto es real?

Y tengo en mis manos un cheque con doscientos mil dólares para saldar la deuda médica de mi padre y que va a ser un soplo de aire fresco para mi familia. Dios mío.

¿Qué puede salir mal?

—No tardes, Maddy.

3. YA LO VEREMOS

—Tía… ¿me estás vacilando?

Miro mi reflejo en el espejo con cara de circunstancias.

—Ali… ¿crees que me podría inventar algo así?

Me siento en el sillón del probador escuchando de fondo el chirrido que hace la puerta trasera de la cafetería en la que trabajamos que da al callejón.

—O sea… me estás diciendo… que tu jefe, un pijo de mierda que está como un tren… te ha pedido que finjas ser su novia durante un fin de semana delante de su familia y te ha dado a cambio un cheque de doscientos mil dólares.

Sí. Justamente. Eso mismo.

—Tal cual, pero no parece un pijo de mierda.

—Madison, es de los putos Hamptons. ¡Los Hamptons!

Me ahogo con mi propia risa.

—Parezco una pija de mierda con esta ropa.

—¿Qué ropa?

Ah, eso.

—Me ha traído a una boutique para comprarme ropa acorde a la ocasión.

—Será hijo de puta… ¡Te pondrás lo que te salga de ahí abajo!

Niego con la cabeza, pasando mis dedos por la tela plisada del pantalón. Es precioso. Y caro. Jodidamente caro. La ropa no tiene ni el precio puesto en las etiquetas.

—Sabes de sobra que mi armario no es apto para la alta sociedad, Ali. Antes de nada se ha disculpado por si me resultaba ofensivo.

—Oh, vaya… qué detalle…

Alika no les tiene mucha estima a los hombres, y menos si son ricos. Y blancos. No se fía de los blancos. Y la entiendo.

—No es mala persona, Ali.

—Literalmente lo has conocido hace dos horas, Madison. No sabes si es una buena o mala persona.

Sinceramente no sé por qué, pero lo presiento. Hay algo que no puedo explicar, pero siento que

me puedo fiar de él.

—Es un buen tío.

—¡Que no le conoces! Que sepas que ese te quiere llevar a su cama y tú vas a caer como una maldita imbécil.

—Que noooo… ¿por quién me tomas, Ali? Es mi jefe, esto es solo trabajo.

Por su resoplido, sé que si me hubiera tenido delante me habría dado un empujón. Alika es la tía más brusca que me he echado a la cara.

—Ay, Maddy… Por favor, que tienes veinticinco años… ¡Ubícate!

No puedo evitar reírme al mismo tiempo que me quito los pantalones.

—Estoy ubicada, y precisamente por eso sé que un hombre como él no estaría con una chica como yo…

Como yo de pobre.

—Como nosotras, amiga. Pero céntrate, joder. Que tú y yo somos de la calle y sabemos de sobra cómo funcionan los hombres. No le cojas cariño porque luego me vas a querer prohibir que vaya a quemarle su deportivo de mierda cuando te rompa el corazón y la vamos a tener.

—Tienes un carácter del demonio, Ali.

—Porque soy una negra del demonio, Maddy.

Esa es su frase favorita desde… Ni me acuerdo. Desde siempre, supongo.

—Te recuerdo que eres medio blanca.

Su carcajada me hace sonreír, y sé que la llamada se va a terminar cuando vuelvo a escuchar el maldito chirrido de la puerta.

—Ya sabes que de blanca tengo poco.

Bueno, de blanca tiene mucho… como los ojos azules y la piel bastante clara de su madre, entre otras cosas. Los genes negros de su padre parece que se gastaron con sus dos hermanos mayores. Pero la historia de Ali y su odio a los blancos es mejor dejarla para otro momento.

—Te dejo que vuelvas al trabajo.

—No me puedo creer que el domingo fuera nuestro último día juntas en la cafetería y no lo supiéramos.

Yo tampoco. Sigo en shock.

—Y en la discoteca.

—Ya te vale, ahora gracias al Thompson de los cojones me toca aguantar sola a los pandilleros… ¡Maldito cheque de mierda!

Me echo a reír porque obviamente la conozco lo suficiente como saber que lo dice de coña y que en cuanto cuelgue se le va a escapar alguna lágrima de felicidad. Ella tampoco ha tenido una vida fácil, pero ha visto cómo llevo años matándome a trabajar sin descanso. Igual que ella.

—Te quiero, Alika Pearson.

—Te quiero, futura Madison Thompson.

—Vete a la mierda, blanquita.

Cuelgo la llamada sonriendo. Está loca si se piensa que voy a ser tan tonta como para caer en las redes de un hombre que necesita pagarle a alguien para que se haga pasar por su pareja. Poco se habla de la clase de bruja que debe tener como madre.

—¿Señorita Davis?

Me doy la vuelta y abro un poco la cortina, encontrándome con la estilista que me está escogiendo absolutamente todo. Parpadeo sorprendida cuando veo la cantidad de lencería que lleva en sus manos.

—¿Y esto?

—El señor Thompson ha pedido que le busque de todo.

¿De todo incluye lencería de encaje y sexy?

—¿El señor Thompson ha elegido esto?

La chica niega con la cabeza.

—Está demasiado ocupado discutiendo por teléfono ahí fuera.

A regañadientes, y entendiendo que solo está haciendo su trabajo, cojo todas las perchas y las cuelgo en el interior del probador. Cabe mencionar que es el probador más amplio que he visto en mi vida, dentro de una sala privada que ya es grande de por sí.

Dereck estaba fuera esperando en el sofá, pero hace un rato ha salido cuando le ha sonado el teléfono. Ha sido muy imperceptible, pero he llegado a notar la molestia en su tono de voz. Algo sobre un caso de una demanda colectiva o algo así.

—Ni tan mal, oye…

Me sorprendo a mí misma con lo bien que me queda este conjunto rojo. Creo que me ha traído una cantidad excesiva de ropa interior para tres días, pero bueno… no lo voy a pagar yo, así que… Abro la cortina y retrocedo un poco, para mirarme de más lejos en el espejo. Vale, estoy espectacular. O sea… sin palabras.

—Maddy…

Y será verdad. Trato de mantener la seriedad cuando me doy la vuelta y me encuentro de frente a Dereck Thompson parado en mitad de la sala. ¿En qué momento ha vuelto a entrar?

—¿Te gusta?

Dereck parece que se obliga a mover la cabeza y dejar de mirarme las tetas. ¿Por qué coño le he preguntado esto?

—Perdona, no… No pensaba que fueras a abrir la cortina, yo… acabo de…

De entrar. Evidentemente.

—No pasa nada, culpa mía.

Nos miramos en silencio y se me escapa una pequeña sonrisa cuando veo cómo traga saliva y se afloja disimuladamente la corbata. No sé por qué mis pies no se mueven del suelo, pero menos mal que soy capaz de accionar mis brazos, y señalar con una mano hacia el probador.

—Voy a… vestirme.

—Buena… buena idea.

Esa voz ronca… Maddy, ¡ubícate! Camino de espaldas para que mi jefe no vea mi culo forrado en encaje rojo y sin darme cuenta me como la esquina del probador con la espalda.

—¡Ay! Ah, la puta madre…

Antes de darme cuenta, tengo a Dereck a mi lado y su mano en el brazo.

—¿Estás bien?

Levanto la mirada, subiéndola desde los botones de su camisa hasta sus ojos y asiento levemente. Bien caliente, sí.

—Sí… Dereck, eh…

Mierda, no puedo pensar con su olor inundando mis sentidos.

—Dime…

Necesito que aparte su mano porque siento que me estoy quemando.

—Emm… no soy tan torpe.

Sus labios se curvan un poco, pero no se aleja ni un poquito de mí. Esta proximidad y esta… intimidad con un hombre… Yo… Ay, señor. Se me está nublando el juicio.

—¿No?

—No… y lo debes de estar pensando porque ya me he tropezado esta mañana contigo y ahora…

Estoy tan tensa que me cuesta mantenerle la mirada, aún más cuando la alterna entre mi boca y mis ojos y parece esforzarse en centrarse en mi cara y no en otras partes de mi cuerpo como ha hecho hace un momento.

—Yo me alegro de que hayamos tropezado.

—¿Ah, sí?

No dice nada, pero mueve su cabeza afirmativamente.

—¿Por qué?

—Porque nunca había conocido a una mujer como tú.

Alika. Ven a rescatarme. Ahora.

—No me conoces…

—Pero te quiero conocer…

Venga, Maddy. Aparta. Hago uno de los mayores esfuerzos de mi vida para retroceder un paso y entrar en el probador.

—Mejor que me conozca con ropa, señor Thompson.

Dereck levanta una ceja e intenta acercarse pero le cierro la cortina en la cara, llevándome las manos al pecho en cuanto la suelto. Dios mío, ¿cuándo he sentido yo esta tensión sexual con alguien? Tengo que tranquilizarme antes de salir ahí afuera.

Para cuando lo hago, la dependienta ya se lo ha llevado todo y me encuentro con Dereck directamente en la caja, rodeado de bolsas y de… mujeres. ¿Por qué no me sorprende? Pero

desde el momento en el que cierro la puerta de la sala VIP, sus ojos no se despegan de mi persona, ignorando por completo al resto de chicas. ¿Solo trabajo? Sí. Seguro.

—¿Lista?

Bueno, al menos me han dejado de temblar las piernas.

—¿Y tú?

Me cruzo de brazos, y me quedo quieta cuando se acerca a mí.

—Tengo hambre.

Yo tengo el estómago cerrado.

—¿Qué quieres comer?

Su mirada me provoca un escalofrío.

—Lo que me apetece en este momento no me lo puedo comer.

Vaya. Ali va a tener razón.

—¿Ah, no? ¿Y qué te apetece?

Me esfuerzo para no cerrar los ojos cuando se acerca a mi oído.

—Si te lo digo… no sería nada profesional por mi parte.

Me lo veía venir. Qué previsible son los hombres, por Dios,

—Ante todo es mi jefe… ¿no, señor Thompson?

—Por desgracia, sí… Aunque te puedo despedir y así no tener que ser profesional contigo, Maddy.

Y será verdad.

—¿Y si no te devuelvo el dinero?

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Sin poder controlar mis manos, las llevo hasta el nudo de su corbata para apretarlo y ponerlo derecho. ¿Por qué lo estoy haciendo? Ni puta idea.

—¿Sabes qué pasa, Dereck? La cosa es que… yo no estoy dispuesta a correr ningún riesgo.

La piel se me pone de gallina cuando me roza la mejilla con el dorso de sus dedos. Es como si me ardiera la piel.

—Ya lo veremos, Maddy.

4. DOSCIENTOS MIL DÓLARES

—¿Cómo me va a cobrar el préstamo, señor Thompson?

—¿Cuántas veces más te voy a tener que decir que me llames Dereck?

Unas cuantas más por lo que veo.

—Disculpe...

—Discuuulpa...

Joder. Me estoy estresando. ¿Va a parar de corregirme? Observo con atención cómo el queso de la hamburguesa le chorrea por la mano hasta caer sobre el plato. Desde luego que no come como un pijo.

—Dios, no sé si voy a poder hacerlo…

—Claro que sí, si te cuesta tanto llamarme Dereck... dime cariño o mi amor o cualquier mierda de esas...

Casi me atraganto con el vaso de agua. ¿Pero cómo voy a llamar "mi amor" a mi jefe? Si me cuesta llamarlo por su nombre, por Dios… Esto es una locura. Es una puta locura. No va a salir bien.

—¿No piensas responderme a lo del préstamo?

Su sonrisa llevándose una patata a la boca casi me hace reír. Creo que nunca he visto a una persona tan feliz solo por comerse una hamburguesa con dos kilos de queso y patatas fritas.

—Así me gusta... tuteándome...

Qué pesadilla.

—¡Dereck! ¡Esto es importante!

Me mira levantando una ceja.

—¿Gritándole al jefe?

Le mantengo la mirada con seriedad.

—Creo que lo mejor es que nos olvidemos durante estos cuatro días que eres mi jefe y yo tu empleada, *mi amor*.

El retintín de mis palabras le hace reír.

—Me parece bien, *cariño*... Y ahora mismo para mí no hay nada más importante que esta grasienta hamburguesa.

Esto no va a salir bien. De verdad que no.

—¿Tu comida favorita?

—¿La tuya no?

Le digo que no con la cabeza mientras mojo una patata en kétchup.

—Mi comida favorita es la pizza…

—Mi segunda comida favorita.

— ... con piña.

Deja la hamburguesa suspendida en el aire y me mira con la boca abierta después de haberme interrumpido.

—¿Qué te pasa? O sea, ¿qué clase de persona eres para comerte esa aberración? Te deberían quitar la nacionalidad estadounidense.

No puedo evitar reírme ante su cara de espanto.

—¿La has probado?

—Por supuesto que no y por supuesto que no la voy a probar.

—¿Entonces cómo sabes que es una aberración?

—Es que no me hace falta probarla para saberlo.

—Eres un escéptico.

—Y lo seguiré siendo, gracias.

—Tú mismo, si prefieres vivir en la ignorancia es problema tuyo.

—¿Me estás llamando ignorante?

Debería intentar sonar más ofendido a la próxima.

—Sí.

Mi día está siendo surrealista. Hemos pasado la mañana de tiendas porque Dereck me ha dicho, literalmente: "no quiero que te ofendas pero te voy a comprar ropa para que las que no te ofendan sean mi madre y sus amigas". Así que no me ha quedado otra que aceptar que me compre unos cuantos conjuntos de ropa delicada y cara, varios pares de zapatos y demasiada ropa interior para tan pocos días.

Mi jefe, con el que no había cruzado ni una sola palabra, comprándome ropa interior para pasar el fin de semana con su familia en su mansión de Los Hamptons. En Los Hamptons, yo. Yo, que me he pasado la noche en una discoteca poniendo copas y poniendo paz entre una pelea de bandas. Sinceramente, cuando he salido esta mañana de mi casa, con un mes para pagar una deuda de ciento ochenta y cinco mil dólares, no me imaginé que en cuestión de un momento iba a terminar ejerciendo lo que a efectos prácticos se conoce como: chica de compañía.

—Bueno, ¿nos vamos?

La hora de comer se nos ha pasado un poco porque también hemos ido a una joyería. Solamente quiero llegar a casa y explicarle todo a mis padres porque lo único que he hecho ha sido mandar un mensaje en nuestro grupo diciendo "tengo el dinero, luego os cuento".

Como todo un caballero, después de haber pagado y salido del restaurante, Dereck me abre la puerta del coche. Era de esperar.

—No hace falta que me lleves a casa…

No me fío de quedarme a solas en un coche con él. No me fío de mí misma después del numerito del probador.

—Así repasamos por el camino.

Ay, señor. Dame fuerzas. En silencio, nos incorporamos con su Porsche al tráfico de Nueva York. Odio la ciudad. No podría conducir aquí.

—Por cierto, ¿dónde vives, Maddy?

En un sitio en el que de seguro nunca ha estado.

—En Red Hook.

Lo miro de reojo en silencio esperando su reacción.

—¿No vas a decir nada?

Dereck se encoge de hombros, tomando la dirección hacia Brooklyn.

—¿Qué quieres que diga?

No sé, ¿algo?

—Tu madre no entraría a Red Hook.

En sus labios se dibuja una pequeña sonrisa.

—No, no lo haría.

Red Hook es un barrio un tanto... peculiar. No llega a ser el Bronx, pero en los noventa era considerado una de las peores zonas no solo de Nueva York sino de todo Estados Unidos. Ahora es un barrio más o menos normal, pero la gente tiene muchos prejuicios aún.

—¿Y si le decimos que vivo... no sé... en el Upper East Side o algo así? No querrás matarla de un infarto...

Mi jefe se ríe y hace que me relaje un poco.

—Vale, diremos que vives en el Upper East Side y que estudiaste Contabilidad y Finanzas en la Universidad de Nueva York en vez de en la Estatal, ¿te parece bien?

—Vale.

Total, no voy a volver a ver a esa señora. ¿Qué más da decir que he estado en una universidad de prestigio en vez de una para pobres?

—Venga, repasemos mi parte.

Pongo los ojos en blanco y dejo de mirar por la ventana para centrar mi atención en este pedazo de hombre… que es mi jefe.

—Te llamas Dereck Christopher Thompson, hijo de Dereck y Elizabeth Thompson. Tienes dos hermanos, Jared y Mark, y una hermana, Lizzie. Todos sois abogados, como vuestro padre… que tiene su propio bufete y vive con tu madre en Los Hamptons.

Vaya familia.

—¿Qué más?

—Estudiaste en Harvard, como tus hermanos… Te graduaste con honores y fundaste con Jared el bufete J. D. Thompson… Yo empecé a trabajar allí hace un año, me hice amiga de tu hermano y hace un par de meses surgió la chispa entre nosotros y nos enamoramos locamente.

Dereck se limita a sonreír.

—Eres la mujer de mi vida.

Se me coge un pellizco en el estómago. Ojalá algún día un hombre me diga esas palabras porque las sienta de verdad. Y sin sarcasmo.

—Tienes que sonar un poco más convincente para que tu madre te crea.

Repasándolo todo cuatro veces, añadiendo más detalles e indicándole a Dereck qué calles coger, llegamos a la puerta de mi casa. Los dos nos bajamos del coche a la vez y Dereck se adelanta para sacar las innumerables bolsas del maletero antes que yo.

—Déjalo, ya me encargo yo.

—Son muchas cosas... déjame que te ayude.

Lo que quiero es que se vaya. No me hace falta mirar hacia la ventana de mi salón para saber que mi padre está mirando, al igual que unos cuantos vecinos de la calle. Desde luego que el coche discreto no es.

—Lo que tienes es que irte… ya.

Dereck me agarra suavemente del brazo y me obliga a mirarlo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás nerviosa?

Él me pone nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Sí lo estás.

Maldición. Estar tan cerca de él es asfixiante. Es que es demasiado guapo. Demasiado atractivo. Demasiado sexy. Demasiado todo.

—¿Cuántos Porsche crees tú que entran aquí? Me conoce todo el mundo y sé que van a pensar lo que no es.

Sus ojos descienden a mi boca unos segundos que se me hacen eternos. Nunca me había sentido así de atraída por un hombre. Un hombre al que no conozco. Un hombre que es mi jefe.

—¿Qué van a pensar?

Trago saliva, bajando un poco la voz.

—¿En este momento? ¿Cargada de bolsas de tiendas caras y bajando de un Porsche con un tipo como tú que tiene la palabra “rico” tatuada en la frente? Como poco, que soy tu chica de compañía o una cazafortunas. Y eso es exactamente lo que va a pensar tu madre, porque no la vamos a poder engañar.

Dereck me mira con tanta intensidad que me cuesta mantener los ojos abiertos. ¿Pero qué coño me pasa?

—No eres ni lo uno ni lo otro. Solo soy… tu jefe.

Bajo la mirada un momento a su mano en mi brazo y a la cercanía de nuestros cuerpos. Sí, ya. Mi "jefe".

—Pues suéltame, porque no es lo que parece.

Lo hace lentamente, sin apartar los ojos de los míos.

—Te recojo mañana a las diez... *cariño*.

Agarro todas las bolsas que había vuelto a dejar en el maletero y le regalo una sonrisa. Una muy falsa sonrisa.

—Vale, *mi amor*.

Sonríe como un imbécil y me doy la vuelta para entrar en mi casa. Nada más hacerlo, me dejo caer contra la puerta, cerrando los ojos.

—¿Qué acabo de ver?

Abro los ojos y clavo la mirada en mi padre, que me observa desde el sofá. Solo por él va a merecer la pena esta tortura. Porque estar tan cerca de Dereck Thompson y no poder tocarlo es una maldita tortura.

—Ciento ochenta y cinco mil dólares, papá.

Bueno, doscientos mil.

5. MÁS QUE LISTA

—No estoy de acuerdo en esto.

Pongo los ojos en blanco. Otra vez.

—Papá, ya lo hablamos ayer.

Y no les gustó nada lo que iba a hacer. Ni a él ni a mi madre.

—Tu padre tiene razón, no deberías hacer esto.

Mi hermana es la única que me apoya. De hecho, está emocionadísima.

—Dejadla ya... solo va a fingir que es su novia, no es como si se fuera a prostituir... Ha conseguido pagar la deuda y quince mil dólares de más. Esto nos va a dar un respiro y ayudar a que tú, mamá, reduzcas tu jornada y te recuperes un poco de esa rodilla.

Le doy mentalmente las gracias. Estoy agotada de lo mal que he dormido. No he conseguido descansar en toda la noche. Maldito Thompson.

—Mira, las cosas se han dado así... Ya está, Dereck es un buen tío... y su hermano Jared también. Él me ha hecho un favor a mí y yo le voy a hacer otro favor a él. Fin de la historia.

Mi padre, que no ha probado bocado del desayuno, niega con la cabeza. Está muy disgustado.

—Ese quiere algo más contigo.

Eso creo que ya quedó claro ayer.

—No, papá.

—Madison, yo ayer vi lo que vi. Y ese tío no quiere ser solo tu jefe.

Tessa suelta su taza en la mesa y lo mira indignada.

—Bueno, y si así fuera... ¿qué problema hay? ¿Acaso no puede un hombre rico enamorarse de nosotras o nosotras de un tío con pasta?

—Son dos mundos muy distintos, hija. Los tipos como él no quieren a mujeres pobres para compartir su vida.

Como era de esperar, mi madre en esto apoya a mi padre. Levanto las manos en el aire y los miro a los dos.

—Os estáis montando una buena película en la cabeza. Ni yo me voy a enamorar del señor Thompson, ni él lo va a hacer de mí. No os preocupéis por algo que no va a pasar, por favor. Ya está, lo importante es que la deuda está pagada y nadie nos va a echar de la casa. Disfrutad eso y dejad de darle vueltas al tema.

Me levanto de la mesa, recogiendo mi plato y mi taza del desayuno para dejarla en el fregadero.

—Voy a arreglarme que ya mismo estará aquí.

Decidida, subo a mi habitación y me pongo el vestido largo de flores rosas con hombros caídos que me compró ayer. La verdad es que aunque no es mi estilo, me queda bastante bien. El lazo de la cintura acentúa mi figura y me hace incluso un poco más alta. Saco de la maleta unas cuñas blancas y tras calzármelas, me pongo unos finos y pequeños pendientes de brillantes a juego con una gargantilla. Me estoy terminando de maquillar frente al espejo cuando mi hermana entra en mi dormitorio con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dios, estás guapísima.

—Me veo súper rara…

Tessa se tumba sobre la cama, mirándome a través del espejo.

—Porque pareces una pija de mierda.

La verdad es que sí.

—¿Estoy loca por hacer esto?

—¿Loca? Pero si vas a vivir como una princesa unos días en Los Hamptons... No les hagas caso a mamá y papá, son unos aguafiestas.

Cierro la maleta y me siento en la cama junto a mi hermana.

—Realmente estoy haciendo de chica de compañía.

—No, porque no te vas a acostar con él.

—Las chicas de compañía no tienen por qué acostarse con sus clientes.

Tessa me abraza, dándome un beso en la cabeza. Tiene veintidós años, tres menos que yo, y se quedó embarazada a los dieciséis de un cretino que no solo no la merecía, sino que no quiso hacerse cargo de Ben.

No pasó en el mejor momento para la familia, porque económicamente no estábamos bien y mi padre ya había empezado a tratarse el cáncer, pero Benji fue un rayito de esperanza y se convirtió en el principal motivo de lucha para mi padre. Y en la luz de todos nosotros.

—Tú sabes que no es así, es como si ayudaras a un amigo... Solo que ese amigo es tu jefe... Y madre mía, qué jefe... Yo si fuera tú no dudaría en acostarme con él si tuviera la oportunidad.

—Pero si tú ni lo has visto.

Tessa rompe a reír.

—Está abajo tomando café con mamá y papá.

¡¿Qué?! Me levanto de sopetón y comienzo a coger las cosas que me faltaban. Me va a dar algo.

—¡¿Por qué no me has dicho nada?!

—Relájate, que no se lo van a comer... Aunque yo me lo comería la verdad, está buenísimo…

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Es inalcanzable, Tess.

Mi hermana se cruza de brazos indignada.

—¿Y eso quién lo dice?

Su cara de mosqueo me hace reír.

—Mamá, lo dice mamá.

—Tonterías.

—No son tonterías, Tess. Tiene razón... Yo soy muy poca cosa para un hombre de su nivel, jamás se enamoraría de una mujer normal y corriente como yo. Hay miles de chicas guapísimas de la alta sociedad con las que podría estar. ¿Qué soy yo? ¿Una simple chica de Red Hook?

Mi hermana se levanta y me da unas palmaditas en la espalda.

—Pues para ser una simple chica de Red Hook, parece estar muy interesado en ti. Uno no puede elegir de quién se enamora, y te lo digo por experiencia. No cierres esa mente cuadriculada y deja que las cosas fluyan, porque podrías estar delante del amor de tu vida. Céntrate en ti por una vez en tu vida, Maddy. Sé egoísta. Vive, joder. Y fóllatelo.

Lo único que va a fluir este fin de semana son mis ganas de morirme.

—Piensa lo que quieras, Tess. No me voy a enamorar de mi jefe. Y muchos menos me lo voy a follar.

—Pues tiene que follar de puta madre con ese cuerpo.

—¡Tessa!

¿Es que esta chica no tiene vergüenza ninguna? Bajo la maleta por las escaleras y me detengo en la entrada de casa, observando a Dereck sentado en mi cocina, con un pantalón negro y una camisa blanca, comiéndose unas tortitas de mi madre y hablando de coches con mi padre. No me ve hasta que gira la cabeza riéndose por algo que mi padre le dice y que no alcanzo a escuchar.

—Buenos días, Maddy.

Me acerco a él con paso decidido y me siento en la silla de enfrente.

—Buenos días, señor Thompson.

Su cara de fastidio me saca una sonrisa.

—Lo has hecho a propósito.

—¿El qué?

—Llamarme señor Thompson.

Me cruzo de brazos, encogiéndome de hombros.

—Ha sido sin querer.

—Eres una mentirosa, Madison Davis.

Se lleva la taza de café a los labios y cuando la vuelve a dejar en la mesa, se pone en pie, frotándose las manos.

—Bueno… muchas gracias por el desayuno, señora. Ha sido un placer hablar con usted, señor Davis. Tenemos una salida pendiente.

Levanto una ceja mientras se estrechan la mano y mi padre le mira sonriente. ¿Qué ha pasado? Hace un momento no estaba así de contento y como poco pensaba que se quería aprovechar de

mí.

—Voy a ir metiendo la maleta en el coche, Maddy. Te espero fuera.

—Vale… señor Thompson.

Observo cómo sale riéndose de mi casa, antes de girarme para darles un beso y un abrazo a mis padres y a mi hermana.

—¿Y este buen rollo con Dereck?

Mi madre abraza a mi padre sonriendo.

—No es un pijo de mierda.

Mi padre asiente.

—Sí, parece majo. No nos ha mirado por encima del hombro ni nada...

¿Majo? ¿"Parece majo"? No me lo puedo creer, con el por culo que me han estado dando. Yo es que flipo de verdad…

—No hay quién os entienda, pero os quiero… ¡Me voy!

Cierro la puerta y me quedo mirando a Dereck apoyado en su flamante coche. Es tan jodidamente guapo... qué me duelen los ojos de mirarlo.

—¿Qué salida tienes pendiente tú con mi padre?

Sin quitarse las gafas de sol, sonríe abriéndome la puerta del copiloto.

—Son cosas nuestras.

¿Perdón? Le sigo con la mirada mientras rodea el coche y se sube delante del volante.

—¿No me lo vas a decir?

—No.

Su rotundidad me deja sin palabras.

—No me intentes manipular usando a mi padre.

Dereck se queda con la llave suspendida en el aire.

—Si me conocieras sabrías que nunca haría eso.

Parece ofendido.

—Es que no te conozco, solo te estoy avisando.

—Te has levantado bastante hostil por lo que veo.

Cuento mentalmente hasta tres, aguantando las ganas de bajarme de este coche y salir corriendo.

—Suele pasar cuando no duermo bien.

—¿Qué pasa? ¿Has soñado conmigo?

Mentiría si le dijera que no.

—A mí no me vas a seducir así, *jefe*.

—Créeme, cuando tenga la intención de seducirte te darás cuenta.

El fin de semana se avecina como mínimo movidito.

—Qué presuntuoso eres…

Arranca el motor y me mira con una candente sonrisa.

—Eres tú la presuntuosa que ha dado por hecho que yo te estaba intentando seducir a ti.

—Ya lo intentaste ayer.

—No fui yo el que se exhibió en ropa interior delante tuya.

Tendrá poca vergüenza el desgraciado este.

—No fui yo la que se quedó hipnotizada mirando tus tetas.

Una media sonrisa aparece en sus labios. Y qué labios, joder.

—Touché.

Maddy 1. Dereck 0.

—¿Estás lista, Davis?

No. Por supuesto que no. Esta es la gran cagada de mi vida.

—Más que lista, Thompson.

6. EMPIEZA EL SHOW

—Estás muy callada.

Aparto los ojos de la carretera y miro a Dereck. Llevamos dos horas y media en el coche. Estoy desesperada por llegar.

—Tú también estás muy callado.

—Porque tú no me hablas.

Bueenooooo.

—Ni tú a mí.

—Esto no es un partido de tenis, Madison.

—¿Sabes jugar al tenis? Sí, claro que sí...

Dereck sonríe.

—Me obligaron a ir a clases de tenis... y de pádel, golf y equitación.

El pack de los ricos.

—No parece que te gustara…

—Porque no me gustaba. Yo prefería el fútbol o el baloncesto, pero…

Tuerce el gesto, a la vez que el coche gira hacia la derecha. Falta poco para llegar.

—Pero no te dejaron, ¿no?

Dereck me mira de reojo un segundo antes de responder.

—Mi madre no me dejó, decía que era deporte de salvajes y de gente pobre que no tenía otra cosa que hacer.

Madre mía con la señora Thompson.

—Tu madre es un poco clasista, ¿no?

—Un poco. Yo no soy así, eh...

Ni su hermano ni él lo son.

—Ya sé que no eres así.

—Gracias... En la universidad sí que jugué al fútbol americano y mi madre no pudo hacer nada para impedirlo.

—Se nota.

—¿El qué?

—Que jugabas.

—¿Por qué?

Me maldigo mentalmente. ¿Para qué abro la boca?

—Físicamente quiero decir. Tienes cuerpo de... de jugador.

Me dan ganas de borrarle esa sonrisa de arrogancia de un plumazo.

—Mi madre dice que estoy gordo.

¿Pero esta señora?

—Pero si estás buenísimo... O sea... quiero decir...

Su carcajada resuena por todo el coche y yo intento no morirme de la vergüenza. Puta bocazas.

—Tú también estás buenísima, Maddy.

Me termino riendo porque no me queda otra.

—Gracias.

—¿Tú también haces deporte?

Apenas tengo tiempo.

—Menos del que me gustaría... En el instituto y en el barrio jugaba al baloncesto. Luego lo cambié por el fitness y el yoga.

—¿Haces yoga?

—Sí...

Veo cómo traga saliva y se queda callado.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Qué pasa con el yoga?

—He dicho que nada.

Sí, claro.

—Tu cara no ha dicho lo mismo.

A Dereck se le escapa una sonrisa.

—No vas a parar hasta que te lo diga, ¿verdad?

—Básicamente.

Detiene el coche frente a un gran portón negro, y me clava la mirada.

—Te he imaginado haciendo yoga.

¿Y?

—No te entiendo.

—Vamos a ver, Maddy. Que estás muy buena, que en mallas tienes que estar todavía mejor, e

imaginarte haciendo según qué posturas me parece de lo más excitante. Sin ánimo de ofender...

"Sin ánimo de ofender". No me lo puedo creer.

—¿Te excita el yoga?

En su boca se dibuja lentamente una sonrisa.

—Me excitas tú, Madison Davis.

La madre que me parió. Creo que ha empezado a hacer de repente mucho calor en el coche. Mentira, hace calor desde el minuto uno porque es obvio que entre nosotros saltan chispas, muy a mi pesar.

—¿Eso es bueno o malo?

Su mirada es tan ardiente que me cuesta respirar. Es como si me estuviera desnudando con los ojos.

—No lo sé, Maddy. No lo sé…

Vuelve a arrancar el coche cuando la puerta se abre y entramos en silencio en la propiedad. Menudo casoplón.

—¿Y si no le caigo bien a tu madre?

Dereck se limita a sonreír.

—Hola, es a ti...

—No me importa que le caigas bien a mi madre. De hecho, sería raro porque todo el mundo le cae mal. Tu trabajo aquí no es caer bien, es alejarme de las pijas.

—¿De pijas como tu madre?

—Exactamente. Y... ahí está.

¡¿Qué?! Entro en pánico cuando la veo en lo alto de la escalera.

—Mierda, mierda, mierda...

—Ey, tranquila...

—No va a salir bien, Dereck. No va a salir nada bien...

Me agarra la cara con las dos manos y me obliga a mirarle.

—Tranquila, Maddy. Respira...

Cierro los ojos un segundo porque estamos demasiado cerca uno del otro. Esto no va a salir bien. La voy a cagar.

—Con todo lo que has tenido que pasar, todas las noches detrás de la barra de una discoteca que has tenido que aguantar, todas las horas que has estado trabajando sin descansar, todos los años que has estado sufriendo por la enfermedad de tu padre... ¿crees que no vas a poder con una pija de mierda?

Los ojos se me llenan de lágrimas, que intento ahuyentar parpadeando.

—Vas a poder porque eres una mujer increíble.

Estoy tan abrumada en este momento que no me sale ni la voz.

—¿Y si… y si sale mal?

—Si sale mal no te voy a despedir, Davis.

Se me escapa la risa y por inercia, termino apoyando mi frente contra la suya. Esto se me va a ir de las manos. Lo sé.

—Tú solo... no te dejes intimidar. Y si le tienes que parar los pies por lo que sea, hazlo. No dejes que Elizabeth Thompson te pise porque sea la madre de tus jefes. ¿Entendido?

Cierro los ojos cuando me da un beso en la frente mientras me acaricia el pelo con sus dedos.

—Gracias, jefe.

Levanto la cabeza un poco y le miro directamente a los ojos. Lo que estoy sintiendo por dentro… No lo puedo explicar.

—¿Por qué me miras así?

Dereck se muerde el labio inferior con los dientes. No mires, Maddy. No mires.

—¿Así cómo?

—Así...

—Es difícil no mirarte así, Maddy.

Dios.

—¿Por el yoga?

Sonreímos a la vez y nos separamos, rompiendo un poco la tensión.

—Bueno, o salimos ya o...

—¿O qué?

Dereck me mira con una mano en la manilla de la puerta.

—¿Siempre eres tan seductora?

¿Cómo?

—No te estoy seduciendo.

—Sí lo estás haciendo.

¿En serio? Me tengo que reír.

—Pues no lo estoy haciendo a propósito.

—Pues menos mal.

Parpadeo varias veces cuando cierra la puerta del coche. ¿Qué acaba de pasar? Abro la puerta a la vez que él llega para abrirla.

—Puedo abrirla yo sola.

—Lo sé.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues menos mal.

Dereck me pega un pellizco en la cintura a traición.

—¡Ay!

—Eso por vacilar.

Me rodea la espalda con su brazo y me hace subir los escalones.

—¿La maleta?

—Ahora el servicio la coge y la lleva a mi habitación.

¿Que qué?

—¿Vamos a dormir en la misma habitación?

Le miro con una sonrisa porque mi supuesta suegra nos está observando desde lo alto de las escaleras.

—Somos novios, no?

Dios. Esto va a ser peor de lo que pensaba.

—Ese detalle no lo habías mencionado.

—¿No? Yo creo que sí.

Yo creo que no. Y su sonrisa le delata. Desgraciado mentiroso.

—¡Hijo!

Dereck se ríe por la bajo.

—Empieza el show, cariño... ¡Madre!

¿Madre? ¿La llama “madre”? Cuando por fin llegamos a ella, Dereck me suelta un momento para darle un beso en la mejilla.

—Madre, te presento a Maddy. Cariño, mi madre.

Elizabeth me da un cortísimo abrazo y se aparta de mí, analizándome con una mirada tan azulada como la de sus hijos. Ya veo de dónde han sacado esos ojazos.

—Encantada de conocerla, señora Thompson.

Esta mujer no tiene ni un pelo fuera de su sitio. Qué moño tan perfecto, por favor. En mi vida me he repeinado tanto.

—Llámame Elizabeth, por favor. Yo también tenía muchas ganas de conocerte... Mi hijo ha sido tan enigmático contigo, que incluso había dudado de que existieras.

Dereck me pega a su cuerpo y se inclina para darme un beso en la cabeza bajo la imperturbable mirada de Elizabeth Thompson.

—No mentía, madre. Tengo al lado a la mujer más increíble del mundo.

Pongo una mano en su pecho y le miro con una sonrisa. Es el hombre más sexy de este mundo lo mires desde el ángulo que lo mires. Dereck Thompson sí que es increíble.

—Mi amor… cómo se nota que me quieres…

Sí, tiene razón.

Empieza el show.

7. ¿Y TÚ ERES?

—¿Habéis almorzado?

No tengo palabras para describir la casa de los Thompson. De verdad que no. Es que me da miedo moverme y romper algo. Techos altísimos, ventanales enormes, paredes blancas, suelos de mármol, muebles de madera de esos que con solo verlos sabes que cuestan un riñón y un ojo de la cara... Increíble de verdad. Indescriptible. Ni en las películas.

—No, hemos preferido no detenernos en el camino.

Y no sé para qué se me ocurrió sugerirlo porque estoy a punto de desmayarme del hambre que tengo. Todo por no estar más tiempo del necesario a solas con Dereck.

—Yo os he estado esperando, como me dijiste que estarías aquí pronto... Pero al final he tenido que comer sola porque tu padre tampoco está.

Vaya. Qué dracma. Ha comido sola la señora. Qué pena me da.

—Se me ha ido el tiempo en casa de Maddy, hablando con mi suegro y comiéndome unas tortitas que me ha preparado mi suegra.

“Suegro” y “suegra”. Me tengo que aguantar la risa. Especialmente cuando Elizabeth entrecierra los ojos y fuerza una de las sonrisas más forzadas que he visto jamás.

—Vaya, tortitas...

—Buenísimas, su madre tiene unas manos...

Primera verdad que dice.

—Así estás…

¿Perdón? Me quedo alucinada cuando Dereck ni responde. Evidentemente se está refiriendo a su físico con esa mano levantada. ¿Pero qué le pasa a esta mujer? No soy capaz de quedarme callada.

—¿Cómo se supone que está?

Dereck me lanza una mirada de advertencia.

—¿No lo ves, querida? Es evidente que le sobran bastantes kilos.

Ay, no. No me lo puedo creer. Será estúpida.

—Pues yo creo que no le sobra nada. Y en todo caso, es él quién debería decidir lo que le sobra y lo que no, ¿no le parece?

Qué sonrisa más cínica. Dios. Ya la odio.

—Pero si él no lo ve tendré que decírselo yo como su madre que soy, ¿no te parece?

Dereck me pone una mano en la cintura y me da un pequeño apretón. Si me está mandando a callar la lleva clara.

—Pues no, no me parece. Que usted sea su madre no le da derecho a hablarle así.

Elizabeth abre la boca y la vuelve a cerrar, mientras que su hijo tira de mí para llevarme no sé a dónde.

—Vamos a buscar algo de comer, madre.

Ay, sí. Qué hambre tengo. Se detiene en un pasillo y se queda mirándome cruzado de brazos.

—¿Qué has hecho?

—¿Defenderte?

Se toca el labio con los dedos de una mano, desconcentrándome. Lo peor es que se da cuenta y sonríe el muy capullo.

—No necesito que me defiendas, Maddy.

Ahora la que se cruza de brazos soy yo.

—¿He herido tu ego de machito?

—No es eso, es que...

Cuando pasa una persona del servicio me acerco a él para disimular, rodeándole el cuello con mis brazos.

—¿Es que qué…?

Está tan absorto mirándome que ni me responde.

—Dereck... Mi amor...

Mueve la cabeza y parpadea un par de veces, antes de llevar sus manos a mis caderas. Es como si sus dedos me quemaran la piel a través de la ropa. Madre mía.

—¿Qué?

—¿Que qué ibas a decir?

—No lo sé...

Veo de reojo en el reflejo de un espejo a su madre asomada a la vuelta de la esquina. Nos está espiando.

—¿No lo sabes?

—No...

—Qué pena...

Me estiro un poco, acercando mi boca a su oído.

—Tu madre nos está mirando. Te voy a dar un besito, ¿vale?

Dereck permanece inmóvil en lo que yo aprovecho la postura para darle el beso en el cuello, y me río cuando veo que ha cerrado los ojos.

—No sabía que era tan facilón, señor Thompson.

Lo digo susurrando lo suficientemente bajito como para que solo él me pueda escuchar.

—Maddy...

—¿Qué?

Una risa ronca se escapa de sus labios.

—Para de hacer esto.

Dereck me agarra el cuello y parte de la cara con una mano. No puedo evitar imaginarme esa mano en otras partes de mi cuerpo. Maldición.

—¿Otra vez te estoy seduciendo?

—Sabes que sí.

—Solo estoy siendo una buena novia…

Se me eriza la piel cuando roza mi labio con el pulgar.

—Estás siendo muy mala. Encima me llamas señor Thompson...

Me acerco aún más a su boca. No sé qué estoy haciendo. Estoy loca.

—¿Te excita que te llama así... señor Thompson?

Pega su sien contra la mía, rozando mi piel con su barba.

—Tú sigue así… que vas a terminar siendo mía, Davis.

Contengo la respiración un momento cuando me besa cerca de la oreja y me suelta. ¿Que voy a terminar siendo suya? Ya me gustaría a mí.

—Sígueme.

Me rio cuando se acomoda el pantalón, aunque decide ignorarme. De verdad que no lo he hecho a propósito.

—¡Doris!

Dereck levanta en el aire a una mujer de unos cincuentitantos o sesenta años, que estaba cocinando hasta hace unos segundos. Sonrío como una tonta cuando da vueltas con ella por toda la cocina, riéndose.

—¡Suéltame, sinvergüenza!

Lo hace, dándole un sonoro beso en la mejilla, sujetando su cara con ambas manos.

—¿A que me has echado de menos?

La mujer se sacude el delantal y se coloca bien el pañuelo de la cabeza. Y no... no tiene pelo. Los ojos se me llenan de lágrimas sin poder evitarlo. Ya me contó Dereck ayer que había pasado por un cáncer y no conseguía que le creciera el pelo, y que por eso le habían regalado una peluca. Y por eso no dudó en aceptar lo del préstamo para mi padre.

—¿Echarte de menos a ti? Ni un poquito.

Dereck la abraza sin dejar de reír. Me seco una lágrima que me cae del ojo y sonrío. A Elizabeth la ha saludado con un simple "madre" y un corto beso. Y a Doris… En fin, por algo será.

—Te presento... esta es Maddy. Ella es Doris, mi persona favorita del mundo.

Doy un paso al frente y me saluda con una sonrisa.

—¿Por qué lloras, hija?

Dereck me mira arrugando el entrecejo. No se había dado cuenta.

—Estoy bien, no se preocupe. Es que me ha... me ha emocionado ver cómo os abrazáis.

Doris me mira a mí y luego a Dereck.

—¿Es tu novia? Tu madre dudaba de su existencia.

Riendo, se acerca aún más a ella bajando la voz.

—Es una amiga, pero me va a ayudar a quitarme a las pijas de encima en la fiesta.

Vaya. Eso yo lo llamo tener confianza.

—¿Amiga?

Dereck me mira de arriba a abajo con descaro.

—Bueno, soy su jefe. Te lo cuento por si le tienes que echar una mano en algún momento, que es una bocazas y ya ha cabreado a mi madre.

¿Encima soy una bocazas? Doris me clava la mirada con una ceja levantada.

—¿Bocazas yo? Bocazas ella por decirte que estás gordo.

La sonrisa de la cocinera da paso a una suave risa.

—¿Y qué le ha dicho a la señora?

Dereck también se ríe.

—Que aunque sea mi madre no tiene derecho a hablarme así ni a decidir los kilos que me sobran y los que no.

Doris se santigua, mirándome a la cara.

—Que el señor se apiade de ti.

Que se apiade de la señora Thompson. Me llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón y lo palpó varias veces. Mierda.

—Me he dejado el móvil en el coche, ¿me das la llave?

—Está abierto, pero no la vayas a liar.

—Ni que yo fuera una lianta…

Su cara me deja claro que piensa que sí que lo soy. No se lo voy a discutir ahora mismo. Salgo de la cocina y haciendo el mismo recorrido que antes, vuelvo al salón y salgo por la puerta principal para bajar las interminables escaleras.

Estoy inclinada sobre el asiento del coche buscando mi móvil, y cuando lo encuentro debajo del asiento, me incorporo y me sobresalto al tener a un hombre al que no había escuchado llegar pegado a mí.

—¿Te he asustado?

Joder. Puto imbécil. Me llevo una mano al pecho y cierro los ojos, respirando con fuerza.

—¿Tú qué crees?

Gilipollas.

—Que tienes que hacer muchas sentadillas.

¿Qué? ¿Perdón?

—Las sentadillas que yo haga a ti ni te importan ni te tienen que importar.

Se quita las gafas de sol riéndose después de silbar.

—Qué carácter... me encanta. ¿Eres nueva? Mi madre nunca ha tenido una trabajadora tan... sexy. Por si tienta a mi padre y esas cosas…

Parpadeo varias veces. No me lo puedo creer.

—Mark Thompson.

Maldita sea mi estampa. Vaya familia de tíos buenos.

—¿Y tú eres…?

Me cruzo de brazos, aún molesta por su comentario sobre mi culo.

—Madison Davis.

Su sonrisa se ensancha.

—La contable de mis hermanos.

¿Pero bueno aquí todo el mundo sabe que esto es una farsa?

—Estás a tiempo de estar conmigo, preciosa.

Ya le gustaría.

—No suelo estar con capullos, Mark.

Se lleva una mano al pecho, mirándome con devoción.

—Me acabo de enamorar.

8. APARTE DE MÍ

Mark es un gilipollas. Y no sé por qué me ha caído bien.

—¿Tú ligas así?

Me echa un brazo por encima de los hombros y me acompaña de vuelta a la casa.

—¿Funciona?

—No.

—Pues te he hecho sonreír...

No puedo evitar reírme.

—De lo tonto que eres.

Mark suspira teatralmente.

—Ay, qué cosas más bonitas me dices.

Es que es tonto. Es muy tonto.

—Hijo…

Los dos miramos hacia dónde viene la voz de Elizabeth, que nos observa desde la primera planta.

—Hola, madre.

Sin detenerse ni siquiera, me lleva de nuevo a la cocina. ¿Es que aquí nadie saluda a su madre?

—¡Dorita!

Dereck, llevándose un taco a la boca, nos mira con una ceja levantada. Con la misma alegría de su hermano antes, Mark me suelta y levanta del suelo a Doris de un abrazo. Ya me imagino quien ha sido la que les ha dado cariño en esta casa.

—¡Niño! ¡Me vas a matar!

La suelta con cuidado y le da un beso en la cara, que ella acepta emocionada.

—Uf, ¿eso qué es?

Sin ninguna vergüenza, Mark le quita el taco de la mano a su hermano y se lo come. La cara de Dereck es para inmortalizarla.

—¿Pero de qué vas? Eso era mío.

Me tapo la boca con una mano para no reírme.

—Sí, tú lo has dicho... era.

—Capullo de mierda.

Mark se ríe abriendo la nevera.

—Eso mismo me acaba de llamar tu novia.

Dereck me clava la mirada.

—¿Qué te ha hecho?

Miro a Mark, que se gira y me guiña un ojo. ¿Pero este hombre?

—Nada.

—Maddy...

A duras penas puedo aguantarme la risa.

—Nada... nada grave.

Dereck le tira un trapo de cocina a su hermano.

—¿Has intentado ligar con ella con una de tus frases de mierda, verdad?

Mark suelta una carcajada que resuena en la cocina.

—Verdad.

—Imbécil.

¿Por qué está molesto? Ni que fuéramos novios de verdad.

—Me he enamorado, tío. Es la mujer de mi vida, que sepas que voy a luchar por ella.

Doris niega con la cabeza mientras amasa algo sobre una tabla de madera. Esta cocina es tan grande que parece la de un restaurante.

—Olvídate.

¿Ah, sí? Dereck señala a Mark con un dedo levantado en el aire.

—No seas egoísta. Comparte, ¿no?

—Los cojones te voy a compartir.

¿En qué momento hay dos hermanos guapísimos peleándose por mí?

—No es tuya.

—Sí lo es.

Su rotundidad me acelera el corazón

—¿Qué hacen?

Me sobresalto cuando Jared me susurra al oído. Joder. ¿No pueden hacer ruido ninguno de los tres?

—Se pelean por mí... creo.

Jared me abraza por los hombros y suelta un silbido para llamar la atención de sus hermanos.

—Podéis seguir haciendo el imbécil si queréis, pero aquí el único que tiene realmente poder sobre Maddy soy yo. Así que es mía.

Pongo los ojos en blanco. ¡Hombres!

—¿Cuántos años tenéis?

—Yo tengo treinta y dos, y Dereck y Mark treinta.

Era una pregunta retórica, pero los miro sorprendida. ¿Tienen la misma edad?

—¿Sois gemelos?

"Mellizos" responden a la vez, casi ofendidos. Jared se inclina sobre mi oreja, sin bajar el tono para que lo escuchen bien.

—Llevo treinta años soportándolos, ¿tú crees que yo me merezco esto?

—Tú sí que eres insoportable.

Doris da un golpe con la espátula, callándolos al instante.

—Ya está bien. En mi cocina no se discute y Maddy no es de nadie. ¡A la mesa!

Cómo si hubiera activado un comando, los tres van a la vez a darle un beso antes de sentarse en la mesa.

—Sí, sí... mucho besito… Ahora…

Dereck se ríe y se queda mirándome.

—¿Te piensas quedar ahí todo el día?

Hay una silla vacía a su lado, pero me siento al lado de Jared, sonriendo ante su ceja levantada y su cara de fastidio.

—Uy, uy... Problemas en el paraíso...

Dereck le da un codazo a su mellizo.

—Cállate.

—¡Ay! Me ha dolido.

—No te ha dolido.

—Sí me ha dolido.

Miro a Jared cogiendo un taco de queso del centro de la mesa, mientras ellos siguen discutiendo como si tuvieran tres años.

—¿Están siempre así?

—Básicamente, sí.

—¿Y no se cansan?

—¿Tú qué crees?

Ellos tres están de espaldas a la puerta, pero veo aparecer por ella a un señor que tiene que ser el padre de estos tres terremotos solo por el parecido entre ellos. Es guapísimo, joder. Todo un sugar daddy.

—¿Y vuestra madre?

Los hermanos se miran entre ellos y se encogen de hombros. Dereck Thompson padre se acerca

a la mesa y sentándose junto a mi supuesto novio, se remanga las mangas de la camisa y coge un taco.

—Mejor que no venga por aquí o le dará un ataque de ansiedad pensando en nuestro colesterol.

Ya veo de quién han sacado el buen humor. Porque claramente no lo han heredado de Elizabeth.

—Papá, ella es Maddy.

Me limpio los labios con una servilleta, y le sonrío.

—Encantada, señor Thompson.

Es francamente guapo, pese a las canas y a su edad. Tiene la misma constitución ancha que sus hijos. No entiendo cómo Elizabeth los quiere delgados cuando son grandes por nacimiento.

—Dereck, por favor... Me paso el día escuchando "señor Thompson".

—Está bien.

Mark se levanta y saca de la nevera cuatro botellines de cerveza.

—¿Tú quieres, Maddy?

—No, gracias. No me gusta la cerveza.

Mark las deja en la mesa y encoge la cara horrorizado.

—¿Cómo no te va a gustar la cerveza?

Dereck se ríe tragando lo que tenía en la boca y, cogiendo un botellín, me señala con él.

—¿Qué vas a esperar de una persona que se come la pizza con piña?

Mark finge una arcada, sentándose en el sillón.

—Me acabas de romper el corazón...

Por Dios. Otro escéptico.

—La pizza con piña está buena.

De repente, veo tres botellines suspendidos en el aire y tres pares de ojos muy abiertos mirando al señor Thompson.

—¿Qué... qué has dicho, papá?

Dereck padre mira a Dereck hijo con una sonrisa.

—Lo que pasa es que no la habéis probado, sois unos escépticos.

G R A C I A S.

—Eso mismo le dije yo a Dereck.

Jared suelta la cerveza y se presiona el puente de la nariz.

—Pero... A ver... A ver... ¿En qué momento, papá? O sea, ¿en qué momento?

Vaya. A él sí que lo llaman papá.

—Hace años que la probé, y me arrepentí de no haberlo hecho antes.

Los hermanos se miran entre ellos.

—Lo hemos perdido, chavales.

—Bueno, Maddy. Ya que mis hijos son unos ignorantes, te voy a tener que llevar a ti a comer la mejor pizza hawaiana de Los Hamptons.

Miro con una sonrisa al padre de mis jefes y a mi supuesto suegro.

—No hay nada que me guste más que la pizza.

—Aparte de mí, claro.

Miro a Dereck con las cejas levantadas. ¿Y esto?

—No sé yo, mi amor. Es que la pizza...

—Yo estoy más bueno que la pizza.

Mastico en silencio mirándolo. Se la está jugando. Su padre parece darse cuenta de nuestro cruce de miradas, a juzgar por su cara.

—¿Has conocido ya a mi esposa?

Por desgracia sí.

—Sí, hace un momento.

—¿Te ha caído bien?

La pregunta me pilla fuera de juego y se me escapa la risa. Y a Dereck se le dibuja una divertida sonrisa en los labios.

—Durante un minuto sí, ¿verdad, Maddy?

Jared y Mark me clavan los ojos. Su padre también.

—¿Qué te ha hecho?

—A mí nada.

—¿Entonces?

Le pido ayuda a Dereck con los ojos. No me gusta ser el centro de atención, y menos para criticar a su madre.

—Mamá me ha dicho que estoy gordo y Maddy, como la buena novia que es, la ha mandado a callar.

A Mark parece que se le van a salir los ojos de la cara.

—No la he mandado a callar...

—Le has dicho que no es nadie para hablarme así.

Miro a Dereck con seriedad.

—Es que no lo es, te haya parido o no.

Su padre me mira sonriente

—¿Eso le has dicho?

Más o menos sí.

—Con otras palabras... pero sí.

—Que la suerte te acompañe, Madison.

Los cuatro se echan a reír y no me queda más remedio que reírme yo también. Están todos locos en esta casa.

¿Pero dónde coño me he metido?

9. TENEMOS UNA CITA

—¿Y tus suegros qué tal?

Me dejo caer en la cama de Dereck. Estoy agotada.

—No son mis suegros.

—Bueno, lo serán.

Eso no va a pasar.

—Tessa…

—¿Qué? Desde luego que con esa actitud de mierda que tienes no vas a conseguir salir de pobre.

Por favor.

—Es que no quiero salir de pobre. O sea, sí… pero no cazando a un hombre rico.

—A ver… pero si encima el hombre rico está rico…

Me tengo que reír. Mi hermana no tiene filtro.

—Deja el tema ya… ¿Cómo están mamá y papá?

Escucho el suspiro de mi hermana al otro lado de la línea. Va de camino a casa, después de haber terminado su turno de hoy en la cafetería. Normalmente nunca me puede llamar cuando sale de trabajar porque siempre estoy trabajando. Siempre. Estaba. Ya no. Se acabó.

—Me imagino que bien, rallados supongo… Vamos, como ellos son… Pero si te quedas más tranquila ahora cuando llegue a casa y los vea, te escribo y te cuento.

—Gracias.

—No me des las gracias y cuéntame cómo es tu habitación en el casoplón de los Thompson… ¿tiene baño?

Me siento en la cama, mirando a mi alrededor. Este dormitorio podría ser el de mis hermanos y el mío juntos. Podría ser perfectamente un apartamento pequeño, típico de Nueva York. Incluso más grande.

—Mi habitación es… bueno… es…

—¿Es qué…?

Cierro los ojos y sonrío a la nada.

—La de Dereck.

El silencio de mi hermana me deja claro que se ha quedado en shock.

—¿Sigues ahí?

—¿Me estás diciendo que…?

—Sí.

—¿Y qué vas a dormir en la misma cama con…?

—Sí.

Me aparto el móvil de la oreja cuando la loca de mi hermana comienza a gritar. Conociéndola, también estará dando saltos en mitad de la calle. Si es que está loca la tía.

—¡No te creo! ¡Me muero, tía! ¡Me mueeeero!

Yo también.

—No te emociones.

—¡Tarde! Tía, tía, por favor… fóllatelo. Hazlo por todas las mujeres del mundo que en la vida tendremos la oportunidad de tener a un tío como Dereck Thompson en la cama.

Pongo los ojos en blanco, echándome a reír.

—Eres una exagerada, tampoco es para tanto.

—Maddy, de verdad… que a veces me pregunto si somos hermanas… Te lo juro, eh

Yo también. No tenemos nada en común. más allá del parecido físico.

—Yo creo que a ti te gustaría más el hermano.

—¿Cuál de ellos?

—Mark.

—¿Por qué?

—Porque a ti siempre te han gustado más los malotes. Es el mellizo de Dereck, por cierto. Es guapísimo… Y un puto gilipollas. Me gusta, pero no sé… creo me quedo con Dereck.

—¿Y cuándo dices que me lo presentas?

—En la boda.

Ahora la que se ríe es mi hermana.

—¿Qué boda?

Me giro sobresaltada y me encuentro a Dereck apoyado en la puerta.

—¿Tu madre no te ha enseñado a no escuchar conversaciones ajenas?

Se limita a sonreír, sin moverse del sitio.

—Tessa, te dejo… mi *novio* está aquí.

—Fóllatelo.

—Adiós.

Finalizo la llamada, escuchando la risa de mi hermana con una sonrisa en la cara. Cuánto la quiero, joder.

—¿Qué dice mi cuñada?

—Nada que te importe.

Me levanto de la cama y me cruzo de brazos. Dereck ni se mueve del sitio. Simplemente… me mira.

—¿Cuánto has escuchado?

Una pequeña sonrisa comienza a dibujarse en su rostro.

—Lo suficiente.

—¿Cuánto es lo suficiente?

Me quedo anclada al suelo mientras se acerca a mí. Tiene una forma de andar que… Mierda, Madison. Concéntrate. Cosa que no puedo hacer porque se pega tanto a mí que nuestros cuerpos casi están rozándose.

—Lo suficiente como para saber que me prefieres a mí en vez de al imbécil de mi hermano.

Tengo que tragar saliva antes de responder. No sé qué le está pasando a mi cuerpo. Parece que se bloquea cuando Dereck Thompson está cerca. Lo que es un gran problema teniendo en cuenta que nos conocimos ayer. Y que, por si no ha quedado claro, es mi jefe.

—Porque él es un capullo. Y tú… tú de momento no.

Contengo la respiración cuando enrolla en sus dedos un mechón de pelo y lo coloca con cuidado detrás de mi oreja.

—¿Qué te ha hecho cuando ha llegado?

—Nada, no tiene importancia.

—Maddy…

Me cuesta mirarlo a los ojos como si nada cuando me están temblando las piernas como si fueran de gelatina.

—Un comentario estúpido sobre mi culo.

Dereck hace un esfuerzo por no cerrar los ojos, pero veo cómo tensa la mandíbula.

—Mi hermano es un cretino.

—Me cae bien, pese a todo tiene su gracia.

—Si llevases treinta años aguantándolo no te haría tanta gracia.

Probablemente.

—No me dijiste que sois mellizos, y me parece un dato importante…

—Tienes razón, se me pasó.

Me muerdo un poco el labio, atrayendo toda su atención a ese preciso punto de mi cara.

—Mis ojos están más arriba, jefe.

Automáticamente, levanta la mirada hacia mis ojos.

—Lo siento, es que tienes una boca…

Por Dios.

—¿Qué le pasa a mi boca?

Dereck inclina un poco más la cabeza hacia mí y nuestras narices se tocan. Ay, Dios. Ayúdame.

—Nada… es perfecta.

—Nunca me lo habían dicho…

Dereck entrecierra los ojos, negando con la cabeza.

—Ya lo estás haciendo otra vez…

¿Qué? No soy capaz ni de pensar.

—No estoy haciendo nada.

—Ese es el problema, que lo haces sin darte cuenta…

Ah. Ya sé por dónde va.

—No te estoy seduciendo.

—Sí lo estás haciendo.

—Eres tú el que se ha pegado a mí.

Bésame, por favor.

—Te juro que lo intento, Maddy. Pero no lo puedo evitar.

—Pues evítalo, porque no dejas de ser mi jefe… señor Thompson.

—No me provoques…

No sé cómo puedo mantenerle la mirada con esta tensión.

—No te estoy provocando…

—Me estás llamando señor Thompson…

—¿Tienes una fantasía con eso o qué?

Dereck está tan cerca de mi cara que por primera vez en mi vida escucho la sonrisa de un hombre.

—No la tenía.

—¿Y ahora sí?

—Ahora tengo muchas fantasías que no tenía ayer cuando me desperté por la mañana, Madison.

Nunca pensé que me pudiera excitar la manera en la que un hombre pronunciase mi nombre. En fin… Estoy perdida.

—Lo siento…

—Yo no.

—Dereck…

Pongo una mano en su pecho para detenerlo cuando parece que va a besarme. Esto no es una buena idea.

—Ponte un bikini, vamos a cenar en la playa.

Sin más, se aparta de mí y abre su maleta para coger un bañador y una camisa playera. No me he movido aún del sitio cuando cierra la puerta del baño tras de sí. Dios. Estoy ardiendo por dentro.

Obligándome a reaccionar, le ordeno mentalmente a mis piernas que ejerzan sus funciones para cambiarme yo también. Me quedo mirando el bañador blanco y el bikini rojo que me compré ayer. No sé cuál de los dos ponerme. El bañador es más formal, y el bikini es más… ¿sexy?

Respiro profundamente y sonrío. No sé qué estoy haciendo, pero me voy a poner el bikini rojo y que sea lo que Dios quiera. Cojo una camisola negra de botones y de manga larga justo cuando Dereck sale con la camisa abierta. Mis ojos se pierden en su pecho y su abdomen hasta que carraspea y me devuelve a la realidad.

—Mis ojos están más arriba, Davis.

Le dedico una mueca que le hace reír antes de pasar por delante suya y meterme en el baño yo.

—Te espero abajo.

—Vale.

Apenas diez minutos después, ya cambiada y con mis rizos sueltos, me encuentro a Dereck sentado en el último escalón, con dos cajas de pizza y una botella de vino.

—Eres muy mala, Maddy…

Me detengo frente a él, aguantando su escrutinio.

—¿Por qué? ¿He tardado mucho?

Dereck, ya en pie, me mira fijamente unos segundos antes de ponerme la botella y las dos copas en las manos.

—¿Os vais?

Los dos nos damos la vuelta y vemos a Elizabeth observándonos desde el pasillo que va hacia la cocina. Esta mujer está siempre vigilando. Increíble.

—Sí, madre. Como papá y Jared se han ido a la cena esa con los del club de golf, Mark ha salido y tú no cenas nunca… he pensado que Maddy y yo podríamos cenar viendo la puesta de sol.

—Qué romántico.

Me cuelgo del brazo de Dereck, en mi papel de novia ficticia y lo miro con una sonrisa.

—Su hijo es todo un romántico, Elizabeth.

Cómo me molesta ese cinismo que desprende su cara. No la soporto.

—Ya… ya veo… Pasadlo bien, entonces.

Se da la vuelta, marchándose por donde me imagino que ha venido y suelto a Dereck cuando se queda mirando mi mano en su brazo.

—Vamos, Davis… Tenemos una cita.

10. NO MIENTAS

—Debió ser una pasada crecer en un sitio así.

—Solo es una casa.

Sí, claro. Solo es una "casa". Nos detenemos junto a una gran puerta de hierro que Dereck abre sin problemas pese a llevar dos cajas de pizza en una mano.

—La señorita primero...

La puerta separa el jardín de la casa de la playa. Increíble. Dereck ha pensado que ver el atardecer en la playa, con pizza y vino era un buen plan para nosotros dos. Y yo no sé por qué estoy tan nerviosa. Bueno, sí que lo sé. ¿A quién pretendo engañar?

—¿Qué piensas?

—Intento recordar la última vez que tuve una cita.

—¿Tenemos una cita?

Por supuesto que no.

—No, nunca tendría una cita con mi jefe.

—¿Por qué no?

—Porque no. Hay límites profesionales que no hay que sobrepasar, señor Thompson.

Le miro de reojo y veo cómo sonríe. Está guapísimo cuando sonríe. Y cuando no... también.

—Me va a costar más de lo que pensaba.

—¿El qué?

Me detengo cuando Dereck me pasa las pizzas para poder extender sobre la arena la toalla que llevaba debajo del brazo.

—¿Dereck?

—¿Qué?

Lo miro unos segundos en silencio. ¿Por qué no me contesta?

—¿El qué te va a costar más de lo que pensabas?

—Conquistarte.

Parpadeo sorprendida. ¿Qué?

—¿Conquistarme?

—Conquistarte.

No puedo evitar que la vista se me vaya hacia la mano que pone en su cadera. Me tengo que obligar mentalmente a dejar de mirar ESA zona.

—¿Por qué?

Dereck da un paso hacia a mí y me mira con tanta intensidad que me cuesta la vida aguantarle la mirada.

—¿Y por qué no?

Ay, señor.

—Porque eres mi jefe.

Dereck da un paso más.

—¿Y qué?

—Pues que... que esto no es real... Es… es trabajo...

—Para no ser real te está temblando la voz. ¿Te pongo nerviosa?

Mierda. Sí.

—Me pone nerviosa que me quieras conquistar.

—¿Por qué? ¿Tengo posibilidades?

Sí.

—No.

—Mientes, Davis.

Me siento cruzando las piernas sobre la toalla, dejando el vino y las copas junto a las cajas de pizza.

—No tienes ninguna posibilidad, Thompson. Eres mi jefe, y eso no va a cambiar. A menos que me despidas, claro. Y teniendo en cuenta que tengo que devolverte doscientos mil dólares, no es algo que te convenga hacer.

Dereck se sienta frente a mí, cogiendo la botella de vino para descorcharla.

—No te voy a despedir, Davis. Aunque si te despido, ya no sería tu jefe y me dejarías conquistarte.

—¿Y quién te ha dicho que te dejaría conquistarme?

—Tú.

No.

—No inventes.

—No invento, me has dicho que no va a pasar nada entre nosotros porque soy tu jefe. No porque no te guste, porque evidentemente te gusto.

Madre mía, lo creído que se lo tiene este.

—¿Evidentemente?

—Evidentemente.

—Y dices de tu hermano...

Ignorando mi comentario, coge las dos cajas de pizza y las pone entre nosotros. Agradezco que al menos dos trozos de cartón pongan cierta distancia entre nosotros.

—Mira, como acto de buena voluntad y para que me dejes de considerar una persona escéptico e ignorante... he pedido una pizza barbacoa y una pizza hawaiana.

Y será verdad.

—¿Has pedido una pizza con piña?

—Eso he dicho.

No me lo puedo creer.

—¿Qué van a pensar tus hermanos de ti?

—Ahora mismo solo me importa lo que pienses tú...

Joder, Thompson. Joder.

—No me vas a conquistar, jefe.

Dereck me pasa una copa y me insta a alzarla en el aire para hacer un brindis.

—Eso ya lo veremos, Maddy.

No sé ni qué decir. Este tonteo a mí me está sobrepasando porque no estoy ni acostumbrada. Así que pego mi copa a la suya antes de beber un sorbo.

—Está muy bueno.

—Menos mal, me la he jugado apostando a que si la cerveza no te gustaba el vino sí...

—Ahora juégatela con la pizza, valiente...

Bajo mi atenta mirada, abre la caja y coge con cara de circunstancias una porción.

—Si no me gusta... la otra para mí, ¿eh?

—Te va a gustar...

—Tengo miedo...

—Tienes miedo de que te guste y te cambie la vida.

Dereck me mira con una sonrisa antes de suspirar y llevarse el trozo a la boca. Cogiendo otro yo, no aparto los ojos de él hasta que desvía la mirada al cielo unos segundos.

—Vale, lo tengo que reconocer... Está buena.

Por supuesto. Rompo a reír, poniendo una mano sobre su hombro.

—Acaba de nacer un nuevo Dereck Christopher Thompson.

Tengo que aguantar la respiración cuando lleva su mano hasta mi pierna. A la parte alta de mi pierna.

—Sí, ha nacido un nuevo Dereck.

Y así, entre sonrisas y risas tontas, cenamos viendo un espectacular atardecer aquí solos, sin nadie que nos moleste.

—Se ha acabado el vino...

Dios. Se me ha subido un poco.

—Te has bebido media botella, Davis.

No. Media no.

—Estaba muy bueno...

Apenas le doy un mordisco al último trozo de pizza hawaiana pero es que ya no puedo más. Me va a reventar el estómago.

—No me entra...

—¿No te la vas a comer?

—No.

En el mismo momento Dereck se inclina y le da un bocado, rozando mis dedos con sus labios.

Madre mía de mi vida y de mi corazón. Esta tortura no es humanamente aguantable. Me quiero morir.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Sin saber muy bien de qué estamos hablando, y sin vergüenza alguna después de haberme bebido media botella de vino, acerco lentamente mi mano con el trozo de pizza hasta su boca.

—¿Me lo vas a dar tú?

—Voy a ser una buena novia...

Dereck abre la boca y esta vez, más a propósito que antes, sí se esmera en tocar mis dedos con sus labios. El calor que tengo ahora mismo entre las piernas no lo he sentido jamás. Apoyo mi frente en la suya cuando después del último bocado, me chupa descaradamente los dedos. Es insoportable.

—Voy a... voy al agua.

—¿Qué pasa, Davis? ¿Tienes calor?

Levanto la mirada y me encuentro con sus preciosos ojos clavados en los míos.

—¿Tú no?

—Yo sí.

—Yo también.

Intentando no hacer el ridículo y caerme delante suya, me pongo de pie y comienzo a desabotonarme la camisola bajo su atenta mirada. Veo cómo sus hombros se tensan cuando dejó caer la fina tela alrededor de mis pies.

—¿Vienes, señor Thompson?

Sin esperar a que me responda, le doy la espalda y comienzo a andar hacia la orilla. Pero antes de darme cuenta, apenas unos pasos después, Dereck me levanta del suelo, cargándome sobre su hombro y corriendo conmigo hacia el agua.

—¡Dereck! ¡Está muy fría! ¡No te atrevas a...!

No me da tiempo a terminar la frase. Efectivamente, se atrevió. Lo último que escucho antes de que me lance por los aires es su risa. Y lo primero que veo al salir a la superficie es su cara, cuando me agarra con sus manos de la cintura y me pega a él. Como una autómata, levanto los brazos y le rodeo los hombros con ellos, agarrándome bien fuerte a su cuerpo como para que no pueda volver a lanzarme por los aires.

—Eres…

Me callo cuando veo la forma en la que me mira, con esos dos ojos azules que bien parecen un

océano enmarcado por unas largas pestañas. Maldita sea, Maddy. Cómo vas a sufrir por tonta.

—¿Qué soy?

Sonrío un poco, mordiéndome el labio inferior cuando todas mis terminaciones nerviosas empiezan a ser consciente de que estoy en los brazos de mi jefe.

—Maddy…

Cierro los ojos cuando Dereck apoya su frente en la mía, deseando en lo más profundo de mi alma que me bese, pero rogándole para que no lo haga porque sé que voy a terminar con el corazón roto.

—Dereck…

No me aparto cuando me agarra la cara con una mano y roza mis labios con los suyos. No. Claro que no. En lugar de eso le devuelvo el beso, abriendo la boca para dejar que su lengua haga conmigo lo que quiera. Porque sí, llegados a este punto…

Suspiro en su boca cuando me acerca aún más si es posible a él, y noto su más que abultado bañador debajo del agua. A nada de quedarme sin respiración, Dereck rompe el beso, separando nuestras bocas. Abro los ojos para ver cómo sonríe a escasos milímetros de mis labios. Dios.

—No debería… haber hecho eso.

Yo también sonrío. No, no lo debería haber hecho.

—¿Porque eres mi jefe?

Su risa tan ronca y tan… pero tan sexy me eriza cada poro de mi piel.

—No, Maddy… no… No tendría que haberte besado porque ahora no voy a poder pensar en otra cosa que no sea volverlo a hacer.

Joder, Dereck. Joder.

—No… no lo vuelvas a hacer.

—No te lo puedo prometer.

Dejo de abrazarme a su maciza espalda, pero él no me suelta.

—Pues lo vas a tener que hacer.

—Has sentido lo mismo que yo, Maddy. Llevas sintiendo lo mismo que yo desde ayer.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No.

—No mientas.

—No miento.

Por supuesto que estoy mintiendo. Y Dereck lo sabe.

—No puedes mentirle así a tu jefe.

No puedo evitar reírme. Qué conveniente.

—¿Ahora sí eres mi jefe?

—Maddy…

Le sujeto la mano antes de que llegue a tocarme la cara.

—Esto no debería de haber pasado jamás. Así que no va a volver a pasar porque tú mismo lo acabas de decir. Eres mi jefe, y además me has dado un cheque de doscientos mil dólares y no me has dicho ni siquiera cómo te lo voy a devolver.

—Y dale con el puto cheque… Esto no tiene nada que ver con el cheque.

—Lo sé. Pero lo mejor para los dos, es que ni tú me vuelvas a besar a mí… ni que yo te vuelva a besar a ti.

No sé cómo puedo estar rechazando a este pedazo de hombre.

—¿Sabes qué pasa? Que lo que me estás diciendo tú no es lo mismo que está gritando tu cuerpo.

Por favor. No me lo puede poner tan difícil.

—¿Sabes qué está gritando mi cuerpo?

—¿El qué?

Que estoy loca.

—Que me suelte, señor Thompson.

11. HASTA AHORA

Nunca me había bañado en una bañera. En mi casa solo hay duchas y... y nunca me he duchado fuera de casa. Le envío una foto a mi hermana de mis piernas en la bañera cubiertas con espuma y pétalos. No me imaginaba a Dereck dándose baños relajantes.

La idea de que estuviera ahora mismo conmigo en la bañera se cruza por mi mente y me obliga a sacudir la cabeza. Eso es una idea de mierda. No va a pasar. Cierro los ojos al pensar en el beso que nos hemos dado hace un rato en la playa. Bueno, el "beso"... un poco más y... Y no sé qué habría pasado. Me gustaría echarle la culpa al vino, pero la verdad es que sería una pésima excusa.

Porque la verdad es que desde ayer no puedo pensar en otra cosa que no sea Dereck Thompson. Y en lo bueno que está Dereck Thompson. Y lo sexy que es Dereck Thompson. Y hoy... hoy ya he comprobado lo caliente que es y que puede llegar a ser el señor Dereck Thompson.

Sabía que esto era una mala idea desde el principio, porque desde el primer momento que nuestras miradas se cruzaron delante del ascensor... Nunca antes en mi vida había sentido un flechazo. Maldición.

Pero venimos de dos mundos muy diferentes. Solo hay que ver su casa y la mía. Su coche y... Y yo no tengo ni coche. Además, lo más importante de todo: es mi jefe. Y me gusta mucho mi trabajo. No estoy dispuesta a perderlo, y mucho menos ahora que le debo doscientos mil dólares a J. D. Thompson.

Así que sucumbir al encanto y caer en las redes de Dereck Thompson no es una opción. El lunes cada uno volverá a su vida, yo seguiré trabajando para su hermano y no tendré que estar cerca de él. Y mucho menos fingir que le quiero delante de todo el mundo.

—Mierda.

Me quedo mirando el taburete dónde pensaba que había puesto la toalla. Digo que pensaba, porque no está. Se me ha olvidado en la cama. Genial. Absolutamente genial.

Durante unos segundos barajo mis opciones. Y la verdad es que no tengo ninguna, porque mojarle todo el suelo a Elizabeth no es una opción. Bueno, más que a ella, hacer que el servicio lo seque porque estoy segura de que no me van a dejar hacerlo yo.

Me voy a arrepentir, pero con un suspiro cojo el móvil y llamo a Dereck. No me lo coge, para variar. Lo vuelvo a intentar y nada. Seguro que lo está haciendo a propósito el muy capullo.

Menos mal que a la tercera va la vencida. Pero sé que está molesto. Yo también estoy molesta conmigo misma. Por imbécil.

—Dime, mi amor.

“Mi amor”. Su voz me eriza toda la piel. No había escuchado su voz por teléfono. Y es increíble. Increíblemente sexy.

—¿Dónde estás?

—En el despacho de mi padre, ¿qué pasa?

Uy, qué hostil.

—Me he dejado la toalla en la cama.

—¿Y?

Qué simpático.

—Y necesito que me la traigas para no poner el suelo perdido.

—Ya lo limpiarán.

No.

—No voy a hacer a nadie ponerse a limpiar a las doce de la noche, señor Thompson.

—Ahora mismo no puedo ir, te vas a tener que esperar.

¿Para arrugarme más? No voy a esperar.

—Vale, no te preocupes. Llamo a Mark para que me traiga la toalla hasta la bañera, estoy segura de que estará encantado de hacerlo.

—No vayas a...

Le cuelgo, dejándolo con la palabra en la boca. Evidentemente no voy a llamar a Mark. Pero apuesto lo que sea a que va a subir enseguida. Y... ahí está. Sonrío cuando escucho abrirse la puerta del dormitorio. Apenas unos segundos después, Dereck aparece delante mía con la toalla en la mano.

Doy gracias a estar aún cubierta de espuma y que lo único que pueda ver sean mis hombros. Nos miramos en silencio hasta que sonreímos a la vez.

—Gracias, señor Thompson. Es usted muy eficiente.

Se acerca lentamente, hasta ponerse en cuclillas delante de la bañera.

—¿Lo has llamado?

Hago uso de toda mi fuerza de voluntad para mirarlo a los ojos y no a sus labios. Me muero por besarlo otra vez.

—No me ha dado tiempo...

—¿Lo habrías llamado?

Me encojo de hombros con una sonrisa.

—¿Te importa?

—Sí.

Su rotundidad me deja casi sin saber qué decir.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Qué buena respuesta.

—Lo habría llamado según lo que hubieras tardado en venir.

—Era un farol.

O no. Dereck baja unos segundos la mirada a mis hombros. Es lo máximo que va a ver en este momento.

—Eso no lo vas a saber… Y si no tienes nada más que decir, te agradecería que me dejaras a solas para terminar de bañarme y secarme.

Una lenta sonrisa se forma en su boca, cortándome la respiración.

—Vaya, yo pensaba que ya que había venido a socorrerte como un verdadero príncipe azul iba a poder quedarme a ver el espectáculo…

Una sonrisa se me escapa de los labios.

—Ni en tus sueños, señor Thompson.

—Me gusta que te hagas la dura…

¿Tendrá poca vergüenza?

—Vete, Dereck.

Después de dedicarme una última mirada, se incorpora y se marcha cerrando la puerta del baño al salir. Media hora después, con el pelo seco, el pijama puesto y mis cremas echadas, salgo al dormitorio y me encuentro a Dereck tumbado en la cama con un libro. Y sin camiseta.

—Bonito pijama… es muy sexy.

Pues sí la verdad. Un camisón corto de seda rosa. Si hubiera sabido que dormiríamos juntos me habría traído algo más… recatado.

—¿Qué lees?

—¿Te importa?

Sonrío, dándole la espalda. Me la tenía guardada de antes.

—No, la verdad.

Me siento al otro lado de la cama, lo más alejada posible de Dereck, y me tumbo con cuidado de no tocarlo. No me puedo creer que vayamos a compartir la misma cama durante toda la noche. Durante tres noches.

—Es un libro sobre las órdenes militares de la Edad Media.

Vaya. Esa no me la esperaba.

—¿Eres religioso?

—Para mi madre sí, para el resto del mundo no. ¿Y tú?

—Mis padres no faltan nunca a la iglesia pero yo estoy en crisis con Dios desde que mi padre enfermó.

Dereck cierra el libro y lo deja sobre la mesita de noche para tumbarse de lado y mirarme a la cara. Y yo me pongo en la misma postura.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

Niego con la cabeza al mismo tiempo que tiro de la sábana para taparme hasta medio cuerpo.

—Piensan que no voy a la Iglesia por el trabajo. Que en parte es verdad, pero a ver qué hago ahora cuando a partir del lunes solo trabaje mis ocho horas de lunes a viernes y tenga los domingos libres…

Intento concentrarme en su cara, para no mirar sus pectorales. Pero me está resultando más difícil de lo que pensaba.

—De nada, Davis.

—Aún no soy consciente, ¿sabes?

—¿De qué?

Es que es guapísimo, joder. No sé cómo he podido apartarme de él en el agua. Estoy tan confundida con lo que me provoca… Que la verdad es que no sé ni qué coño estoy haciendo..

—De que voy a poder dormir más de cuatro horas, de que no voy a tener que aguantar a más borrachos y babosos, de que mi padre no va a volver a decirme que tendría que haber muerto para no ser una carga para nosotras…

Dereck pone su mano sobre la mía, que está extendida sobre el colchón. Le sonrío cuando veo sus ojos brillantes. Me imagino que como los míos.

—No te haces una idea de lo mucho que te admiro, Maddy.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón.

—He hecho lo que haría cualquiera por su familia.

No sé qué me está pasando. Estoy en una cama con mi jefe medio desnudo, acariciándome la mano y el pelo, después de haberle pedido hace unas horas que no me vuelva a besar más. Cuando es lo único que quiero que haga. Mi vida ayer era normal. Hoy ya no lo es.

—No, Maddy. Cualquiera no lo hace. Cualquiera no trabaja… ¿cuánto? ¿Catorces horas al día?

—Dieciséis, a veces más. Ayer fui a trabajar sin dormir porque hubo una pelea de bandas en el club y… bueno, no llegué a mi casa hasta las siete de la mañana.

Dereck ni siquiera parpadea.

—Eres increíble.

—No lo soy.

—Sí lo eres, es inhumano vivir así. Y mírate, contándomelo con una sonrisa. Eres… eres la mujer más fascinante que he conocido en mi vida.

¿Qué puedo decir? Es que no me salen ni las palabras.

—¿Por qué no tienes novia, Dereck? Eres bueno, atento, inteligente, guapo…

—Vaya, gracias. Y yo que pensaba que no te gustaba.

Pretencioso.

—Y no me gustas.

—Sé que eso no es verdad, Madison… Pero no tengo ganas de discutir en este momento, si quieres lo discutimos mañana.

No puedo evitar reírme.

—Vale. Ahora dime, por qué estoy yo aquí fingiendo ser tu novia y no tienes tu una novia de verdad.

Dereck se incorpora un poco, flexionando el brazo sobre la almohada y apoyando la cabeza en su mano cerrada.

—Creo que… las relaciones pasaron a un segundo plano en mi vida cuando entré en la universidad y decidí montar mi propio bufete con mi hermano. No sé, nunca había conocido a ninguna mujer que me interesara para algo más que un rato…

Aguanto la respiración cuando me acaricia con el dorso de sus dedos la mejilla.

—Hasta ahora, Maddy.

12. PUES TE DESPIDO

“Hasta ahora, Maddy”. Me estoy muriendo.

—¿Y tú, Davis? ¿Por qué no tienes novio tú?

Sonrío, encogiéndose de hombros, y agradecida de que haya dejado pasar el tema.

—Tuve un par de rollitos en el instituto y un novio cuando empecé la universidad, pero… Cuando mi padre enfermó, yo me busqué un trabajo por las tardes, para poder ir a las clases por la mañana y estudiar por las noches…

—¿No tenías tiempo para él?

—No tenía ni tiempo ni ganas, así que terminé con él. El tiempo que no estaba con mi padre, estudiando o trabajando… prefería invertirlo en horas de sueño a tener citas solo por… por… porque era lo que hacían el resto de mis compañeras. Nunca conocí a nadie que me interesara tampoco, así que…

En los labios de Dereck aparece una pequeña sonrisa. Pequeña sexy sonrisa.

—Así que ninguno de los dos hemos conocido en años a nadie que nos importara hasta ahora.

Eeeh…

—Yo no he dicho eso

—Pero tengo razón.

¿No se cansa de insistir? No, creo que no.

—Pero eres mi jefe.

—Pues te despido.

—Pues te demando.

Riéndome, le doy un pequeño empujón en el hombro, derribando su brazo flexionado y haciendo caer su cabeza. Entre risas, en apenas unas décimas de segundo, me abraza y me encuentro con la cara pegada a su cuello. Dios mío, qué bien huele.

—Dereck…

—Shh…

¿Cómo que “shh”?

—A mí no me calles.

—A dormir, Maddy.

Yo hoy no me duermo.

—Pues suéltame.

—¿Y si no quiero soltarte?

Dios mío, por favor, pónmelo un poquito más fácil.

—¿Y qué pretendes? ¿Que durmamos así abrazaditos?

—Sí.

No.

—¿Yo a ti en qué idioma te digo las cosas?

—En el de la mentira.

Me tengo que reír. Esta sí que me ha hecho gracia.

—Dereck, es en serio.

—Yo también lo digo en serio.

—Dereck…

—Te juro que no te voy a tocar.

Que no, dice.

—Ya me estás tocando.

Es que no tiene vergüenza alguna.

—Vale, mira… Voy a abrir los brazos… y te doy tres segundos para que te apartes, si no lo haces… nos quedamos así. Pero te prometo que no voy a intentar nada más… al menos esta noche.

¿Gracias?

—Vale.

—¿Aceptas?

—Acepto.

Mi vida es surrealista.

—¿Preparada? Que empiezo con la cuenta atrás, eh…

—Que sí, venga… qué te gusta hablar, ¿eh?

—¿A mí? Me encanta.

Pongo los ojos en blanco cuando se ríe de sí mismo.

—Al final me voy a quedar dormida…

—Bueno, igual seguir hablando es mejor estrategia.

Me encanta su sentido del humor. En serio.

—Dereck, venga ya…

—Vale, vale… venga, voy…

Venga, a ver si es verdad.

—Tres…

Respiro inhalando el olor de su piel. Hace un rato que he perdido esta batalla.

—Dos…

No soy capaz de moverme.

—Uno…

Me quedo quieta, y Dereck también, durante unos segundos. Creo que no se esperaba que le saliera tan bien la jugada. Me acomodo mejor contra su cuerpo, colocando un brazo por encima de su pecho y poniendo la cabeza en su hombro.

Sonrío cuando sus brazos me vuelven a rodear, pero sin la fuerza con la que lo habían hecho antes para que no me escapara. Cierro los ojos cuando me da un beso en la cabeza y me acaricia el pelo.

—Buenas noches, Davis.

No puedo contener el impulso de darle un beso sobre su clavícula.

—Buenas noches… señor Thompson.

Aunque eso de buenas noches… En fin. Dereck sí se ha dormido rápido, aunque no le veo la cara, el ritmo de su respiración se ha relajado e incluso está roncando. No mucho, nada que ver con mi padre que parece que en cualquier momento te va a absorber a través de la pared. No, nada de eso. Lo de Dereck es soportable.

Con el corazón acelerado por todo lo que estoy sintiendo, me acomodo mejor sobre su cuerpo e intento dormirme. Sin mucho éxito. Ya que me paso toda la noche dando cabezadas hasta que con la primera luz del amanecer, bastante agobiada ya, decido ponerme en pie.

Con cuidado de no despertarlo, salgo de la cama con la mayor lentitud posible, y ya una vez con los pies en el suelo, me quedo un momento viéndolo dormir, admirando cada centímetro de su cuerpo. Estando despierto es guapísimo, pero es que dormido…Dios mío, es el hombre más sexy que he visto en mi vida.

Me obligo a moverme, y con cuidado de no hacer más ruido del necesario, abro el armario para coger el único conjunto deportivo que he traído: unos leggins largos y un top morado. Me cambio en silencio y con el móvil en una mano y las zapatillas de deporte en la otra, salgo de la habitación de Dereck, cerrándola con cuidado.

—¿Qué haces?

Joder. Me doy la vuelta sobresaltada, llevándome una mano al pecho. Será cabrón, qué susto me ha dado.

—¿Qué haces tú? Que casi me matas, imbécil.

Mark se echa a reír, vestido también con ropa deportiva.

—Qué cosas más bonitas me dices, preciosa. Cómo se nota que me quieres. Ven a correr conmigo.

—Vete a la mierda.

Le doy la espalda, dirigiéndome por el pasillo hacia las escaleras, y sonriendo al escuchar sus pasos detrás mí.

—Que despertar más malhumorado tiene la princesa. ¿Qué pasa? ¿Mi hermano no te ha tratado bien?

Ay, señor.

—Tu hermano me ha tratado estupendamente.

—¿Cómo de estupendamente?

—Como para que no te importe.

—¿Hacia dónde vas?

Me paro en seco, haciendo que Mark se choque conmigo.

—Pues… no lo sé.

Me doy la vuelta, cruzada de brazos. Debería ser ilegal que un hombre esté así de arrebatador a las seis de la mañana. Mark Thompson también es jodidamente caliente.

—Avisa, joder.

—Ay, lo siento… ¿te he hecho daño?

Echándome un brazo por encima de los hombros, Mark me conduce de camino a la cocina.

—Qué sarcástica eres, me gusta…

—¿Te han dicho alguna vez que eres insoportable?

Oculto mi cara de sorpresa cuando veo que ya hay personas trabajando en la cocina. ¿A las seis de la mañana? ¿En serio?

—Buenos días, Doris.

Mark me suelta para darle un beso y cuando quiere volver a agarrarme me aparto de él. Doris se ríe, al igual que yo, de su cara de fastidio.

—Buenos días, señorita Davis.

Por Dios.

—Buenos días, Doris. Pero, por lo que más quieras, no me llames señorita. Maddy, o Madison si quieres. Nada de señorita Davis, ¿vale?

—Lo intentaré.

Me quedo mirando a Mark saqueando la nevera de los dulces, ¿pero este no iba a correr?

—¿Qué haces?

Joder. El otro. Le doy un empujón del susto a Jared, sin pararme a pensar que es mi jefe.

—¿Tenéis que ser todos igual con el sigilo?

—Uy, uy… con qué buen humor nos despertamos…

Mark, con un cruasán de chocolate en la mano, me señala desde el otro lado de la cocina.

—Es una bruja, pero es MI bruja.

Sus ganas. Muevo la cabeza de un lado a otro, compartiendo una sonrisa con Doris.

—Dereck no estaría de acuerdo.

—¿Ah, no?

Miro a Jared de reojo, que se cruza de brazos y me mira con una ceja levantada.

—¿Te quedas callada?

Sí.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que ha pasado con mi hermano, por ejemplo.

No. Qué cotillas son.

—¿Qué haces despierto tan temprano, jefe?

Jared se frota las manos con una sonrisa.

—Voy a salir a correr con el cerdo este… ¡Tú! ¡Deja de comer!

—Me dijiste que comiera algo antes de salir…

Cojo en el aire la manzana que Jared me lanza.

—Algo como una fruta, no todos los cruasanes de chocolate, cabrón.

La verdad es que de los tres, Jared es el que parece más atlético. Digo que parece porque no lo he visto sin camiseta. Pero sí tiene menos cuerpo que Mark y Dereck.

—¿Qué quieres? ¿Que me muera por el camino?

Jared lo mira con desaprobación, negando con la cabeza.

—Te vas a morir pero de un corte de digestión, capullo.

No puedo evitar reírme. No sé cómo he acabado aquí. Bueno, sí lo sé.

—Si me desmayo Maddy me hará el boca a boca.

Que se lo ha creído.

—Puedes seguir soñando, Mark

—¿Dejarías morir a tu cuñado favorito?

Jared se ríe empujándome hacia la puerta del jardín mientras me termino la manzana.

—Por supuesto que te dejaría morir, si eres un puto coñazo de persona. Venga, nos vamos.

¿A dónde?

—No, si yo no voy a…

—¿Cómo que no? Claro que sí.

Intento detenerme pero Jared me rodea con un brazo la espalda y me levanta en el aire.

—¡Jared! ¡Suéltame!

Me voy a ahogar con mi propia risa.

—No, no estoy dispuesto a aguantar a Mark lloriqueando solo.

—¿Y para qué has quedado con él?

—Porque míralo, pobrecillo… ¿no te da pena?

Riéndose también, me deja en el suelo de camino hacia la puerta exterior de la mansión.

—¡Te estoy escuchando, estúpido!

—¿Ves lo que te digo, Maddy?

Sonrío, deteniéndome frente a la verja, esperando que la abran.

—Ni siquiera he avisado a Dereck…

—Mándale un mensaje.

Mierda. Me he dejado el móvil en la encimera.

—Se me ha quedado el móvil en la cocina, voy a por él…

Mark me agarra del brazo cuando me da la vuelta.

—Ya se lo dirá Doris. No tienes bolsillos por delante ni por detrás para guardarlo.

—¿Ya me has vuelto a mirar el culo?

—Es que tienes un culo espectacular, Maddy.

Jared le da una colleja, sin dejar de estirar.

—Córtate un poco, es la mujer de tu hermano.

Sonrío, estirando las piernas.

—Eso.

Los dos pares de ojos azul cielo se clavan en mi persona.

—¿Os habéis liado, verdad?

Verdad. Pero en lugar de responder, echo a correr.

—¡Os voy a ganar por chismosos!

13. VAMOS A BAÑARNOS

—¡Os voy a ganar!

Habíamos dicho que quien llegara primero a la puerta ganaba. He llegado yo, y ahora van y dice que quien llegue a la cocina. Y también voy a ganar yo.

—¡Jared! ¡Haz algo!

—¡¿Pero si es más rápida que nosotros qué quieres que haga?!

A escasos pasos de la cocina, Mark tira de mi brazo, haciéndome caer al césped.

—¡Tramposo!

Levanto la cabeza y veo a Jared, con las manos sobre las rodillas, tratando de recuperar la respiración.

—¿Has visto lo que me ha hecho?

—No sabe perder.

Desde luego que no. Me quedo tirada en el césped, escuchando la risa de Mark y cierro los ojos, apreciando el aire limpio de Los Hamptons. Noto unas pisadas acercándose a mí, y me preparo mentalmente para responder al nuevo ataque del capullo de Mark.

—¿Qué haces en el suelo?

Dereck. Abro un ojo y lo encuentro agachado junto a mí. Qué guapo está joder. Y yo toda sudada, hecha un asco.

—El césped ha querido darme un abrazo.

Nos sonreímos a la vez, y acepto su mano cuando me ofrece su ayuda para levantarme.

—En realidad la ha empujado Mark porque ella nos iba a ganar y ya sabes cómo es.

Dereck me mira de arriba a abajo con atención.

—¿Te ha hecho daño?

Qué mono.

—No.

—Lo voy a matar.

Justo en ese momento, Mark sale de la cocina con otro cruasán de chocolate en la mano. ¿Pero dónde mete ese hombre todo lo que come con lo bueno que está?

—¡Si apenas la he rozado!

Dereck, con cara de pocos amigos, da un paso hacia él, pero lo detengo sujetándole el brazo con las dos manos. Cuando se gira para mirarme le sonrío en silencio, y menos de un segundo después, tira de mí, agarrándome la cara con una mano y besándome delante de sus hermanos. Le pongo una mano sobre su polo blanco, para intentar apartarlo.

—Estoy muy pringosa, Dereck.

—No me importa.

Sonrío cuando me vuelve a besar y me rindo, dejándome abrazar por sus fuertes músculos, sin pensar en nada más. Mierda.

—No hace falta que las sigas marcando, eh…

Me río en su boca por el comentario de Mark, y lo miro a los ojos mordiéndome el labio cuando me separo de él.

—¿No dejamos claras las cosas ayer?

Dereck enreda sus dedos en un rizo que se me ha salido de la coleta y me lo coloca detrás de la oreja.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que durmieras abrazada a mí?

Le miro en silencio, porque no sé qué responderle. Pensaba salir a despejarme pero Jared y Mark me han hecho el lío y he terminado corriendo dos horas por los Hamptons. Me he despejado sí, pero no he podido aclarar ni mis pensamientos ni mis sentimientos por Dereck.

—Dereck…

Se inclina para besarme de nuevo pero…

—¡Aquí estáis!

Dejando el beso suspendido en el aire, Dereck se gira, dejándome ver junto a Mark en la puerta a Elizabeth Thompson con otras dos mujeres, vestidas con el mismo estilo que ella. Apestan a dinero.

—Madre…

Entrelazando sus dedos con los míos, mi señor jefe me lleva de la mano hasta ellas. Dios mío, con lo asquerosa que estoy en este momento y ellas tan… tan de la alta sociedad. ¿Quién está a las nueve de la mañana tan arreglada y maquillada para no salir de su casa? Ocultando mi

nerviosismo, o intentándolo ocultar más bien, les sonrío mientras que Jared se acerca también a nosotros.

—Dios bendito, ¿qué te ha pasado, Madison?

Ay, qué cara de asco me ha puesto aquí mi futura suegra. ¿Qué digo de "futura"? Maddy. tía. Céntrate.

—He salido a correr con sus hijos, y… alguien me ha derribado.

Miro de soslayo a Mark, que se está aguantando la risa. Capullo.

—Pues dúchate ahora mismo porque pareces una cualquiera con esas pintas que llevas para…

¿Perdón? ¿Una cualquiera?

—Madre, no te voy a permitir que le hables así.

Dereck mira a Elizabeth, apretándome aún más la mano.

—Si no he dicho nada…

—Acabas de decirle que parece una cualquiera, me parece un poquito despectivo y clasista por tu parte cuando está decentemente vestida. Y aunque no lo estuviera, no tienes nada que opinar respecto a mi novia.

"Mi novia". Dios. Me estoy derritiendo. Una de las chicas tiene en la cara la misma expresión de pija de mierda que Elizabeth, pero la otra… la otra se está aguantando la risa, y juraría que es Lizzie Thompson.

—Disculpa, Madison. No pretendía ofenderte.

Más allá de la disculpa, creo que lo mejor es la cara de Jared y Mark, que están detrás de ella. Creo que Elizabeth no está muy acostumbrada a disculparse con la gente.

—No se preocupe, señora Thompson… estoy segura de que no pretendía hacerlo.

Mis muertos que no. Qué asco de mujer, no la soporto. Pongo mi mano libre sobre la de Dereck para que afloje un poco el agarre antes de que me arranque la mano, y me mira de soslayo con una especie de sonrisa.

—Maddy, te presento a Lizzie, mi hermana pequeña.

No me equivocaba. Esos ojos azules y esa sonrisa traviesa que tienen todos los hermanos Thompson no dejan lugar a dudas.

—Encantada, Lizzie. Si no tuviera estas pintas te daba un abrazo…

Qué sonrisa más bonita tiene.

—Tranquila, tendrías que ver mis pintas después de entrenar…. Y yo sí que estoy encantada, nunca pensé que llegaría el momento de que Dereck trajera a una chica a casa. Una chica

preciosa, por cierto…

Le doy las gracias con una sonrisa, y antes de que pueda decir nada más, la otra rubia con aires de diva da un paso al frente.

—Yo soy Tiffany Harris, una amiga de Dereck…

Uy, uy ese tonito. Y uy cómo ha pronunciado ese "de Dereck".

—Cariño, Tiffany es amiga de la familia, sobre todo de mi hermana.

No puedo evitar sonreír ante la aclaración de Dereck y la cara de reventada de Tiffany.

—Un placer, Tiffany.

No creo que ella pueda decir lo mismo. Y yo tampoco, la verdad. No me gusta la forma en la que está mirando a Dereck. No me puedo creer que esté celosa. No me lo puedo creer.

—Lo mismo digo, ¿Madison…?

—Davis.

Mueve la cabeza de arriba a abajo y se empieza a reír.

—No me suena nada…

Cuidado la lagarta esta…

—No te tiene por qué sonar. No es como tu nombre, estoy segura de que le recuerdas a todo el mundo a la marca de joyas y relojes…

La risa se le corta de golpe y ni siquiera parpadea. Para graciosa ella… graciosa yo. Los que sí se ríen son Mark, Jared y Dereck. Incluso Lizzie. Pero creo que es hora de irse, antes de que mi boca la vuelva a liar.

—Bueno, si me disculpáis… voy a ducharme.

—Te acompaño.

Miro a mi supuesto novio con una ceja levantada.

—La casa es grande pero sé llegar sola a tu habitación, cariño.

Dereck pasa un brazo por detrás de mi espalda, mirándome directamente a los ojos.

—Pero te quiero acompañar.

—¿Por qué?

La sonrisa de Dereck hace que se me caiga la baba.

—¿Y por qué no?

Llegados a este punto, es mejor no seguir discutiendo.

—Está bien.

Dereck echa a andar sin soltarme la mano, rodeando a su madre, su hermana y su supuesta amiga. Pero en mitad de la cocina, consciente de que nos están mirando, se para para darme el beso que no me ha podido dar hace un momento. Intento apartarme de él, poniéndole una mano en el pecho.

—Dereck, nos están mirando…

—Que nos miren.

Antes de poder evitarlo, me levanta del suelo, cargándome sobre su hombro y sujetándome prácticamente por el culo.

—¿Pero qué te pasa? ¡Suéltame!

No puedo parar de reírme. ¿Qué clase de problema mental tienen mis jefes para cogerme en brazos los dos hoy?

—No te pienso soltar…

Escucho de fondo y por detrás mía la risa inconfundible de Mark.

—Dereck, te estás manchando…

—Ahora nos cambiamos. Ah… hola, papá.

Venga, hombre. Cierro los ojos de la vergüenza que me está dando este momento.

—Hola, hijo… ¿todo bien, Maddy?

¿Todo bien? Todo mal.

—Sí, señor… ¿le importaría obligar a su hijo a soltarme?

No le veo la cara al señor Thompson, pero sí lo escucho reír.

—Mi hijo tiene treinta años como para yo decirle lo que tiene que hacer…

Será posible.

—Tendrá treinta, pero se comporta como si tuviera quince… ¡Ay!

¿Me acaba de pegar un pellizco en el culo?

—Adiós, papá… nos tenemos que bañar.

¿Pero qué coño le pasa a este hombre?

—No, yo me voy a bañar… ¡sola!

—Ya lo veremos…

Dejando a su padre atrás, sube sin soltarme los escalones hasta llegar al segundo piso, ignorando absolutamente todas mis protestas. No es hasta que entramos a su dormitorio cuando me vuelve a dejar sobre el suelo. Sobre el suelo y entre la puerta y… su cuerpo. Acorralada.

—Te estás aprovechando de que tenemos que fingir que somos la pareja perfecta para besarme.

—No lo tenemos que fingir… somos la pareja perfecta.

Madre de Dios.

—Dereck…

—¿Ves? ¿Ves cómo me estás mirando?

—¿Cómo?

—Como si quisieras que te comiera.

Igual es que quiero que lo haga. Sin pensarlo dos veces, tiro de su camiseta hacia a mí, y Dereck reacciona al instante clavando sus dedos en mi cintura, besándome y estrechándome contra él. Se ríe cuando rompo el beso para subirle a tirones la camiseta.

—¿No decías que me estaba aprovechando de la situación?

Agarrándome el culo con las dos manas, me levanta a pulso y enredo automáticamente mis piernas a su cuerpo.

—Dereck… cállate.

Nos reímos a la vez cuando se deja caer de espaldas sobre la cama y nos hace rodar sobre el colchón hasta quedar él encima de mí.

—Debería bañarme primero…

Dereck levanta la cabeza de mi cuello y roza mi nariz con la suya. Dios mío, qué estoy haciendo.

—Buena idea… vamos a bañarnos.

14. ¿PERO POR QUÉ?

—No nos vamos a bañar.

—¿Cómo que no? Claro que sí…

¿Pero yo en qué idioma le hablo a este hombre? Ah, sí. Perdón. En el de la mentira. que se me había olvidado.

—Dereck…

Siento una sensación de vacío cuando me quita todo su peso de encima al levantarse de la cama. Apoyo los codos sobre el colchón para mirarlo directamente a la cara. Bueno, y a la cara y a esos dos pectorales bien marcados que tiene.

—Vamos a bañarnos, Maddy.

—No.

Dereck cruza los brazos sobre su pecho y me mira con seriedad.

—¿Por qué no?

Mira… ¿para qué voy a mentirle?

—Porque me da vergüenza.

—Pero si íbamos a…

—Ya, pero no es lo mismo… Una cosa es un momento de calentón y otra cosa es… pues eso… bañarnos.

En su más que tentadora boca se dibuja una pequeña sonrisa.

—A ver… a ver que yo me entere… ¿No te da vergüenza follar conmigo pero bañarte sí?

Básicamente.

—Pues… pues sí.

—¿Pero por qué? Si te voy a ver desnuda igual, no entiendo porque no…

—Porque nunca me he bañado con un hombre, Dereck.

Maldita sea. Literalmente se le acaba de iluminar la cara.

—¿Nunca?

—Nunca, ¿contento?

—Pues sí, la verdad.

Con esa actitud no va a conseguir que me bañe con él.

—¿Por qué?

Aguanto su escrutinio durante unos segundos hasta que sonríe encogiéndose de hombros.

—Porque yo tampoco me he bañado nunca con una mujer.

¿En serio?

—¿Por qué?

—¿Yo qué te dije anoche? Si no he encontrado hasta ahora una mujer para hacer algo más que echar un polvo, ¿tú crees que a mí me interesaba lo más mínimo bañarme con ellas?

Me quedo callada, mirándolo fijamente. ¿De verdad que esto que ha nacido de la nada entre nosotros puede salir bien?

—¿Y te interesa bañarte conmigo?

—Maddy… necesito que comprendas una cosa.

—¿Qué cosa?

Casi me ahogo con mi propia risa cuando, tirando de mis piernas, me arrastra por la cama hasta ponerme de pie, sobre el suelo y entre sus brazos. Me cuesta mantener los ojos abiertos mientras me mira con tanta intensidad, sosteniéndome la cara con su mano. Es aterrador lo que estoy sintiendo por Dereck Thompson. Aterrador.

—Que a mí… me interesa todo… absolutamente todo… contigo.

Ay, Dios mío.

—Pero… ¿pero por qué Dereck? No entiendo por qué… Yo solo soy una… una chica normal… una chica del montón… No… no soy de tu mundo… Yo no… Nuestros estilos de vida no encajan…

—Pero nosotros sí, Maddy. Eres muchas cosas, pero lo que no eres es una chica del montón… No para mí.

Niego con la cabeza cuando Dereck pone su frente contra la mía.

—Estoy aquí por un cheque de doscientos mil dólares, Dereck.

Su suave risa me pone los pelos de punta.

—Estás aquí porque en cuanto chocaste conmigo supe que estaba en apuros.

Por favor.

—¿Mi jefe está en apuros?

Dereck asiente lentamente con la cabeza y con una sonrisa en los labios.

—Tu jefe está en apuros.

No sé si estoy viviendo en un sueño y me voy a despertar en cualquier momento para tener que irme a trabajar. Estos días no pueden estar siendo reales. Mi vida ahora mismo no puede ser real. Dereck no es real.

—¿Cómo te voy a devolver el cheque?

—Maddy, olvídate del puto cheque.

¿Qué? No.

—Eso no va a pasar, Dereck.

—Te firmaría veinte mil cheques más si hicieran falta para tenerte así en este momento, Madison Davis.

¿Por qué en el fondo me siento como…? No sé explicarlo, pero cuando recuerdo que estoy aquí a cambio de dinero me siento un poco lo que viene a ser una chica de compañía, por decirlo de forma suave.

—Si no hubiera sido yo, hubiera sido otra.

Me tiemblan tanto las piernas que si no tuviera un brazo de Dereck rodeándome la espalda creo que estaría ya en el suelo.

—Maddy… podría haberle pagado a cualquier agencia para que una chica fingiera ser mi novia. Pero créeme, que no estaría deseando que esa chica fuera mi novia.

¿Eso de sentir mariposas en el estómago? Creo que estoy experimentando esa sensación por primera vez en mi vida.

—¿Pero por qué?

—No te lo puedo explicar, Maddy. No te puedo explicar algo que ni yo mismo alcanzo a entender. Lo único que sé es que no voy a dejarte escapar. No pienso dejarte escapar, ¿lo entiendes?

—Dereck…

—Por mucho que te escudes en que soy tu jefe, en que te he prestado dinero o que pertenecemos a dos mundos muy distintos… Me da igual las millones de excusas que se te puedan ocurrir para querer alejarme de ti, porque te voy a hacer un pequeño spoiler: no lo vas a conseguir.

Por Dios. Ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Tu madre no me va a aceptar.

—Me importa una mierda mi madre, Maddy.

—No debería.

—¿Por qué?

—Porque es tu madre.

Dereck se encoge de hombros y tuerce el gesto.

—Es la mujer que me trajo al mundo, pero no ha sido… ni es… ni va a ser nunca una buena madre porque no es capaz de que le importe algo más que no sea ella misma o la opinión que la gente tenga de ella. Así que discúlpame, si no me importa lo más mínimo su opinión sobre la mujer con la que quiero compartir mi vida.

"Compartir mi vida". Socorro.

—Dereck… creo que esto se nos está yendo un poco de las manos, ¿no te parece?

—No, Maddy. No se nos está yendo, ya se nos ha ido.

Creo que… creo que estamos de acuerdo en eso.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Decirle a mi madre la verdad.

¿Qué? Me suelta, dirigiéndose a la puerta, pero antes de llegar a ella lo detengo, aferrándome a su brazo.

—No lo hagas.

—¿Qué no? Ahora mismo.

—Dereck, por favor no.

—¿Por qué? ¿Porque se va a llevar un disgusto? Yo no me avergüenzo de ti ni de tu familia, Maddy.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Te puedes parar un segundo a pensar en cómo me voy a sentir cuando le digas a tu madre que acepté fingir ser tu novia porque necesitaba ciento ochenta y cinco mil dólares para que el banco no nos embargase la casa? ¿En qué me convierte eso, Dereck?

Se me escapa una lágrima, que él me seca enseguida acariciándome la cara. Me dejo abrazar cuando tira de mí y sus brazos me engullen.

—No eres una chica de compañía, Maddy.

—¿Ah, no? No estaría aquí contigo si no hubiese sido por mi deuda.

—No, pero tal vez estarías conmigo en otra parte porque si no te hubiera necesitado para esta farsa, ya habría buscado la manera de que me hicieras caso y al menos aceptaras salir a cenar conmigo.

—Te habría rechazado.

Dereck se ríe, acariciándome la espalda.

—Probablemente, pero lo habría conseguido tarde o temprano porque sé que tú también sentiste lo mismo que yo en cuando nos vimos por primera vez. Y no me lo vayas a negar, Maddy. Haznos un favor a los dos y deja de engañarte a ti misma.

Igual es momento de ir aceptando que inexplicablemente me estoy enamorando de Dereck Thompson. Bueno, inexplicablemente no. Me estoy enamorando de él porque es maravilloso.

—Lo habrías conseguido porque eres muy pesado.

—¿Ves?

Pongo los ojos en blanco con el rostro escondido en su cuello antes de levantar la cabeza para mirarlo.

—No le digas nada a tu madre, por lo menos este fin de semana. Por favor… te lo pido por favor…

Dereck me mira en silencio unos segundos hasta que sonríe.

—Está bien, haré lo que sea que te haga sentir mejor a ti.

—Gracias.

Sujetándome la cara con las dos manos, me mira fijamente a los ojos antes de suspirar y empezar a reírse solo.

—¿De qué te ríes?

—De que me voy a arrepentir de lo que te voy a decir.

—¿El qué me vas a decir?

—No nos vamos a acostar.

¿Cómo que no?

—¿Nunca?

—¿Que quieres que me muera o qué?

Ambos nos reímos hasta que Dereck me da un beso en la boca.

—Me refería a hoy… o mañana. No nos vamos a acostar mientras estés trabajando para mí aquí

fingiendo ser mi novia. Porque no quiero que después te sientas algo que no eres, Maddy.

Trago saliva sin ser capaz de emitir ni una sola palabra.

—El lunes tú volverás a trabajar con mi hermano, y el único vínculo profesional que nos va a unir es que trabajas para J.D. Thompson. Porque realmente tu jefe, es mi hermano.

—Eres el dueño del bufete, Dereck. Trabajo para ti.

—Pero no directamente.

—¿Ah, no? ¿Y quién le revisa la contabilidad, señor Thompson?

Dereck inclina la cabeza con una ceja alzada.

—Tú. Pero llevas un año con nosotros y ni te había visto, por eso digo que en realidad tu jefe es Jared.

—Seguro que me has visto.

—Lo recordaría, créeme.

Sonrío moviendo levemente mi cabeza de un lado a otro. Es increíble.

—¿Entonces cuál es tu plan? ¿Seguir fingiendo que soy la mujer de tu vida pero no me vas a poner una mano encima hasta… el lunes?

Dereck ahoga en su garganta una especie de quejido.

—Yo no he dicho que no te vaya a poner una mano encima.

—Has dicho que no nos vamos a acostar.

—No es lo mismo.

Su rotundidad me hace sonreír.

—Claro, tienes que fingir que me quieres…

—Maddy…

Dereck se inclina hacia delante y prácticamente pega sus labios a los míos. Yo creo que esta tensión no la vamos a poder aguantar dos días.

—¿Qué?

Entrecierro mis párpados cuando siento el roce de su nariz.

—Yo no tengo que fingir nada.

15. Y YO TAMBIÉN

“Yo no tengo que fingir nada”. Han pasado horas y todavía tengo esas seis palabras clavadas en mi mente, reproduciéndose en bucle, como si se tratase de un disco rayado.

Después de que salieran de su boca, me besó y se fue. Dejándome sola en la habitación, confundida y con la cabeza hecha un lío. Y me metí en el baño para ducharme y cuando bajé para buscarlo no estaba por ninguna parte.

Ha habido una gran emergencia en el bufete y se ha tenido que marchar con Jared. Y va el muy capullo y me deja sola aquí. Menos mal que están Mark y Lizzie porque no sé qué habría hecho estando con la gran Elizabeth Thompson.

—Al final te vas a quemar.

Lizzie mira al igual que yo la espalda roja de su hermano.

—Llevas toda la tarde diciéndolo…

—Pues se ve que no lo he dicho suficiente, porque te estás quemando.

Sin pensarlo dos veces, cojo de mi hamaca el bote de crema solar y me levanto bajo la atenta mirada de Lizzie.

—¡Ay! ¡Está fría!

—Te aguantas.

Inclinándome sobre la tumbona en la que Mark lleva dos horas sin moverse, le reparto uniformemente la crema con cuidado de no arañarle la piel con mis uñas largas. Vaya pedazo de espalda tiene el tío.

—Mmm… qué buenas manos tienes, Maddy. Desde luego que tendrás a mi hermano contento.

—Tu hermano lo que te va es a partir la cara.

Con el corazón latiendo a mil, levanto la mirada sin dejar de esparcir la crema sobre la piel de Mark, para encontrarme con la de Dereck. Sin la chaqueta y con la camisa remangada hasta los codos, se me seca la boca admirando ese majestuoso cuerpo que debería de ser ilegal.

—Hola, mi amor.

Un amago de sonrisa se atisba en sus labios, pero mantiene su postura recta con los brazos

cruzados por delante del pecho.

—¿Has terminado?

Mark, que no puede ver a su hermano, comienza a reírse. De reojo veo a Jared sentarse a los pies de Lizzie, con una gran sonrisa en la cara.

—No, todavía le queda media hora más… No sabes lo a gustito que estoy…

Reaccionando rápida, me interpongo entre Dereck y la tumbona de su mellizo cuando veo que al final sí que le va a pegar.

—Dereck, por favor.

—¿Es que no lo estás escuchando?

Con mis manos sobre su camisa, le insto a que retroceda unos pasos.

—¿No sabes que lo hace para molestarte?

—Por supuesto que lo sé, hasta que un día lo mate.

Le lanzo una mirada de advertencia para que lo deje estar. No me gustan las peleas entre familias. Nunca lo he visto en mi casa y la verdad que aunque sea de broma me alteran un poco. Aunque ahora mismo Dereck no tiene cara de estar de broma, pero bueno…

—Soy tu hermano, no me vas a matar.

—¡Te tenía que haber matado de hambre en el útero!

La carcajada de Mark me arranca una sonrisa.

—¿Te ha dado Maddy ya algún masaje mágico o he sido el primer Thompson en tener ese privilegio?

Es que mira que es gilipollas. Vuelvo a detener a Dereck cuando intenta esquivarme para ir a por su hermano.

—Mark, estoy tratando que no te dé una paliza pero desde luego es que tú solito te la estás ganando a pulso.

—Joder, menos mal que has sido tú la que te has levantado a echarme la crema porque si te lo llego a pedir yo creo que no llego a la fiesta…

Dereck me mira con una ceja levantada. Apuesto a que pensaba que había sido idea de Mark.

—Es que se está quemando…

—No me estoy quemando, me estoy poniendo moreno.

Moreno, dice.

—Mark, eres blanco como la pared. Morena me pongo yo. Tú no te pones moreno, tú te quemas.

—Sí, venga… un noruego soy yo ahora.

Pongo los ojos en blanco antes de mirar fijamente a Dereck, acariciándole los brazos y los hombros sobre la fina y cara tela de su camisa. Por fin ha dejado de prestarle atención al capullo

de su hermano y tiene todos sus sentidos puestos en mí.

—Desde que mi padre enfermó, me he informado tanto sobre el cáncer y he visto tanto en el hospital cuando lo acompañaba a las sesiones de quimioterapia que no soporto ver a nadie quemándose la piel.

La mirada de Dereck se suaviza y lleva una mano hasta mi cara, abarcando con ella desde los pómulos hasta el cuello.

—Lo siento, no me suelo poner así.

Pese a tener a sus tres hermanos como público, parece que desaparecen cuando Dereck baja la voz, casi susurrando, y yo no me puedo concentrar en otra cosa que no sea el poco espacio que separa nuestros cuerpos. No puedo contener una sonrisa.

—¿Así cómo? ¿Celoso?

Dereck me mantiene unos segundos la mirada en silencio hasta que sonríe también.

—No había sentido celos en mi vida.

—No tienes motivos para sentirlos ahora…

—Es que… me saca de quicio el muy imbécil… Ahora voy a tener que soportar el resto de mi vida sus bromitas sobre tus manos…

Poniéndome de puntillas, le rodeo el cuello con los brazos y le acaricio el pelo con mis dedos.

—Ya… pero mis manos nunca le van a tocar a él de la misma manera ni en los mismos lugares que a ti… Nunca.

Me guardo el suspiro para mis adentros cuando Dereck me abraza y me pega por completo a su cuerpo, empezando a notar cierta parte de su anatomía.

—¿Sabes que me estás volviendo loco, no?

Me encojo de hombros, sonriéndole con inocencia.

—No es mi intención, señor Thompson.

—Ni tampoco lo es seducirme en este momento, ¿no?

En este momento sí.

—No, señor.

—Maddy…

Cierro los ojos cuando siento sus labios sobre los míos. Apenas un breve roce, un beso cargado de tensión sexual, entre otras cosas.

—¿Crees que vas a ser capaz de aguantar hasta el lunes?

El suspiro de Dereck hace que se muevan los rizos que tengo en la cara.

—Con un gran dolor de huevos, pero sí.

Cuánta sinceridad.

—Me has dejado sola.

—Era una emergencia.

Si he empezado yo el juego de la seducción, creo que se ha vuelto en mi contra porque aguantar esta tensión está siendo casi insoportable.

—Podrías haberme avisado.

—Te estabas bañando.

Vaya excusa de mierda.

—¿Y?

—Y… y necesitaba pensar.

Ya hemos sido dos.

—¿Por lo último que me dijiste?

—Sí.

Vaya, no he sido la único que se ha sentido confundida.

—¿Llevas el móvil encima?

—¿Cómo?

Recreándome, con lentitud le toco los bolsillos traseros del pantalón y los de delante, rozando a propósito su erección.

—Maddy, eres muy mala.

—Ha sido sin querer…

—¿Sin querer queriendo, no?

Sí. Sin querer queriendo.

—Veo que no llevas el móvil encima.

—¿Qué? No, ¿qué pasa?

—Nada…

Pero lo empujo con las dos manos para lanzarlo a la piscina, aunque la jugada me sale mal porque reacciona a tiempo como para agarrarme del brazo y arrastrarme con él al fondo del agua.

Intento nadar, sin ahogarme con mi propia risa, para alejarme de él, pero Dereck nada más rápido que yo y me tira del pie para hundirme de nuevo. Antes de salir a la superficie, igual que hizo ayer en la playa, me coge con sus manos por la cintura para que no me aparte de él.

Me paso una mano por la cara y al abrir los ojos es como si me clavaran directamente una flecha sobre el corazón. La forma que tiene Dereck de mirarme… Me cuesta encontrar las palabras porque… porque ni yo misma sé cómo puedo sentir en tan poco tiempo… esto.

Hace tres días, Dereck Thompson simplemente era para mí el socio y hermano de mi jefe. Y ahora… ahora creo que puede ser el gran amor de mi vida. El hombre de mi vida. El hombre perfecto.

Abrumada por toda esta situación surrealista en la que me he visto envuelta, me dejo besar por Dereck no como hace un momento, no. Como ayer, como esta mañana… Con hambre. Con desesperación. Robándonos el oxígeno hasta que nos quedamos sin respiración.

—Maddy…

Apoyo mi frente contra la suya, intentando recobrar el aliento. Casi no puedo ni hablar.

—¿Qué pasa, jefe?

—Mírame.

Haciendo un gran esfuerzo por abrir los párpados, termino perdiéndome en el azul de sus ojos. Bajo su atenta mirada, le doy un pequeño beso en el pulgar cuando sostiene mi cara con su mano. Veo cómo traga saliva, y no puedo evitar sonreír cuando lo hace él.

—¿Crees en el amor a primera vista?.

Creo que… creo que no puedo respirar.

—¿Qué?

—Que si crees en el amor a primera vista, Madison Davis.

No lo creía. Hasta hace unos días.

—Nos conocimos hace tres días, Dereck.

—Y en cuento te vi supe que eras la mujer de mi vida.

Oh, Dios mío.

—Dereck… esto…

—No te lo digo para que me respondas lo mismo. Te lo digo para que lo sepas. Te lo digo para que no te sientas un capricho. Te lo digo para que me tomes en serio cuando te digo que no va a haber fuerza humana que me separe de ti, Madison Davis.

No puedo hacer otra cosa que no sea sonreír.

—Estás loco…

—Sí, por ti.

Se me va a salir el corazón del pecho.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿no crees en el amor a primera vista, Maddy?

Ahora mismo no sé ni en lo que creo.

—¿Tú sí?

—Ahora sí.

Niego con la cabeza, y con una sonrisa en los labios. No puedo más.

—Ahora… ahora

lo que tienes aquí es un gran problema.

—¿Dónde?

—En tus pantalones, Dereck. No puedes salir de la piscina así.

Pegando su boca a la mía, me aprieta directamente sobre su erección, obligándome a morderme los labios.

—¿Tu jefe está en apuros?

—Mi jefe está en apuros.

Y yo también.

16. MI CHICA

—¿Sabes una cosa, Maddy? Nunca pensé que fuera a sentir envidia de la forma en la que uno de mis hermanos mirase a una mujer.

Aparto los ojos de la espalda de Dereck para mirar a Lizzie sonriendo, con mi copa de champán en la mano. Está siendo un día espectacular.

—¿Envidia por qué? Tú tienes a Theo.

Lizzie alza levemente las cejas antes de desviar la mirada.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

He pasado toda la tarde en la piscina con Dereck y sus hermanos. Hace un rato ha llegado Theodore, el novio de Lizzie, y se ha ido directamente con los hombres a encargarse de la barbacoa. No parece un mal tío, pero… A ver, a mí personalmente no me gusta. Es demasiado… pijo para mi gusto. Apesta a persona rica de alta sociedad. Es todo lo contrario a Dereck, Jared y Mark. Pero no es a mí a la que le tiene que gustar, sino a Lizzie.

—Porque no soy tonta, Maddy. Y como Dereck te mira a ti no es como Theo me mira a mí.

Pues no sé qué decir.

—Te quiere, ¿no?

Lizzie sonríe con la mirada perdida en la increíble puesta de sol que nos está regalando Los Hamptons.

—Eso dice…

Vaya.

—¿Y lo sientes?

—¿El qué?

—Que te quiera, ¿lo sientes o…? Perdón, perdón… no me conoces de nada y yo no soy quién para preguntarte…

Me callo cuando Lizzie me pone una mano sobre el brazo.

—Maddy, no te preocupes. He sacado yo el tema y… y realmente eres la única persona con la que puedo hablar sin sentirme…

—¿Cohibida?

—Iba a decir juzgada, pero también.

—¿Juzgada por qué?

Lizzie suspira después de darle un sorbo a su copa.

—Porque parece que yo no tengo derecho a quejarme.

—¿Por qué?

—Porque Theodore es el hoooombre perfecto.

Apuesto a que ella no piensa lo mismo.

—¿Perfecto? ¿Para quién? ¿Para tu madre?

La risa que sale de sus labios responde sola a mi pregunta.

—Están muy contentos de que me vaya a casar con Theodore.

Pero… pero… ¿pero en qué siglo estamos?

—Lizzie, eh… perdona que te lo diga, pero eres tú la que tienes que estar contenta de casarte con él, no tus padres.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y antes de que alguno de sus hermanos se dé cuenta, la cojo del brazo para alejarnos de la piscina. Lizzie no deja de correr las lágrimas hasta que nos metemos en una especie de laberinto raro de arbustos y nos sentamos en un banco de piedra, junto a unos setos gigantes. Sin soltar su copa, me abraza llorando como una niña pequeña.

—Lo siento…

Sonrío cuando me derrama champán por encima del bañador.

—No pasa nada, ya estoy mojada.

Con un lastimoso suspiro, se separa de mí y se queda mirando fijamente la fuente de agua que tenemos delante.

—Llevo… llevo un tiempo pensando en romper el compromiso.

Se veía venir.

—¿Por qué?

—Porque Theo no me quiere a mí, quiere mi apellido. Él quiere a los Thompson, pero no quiere a Lizzie.

—¿Y qué haces con él?

Lizzie se encoge de hombros y empieza a reírse.

—¿Perder el tiempo?

Le ofrezco mi copa cuando vacía todo el champán de la suya.

—Yo quiero algo como lo que tenéis mi hermano y tú. Algo… algo real.

Ha cogido la palabra perfecta para describirlo, sí.

—Lizzie…

—No, es que… es que mi hermano te mira con una… una devoción… una adoración… Que es que está hablando con quien sea y no te quita un ojo de encima… Y a ti… a ti se te nota en la cara que se te acelera el corazón cuando lo ves y… Y me parece tan, pero tan bonito… A mí… a

mí ya no se me acelera el corazón cuando veo Theo, Maddy.

¿Así nos ve? Me siento fatal.

—Lizzie… Tengo que contarte una cosa, pero tienes que jurarme por lo que más quieras que no se lo vas a decir a tu madre.

Se lleva una mano al pecho, abriendo muchísimo los ojos.

—¡¿Estás embarazada?!

¿Qué? No.

—Eso es imposible.

—Bueno, imposible imposible…

—Tu hermano y yo nos conocimos hace tres días.

Tengo que sonreír cuando la pobre ni parpadea.

—¿Cómo que…? Pero… ¿qué dices?

Suspiro, mirando a nuestro alrededor para comprobar que no haya nadie escuchando.

—Tu hermano es mi jefe, bueno él dice que… Vamos, que yo trabajo para Jared y a él lo había visto de pasada alguna vez. Nos conocimos hace tres días cuando yo estaba llegando tarde al trabajo por una avería del metro y choqué con Dereck en los ascensores. Un rato después Jared me llevó a su despacho, y Dereck me pidió que fingiese ser su novia delante de su familia, y yo acepté a cambio de que la empresa me concediera un préstamo para poder pagar la deuda médica de mi padre porque íbamos a perder la casa.

Lizzie está boquiabierta, pero no parece capaz de decir nada.

—Te lo cuento porque al final Jared lo sabe y Mark también, por eso está pinchándolo tanto e intentado ponerle celoso. Hace tres días no nos conocíamos, pero… pero todo se ha descontrolado y se nos ha ido de las manos. Tu hermano me ha dicho en la piscina que si soy la mujer de su vida y que si creo en el amor a primera vista y…

—Dios, Dios, Dios…

—Y yo sé que no encajo aquí pero lo que siento por él no lo he sentido por nadie… y no sé muy bien qué estoy haciendo y…

—Evidentemente lo que estás haciendo es enamorarte de mi hermano.

La miro en silencio hasta que me encojo de hombros.

—No le cuentes a tu madre que estoy fingiendo ser la novia de tu hermano.

Sonrío cuando siento su mano sobre mi pierna.

—No le cuentes tú a mi hermano que voy a cancelar mi compromiso con Theo.

Y será verdad.

—¿Estás segura?

Lizzie niega con la cabeza, secándose con delicadeza las lágrimas de la cara.

—No, no lo estoy… pero de lo que sí estoy segura es de que me merezco algo mejor y que… que me quieran por quién soy y no por quién es mi padre.

Le paso un brazo por detrás de la espalda y sonrío cuando apoya la cabeza en mi hombro. ¿Mi primera amiga ricachona?

—Lo que te mereces es ser feliz, Lizzie. El resto no importa… no importa que para tus padres Theodore sea perfecto para ti… Es tu vida, tía…

—No conoces a mi madre…

—Ni la quiero conocer.

Es una bruja. Cero dudas.

—Pues si te vas a casar con mi hermano ve preparándote para la hostilidad de Elizabeth Thompson.

¿Quién ha hablado de casarse con nadie?

—¿Será demasiado para ella una nuera pobre de Red Hook?

La carcajada que sale de su boca creo que se ha tenido que escuchar en toda la mansión.

—¿Es coña? ¿Red Hook?

La miro aguantándome la risa.

—No es coña.

—Bueno, igual mi hermano se encarga de matarla él solito y yo me ahorro cargármela por suspender la boda.

Por favor, qué exageración.

—¿Que vas a suspender qué?

Las dos nos giramos sobresaltadas para ver a Mark con tres copas en las manos y los ojos abiertos como platos de la sorpresa.

—Mierda… Mark, yo…

—Dios me está petando la cabeza, necesito sentarme…

Su hermano se sienta entre nosotras, y nos pone una copa a cada una en la mano. Creo que la necesita más Lizzie que yo.

—A ver… ¿vas a romper con Theo?

Ella se encoge de hombros mordiéndose el labio.

—No lo sé.

Sí lo sabe.

—No me mientas, has dicho hace un momento muy convencida que vas a suspender la boda.

—No hables tan fuerte, joder.

—Lo siento…

Sí, seguro que lo siente.

—Mark, es que… creo que no estoy enamorada de él. Ya no…

No sé cuántas copas puede llevar encima Mark, pero su cara tratando de procesar la información

es super graciosa.

—Vale… pues si ya no lo quieres, ¿por qué no lo dejas?

—Porque no es tan sencillo… llevamos muchos años juntos y…

—Pero te casas en dos meses, Lizzie. Si lo vas a dejar, déjalo ya.

Parece sensato y todo.

—Mark tiene razón, cuánto más tardes…

—Vale, vale…

Lizzie se tapa la cara con las manos.

—Mamá me va a matar.

Su hermano se echa a reír, pasando sus brazos por nuestras espaldas.

—Va a ser épico, quiero estar presente.

—Eres un hermano de mierda, ¿lo sabes, no?

—Que lo digo para ponerme de tu parte.

—Intenta arreglarlo, anda…

—¿Ves? Si es que no hay nada peor que casarse… Maddy, no te cases con Dereck… No merece la pena…

Si hay algo que Dereck merece, es la pena.

—¿Tú no querías que me casara contigo? ¿Ahora resulta que no crees en el matrimonio? Pues ya no me caso contigo.

—No me digas eso, nena…

A Mark se le cae la copa al suelo cuando intenta levantarse. Bajo la atenta mirada de su hermana y la mía, se arrodilla en el suelo en frente de mí cogiéndome una mano como si yo fuera una princesa.

—¿Qué haces?

—Shh… Madison Davis, eres la mujer con el mejor culo que he visto nunca. Por favor, pasa del sieso de mi hermano y cásate conmigo, que él no te va a hacer reír nunca como lo hago yo. Te quiero, Maddy… Te amo…

Lizzie y yo vamos a echar las tripas de tanto reír, apenas puedo enfocar la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira que eres gilipollas…

Nos reímos más aún cuando escuchamos la voz molesta de Dereck.

—¿Me tienes que robar mi momento de gloria?

—¿Tu momento de gloria es intentar robarme a mi chica?

“Mi chica”. Ay, Dios. Lizzie me da un codazo, con los ojos muy abiertos y una sonrisa cómplice.

—¡Eres su chica, qué fuerte!

¿El concepto de susurrar gritando? Pues eso. No conozco a Lizzie y ya la quiero. Se llevaría tan bien con Ali… Hablando de Ali, tengo que devolverle una llamada. Me va a matar.

—Dame una razón para no patearte el culo.

—Las estoy haciendo reír, no seas amargado.

Me levanto del banco para abrazar a Dereck, pero doy un traspié que me lleva directamente a sus brazos.

—¿Cuánto has bebido, Davis?

—Demasiado.

Me pierdo mirándolo a los ojos.

—No lo suficiente como para casarse conmigo.

Dereck hace una mueca, pero le pongo un dedo en los labios para que no diga nada y termina sonriendo.

—Lizzie, Theo se ha tenido que ir corriendo por algo de la empresa…

Sonrío ante la cara de alivio de su hermana pequeña, y la risa de Mark.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Nada.

Guiñándole un ojo a Lizzie, me aferro al brazo de Dereck y lo alejo de allí. Apoyo la cabeza en su hombro y suspiro. Qué día más largo. Y perfecto.

—¿Qué le pasa a mi hermana?

—No le pasa nada.

—Ha llorado.

—No ha llorado.

—¿Que no? Conozco a mi hermana y después de llorar siempre nos mira con esos ojitos de niña pequeña... Y tú, señorita Davis, me estás apartando la mirada y me estás mintiendo.

Sí que la conoce bien. Y a mí también.

—¿Cuánto rato llevas sin besarme?

—¿Me estás distrayendo?

—¿Funciona?

Sonríe sobre mis labios.

—Funciona.

17. ¿Y SI SALE BIEN?

—Cuéntamelo.

Otra vez.

—No.

—Maddy…

—Dereck… no me corresponde a mí.

Acelero el paso y me adelanto a él para evitar que me sigan manipulando esos dos ojitos que tiene.

—O sea, que pasa algo.

Creo que “algo” se queda bastante corto.

—Maddy, es mi hermana pequeña.

—Y una mujer adulta.

Me dejo abrazar por detrás y sonrío como una imbécil cuando Dereck apoya la barbilla sobre mi hombro, rozando mi piel lentamente con sus labios. Me estoy volviendo loca.

—Tenga la edad que tenga, siempre va a ser mi hermana pequeña.

—¿Sabes? Me habría encantado tener un hermano mayor como tú.

—¿Como yo de pesado?

Los he visto peores, como los de Alika. Que los adoro y los quiero como si fueran mis hermanos porque hemos crecido juntos, pero son muy pesados en lo referente a los pretendientes de su hermana.

—No es por eso.

—¿Entonces?

Entrecierro los ojos cuando siento sus labios detrás de mi oreja.

—Irradias protección.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir… que transmites esa sensación de protección y… seguridad… como que sabes que estás a salvo…

—¿Te sientes segura conmigo?

Giro un poco la cabeza para mirarlo de perfil.

—Sorprendentemente sí.

No pongo resistencia cuando pone sus manos en mi cintura y me obliga a girarme, quedándome atrapada entre la barandilla y su cuerpo.

—¿Sorprendentemente?

—Sorprendentemente.

El silencio se instala entre nosotros, y disfruto del sonido que hace el agua al caer en la fuente. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan… ¿libre? Aunque igual es un poco irónico teniendo en cuenta cómo he terminado aquí en Los Hamptons.

—Nunca te haría daño, Maddy.

—¿Sabes? Desde hace muchos años he sido yo la que ha protegido y dado seguridad a mi familia, pero a mí no me la daba nadie… Y tú… no sé… es como que siento que…

No soy capaz de encontrar las palabras. Ni de mirarlo a los ojos.

—¿Sientes que…?

—Siento… paz, tranquilidad… No te haces una idea del tiempo que llevo sin sentir esta calma que siento en este momento, lo que es una locura teniendo en cuenta que ayer estaba al borde del ataque de pánico y que apenas nos conocemos… Y ahora…

—¿Y ahora…?

—Ahora… solo puedo pensar en las ganas que tengo de que me beses.

Mordiéndome el labio, sonrío cuando acerca su boca a la mía, cerrando los ojos para saborear el momento. Llevo mis manos a su cara, pinchándome con su barba y me pego aún más a él.

—¿Así?

Asiento con la cabeza, enredando mis dedos entre su pelo.

—Así…

Dereck me besa con una dulzura y una delicadeza… como si yo fuera de porcelana y estuviera a punto de romper en cualquier momento.

—Eres tan… tan preciosa.

Abro los ojos, sintiéndome como una quinceañera.

—Eeem… siento interrumpir.

Intento soltarme de su abrazo cuando escucho la voz de Jared, pero Dereck no me deja.

—No mientas, no lo sientes…

—Es verdad, no lo siento. Tengo que hablar contigo una cosa…

—¿Del uno al diez cómo de urgente es?

—Once.

Dereck pone los ojos en blanco y me suelta con cara de fastidio.

—Lo siento, te prometo que no tardo…

—No te preocupes, voy a llamar a Ali que me ha llamado antes pero no he escuchado el teléfono.

—Salúdala de mi parte.

—No sé si le va a hacer gracia…

Dereck levanta una ceja sorprendido.

—¿Le caigo mal?

—Le caéis mal todos los hombres blancos ricos.

Ahora es Jared el que alza su ceja.

—No somos hombres blancos ricos.

¿Es coña? Alterno la mirada entre un hermano y otro.

—Si hay tres palabras que os definen son esas.

Dereck niega con la cabeza, y su hermano se cruza de brazos. Levanto mis brazos al aire, señalando a mi alrededor. Solo hay que ver esta casa.

—Si vosotros lo decís…

Me doy la vuelta, sacando mi móvil del bolsillo trasero mientras me alejo en la dirección contraria.

—No te vayas muy lejos, Davis.

—¿Por qué?

—Te vayas a perder…

Me giro para ver su sonrisa de vacilón.

—Me voy a perder, pero en tu bañera…

Jared, viendo la cara que se le ha quedado a su hermano, se echa a reír.

—¿Es una broma sexual? Me quiero enterar.

—Pregúntale a tu hermano.

Nos miramos Dereck y yo en silencio unos segundos más hasta que hago el esfuerzo de apartar los ojos de semejante cuerpo y me alejo de allí marcando el número de Ali.

—Mira, si estás viva y todo… hija de puta.

Paseando por el jardín, veo a lo lejos a Mark y a Lizzie entrando abrazados a la casa. Me encanta la unión que tienen los hermanos Thompson. Aunque se dediquen a tocarse las pelotas unos a otros.

—Holi…

—Os habéis liado.

Dios, cómo me conoce. Si solo he dicho una palabra…

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu tonito de culpabilidad.

Sonrío, sentándome en un banco, mirando hacia la casa para que Elizabeth no me pueda sorprender por la espalda.

—Se me ha ido de las manos.

—Eso ya lo sabía yo…

—Ali…

Su suspiro casi me saca una sonrisa.

—Dime al menos que folla bien.

Prioridades.

—Te puedo decir que besa muy bien, y que seguramente folla mejor.

—¿No habéis follado?

—No, nos hemos besado y casi follado, pero paramos…

—¿Por qué?

Buena pregunta.

—Porque no puedo evitar sentirme una…

—¿Puta?

Qué fina es.

—Básicamente.

—No lo eres, Mad.

Ya sé que no lo soy.

—Pero estoy supuestamente trabajando, fingiendo ser la novia de mi jefe por un préstamo de doscientos mil putos dólares.

—¿Te está costando fingir?

Costando dice…

—Para nada… Ayer… ayer sí estaba muy tensa… por toda la situación, por la química que hay entre nosotros… Nos besamos en la playa, y lo paré, y luego creo que lo provoqué… y después dormimos abrazados en la cama después de estar un ratazo hablando de nuestras vidas…

—¿Y hoy?

Me echo hacia atrás, dejando la cabeza suspendida en el aire para poder mirar las estrellas.

—Hoy… hoy no hemos fingido nada, tía. Cada sonrisa, cada gesto, cada beso, cada caricia, cada provocación… Es como si llevásemos años juntos… Es que no te lo puedo explicar con palabras…

—Dios, Mad… Te estás enamorando de tu jefe.

Si no lo he hecho ya.

—Esta mañana quería decirle la verdad a su madre, yo… Me ha dejado claro que por su parte esto no se acaba el lunes… Es tan… Ali, te lo juro… es un hombre increíble y no es para nada un pijo de mierda.

Mi amiga resopla al otro lado del teléfono y estoy más que segura que está moviendo la cabeza de un lado a otro con indignación.

—Tengo que preguntarte… cuando lo viste, por primera vez… o sea, me refiero a cuando chocaste con él donde los ascensores y lo miraste a los ojos por primera vez… ¿qué sentiste?

Cierro los ojos, rememorando ese primer encuentro.

—Se me paró el mundo por un momento… Como cuando estás viendo una peli y pasa algo… y todo alrededor del protagonista se detiene…

Alika guarda silencio durante tantos segundos que me empiezo a poner nerviosa, porque Ali no piensa antes de hablar. Ella habla y luego piensa. Cada vez que Mark abre su bocaza me acuerdo de ella.

—Alika Pearson, no me gusta tu silencio.

—Maddy… sabes mejor que nadie que detesto lo que Dereck Thompson y su familia representan en la sociedad…

Exactamente. Lo sé mejor que nadie.

—Pero… Dios, cómo me cuesta decir esto… Eres la persona más buena que conozco, y si hay alguien que se merece ser feliz en la vida eres tú, después de todo tu sufrimiento y todo tu sacrificio durante años… Ya sabes que yo siempre pienso que todo pasa por algo y… tal vez tuviste que llegar tarde al trabajo para toparte con Dereck Thompson, y aquí el préstamo y la pantomima que estáis haciendo estos días es lo de menos… Llevas un año en la empresa, y tal vez estabais destinados a encontraros tarde o temprano.

Llevo todo el maldito día pensando justo en eso. Creo que en el fondo he llamado a Ali para que alguna de las dos lo verbalice en voz alta.

—¿Te vas a negar a intentar que funcione lo vuestro solo porque sea tu jefe? ¿O porque su familia es asquerosamente rica? ¿Dónde está escrito que el amor de tu vida no pueda ser un tío con pasta, Maddy?

Esas palabras podrían haber sido de mi hermana.

—Mi madre dice que…

—He hablado con Tessa, y sé que tu madre te ha machacado con que si sois de mundos distintos y tal y esas mierdas… Yo aquí no veo a una chica pobre cazando a un ricachón, ni a un ricachón haciendo de héroe al rescatar a una chica pobre… Yo aquí lo único que estoy viendo es que dos buenas personas se han cruzado y se están enamorando, pese a todos los obstáculos y prejuicios que pueda haber entre ellas.

Me seco las lágrimas que se escapan de mis ojos.

—No quiero perder mi trabajo.

Aun sin deuda e ignorando el préstamo, soy el sostén de mi familia. Quiero que mi hermano vaya a la universidad. No lo puedo perder.

—No lo vas a perder.

Siempre será una posibilidad.

—Ali… ¿y si sale mal?

—¿Y si sale bien?

18. VIDA O MUERTE

“¿Y si sale bien?”.

Cuando Lizzie me abre la puerta de su cuarto echa un mar de lágrimas, sé que he hecho lo correcto al venir a ver cómo estaba.

—Ey…

La abrazo, y se me saltan las lágrimas también cuando se aferra a mí. Cómo de sola tiene que estar en realidad como para confiar algo tan grande como lo que le está pasando a una completa desconocida.

—Lo siento…

No, si encima se va a disculpar.

—No tienes que sentir nada, Lizzie. Eres humana, puedes llorar.

—No sé cómo… cómo llevo tanto tiempo ignorando las señales de que entre Theo y yo ya no hay nada…

No soy la más apropiada para dar consejos de pareja.

—A veces… a veces no queremos aceptar lo que el corazón ya sabe… Pero siempre acaba siendo cuestión de tiempo aceptar las cosas…

Me lo puedo aplicar a mí misma. Lizzie se separa, sonriendo, apartándose el pelo de la cara.

—Maddy… que mi hermano te haya traído es… es lo único que ha conseguido abrirme los ojos. Da igual cómo empezara lo vuestro porque lo que hay entre vosotros es real… Nunca, jamás… he visto a mi hermano mirar con tanto amor a nadie… Dereck se ha enamorado perdidamente de ti, te lo digo yo que soy su hermana…

Intento tragar el nudo que se me forma en la garganta.

—Me siento… sobrepasada por todo, Lizzie.

—Dale una oportunidad.

No puedo evitar hacerle la misma pregunta que le he hecho a Alika.

—¿Y si sale mal?

Lizzie se encoge de hombros.

—¿Y si sale bien?

¿Y si sale bien? ¿Y si tienen razón?

—Siento que voy cuesta abajo y sin frenos…

No haber tenido una pareja seria en mi edad adulta no me ayuda a que me dé menos miedo lo que siento por Dereck.

—¿Y no se trata de eso el amor?

No sé de qué se trata el amor.

—¿Sin frenos para bien o para mal, no?

Mueve la cabeza de un lado a otro, con cara de resignación.

—Exactamente.

—¿Estás bien?

—Estaré bien cuando acabe la fiesta y pueda dejar a Theodore.

—Mañana todo se acabará para las dos…

Nos abrazamos un segundo y nos separamos riéndonos.

—Vamos a ser las mejores cuñadas del mundo, Maddy.

Un pellizco se me coge en la boca del estómago.

—Si tu hermano y yo no la cagamos, seguro que sí.

—No la vais a cagar.

Me despido de ella y me voy a mi cuarto. Bueno, al de Dereck. Me lo encuentro de espaldas a la puerta, apoyado en las rejas del balcón, mirando el mar. Sé que me ha escuchado entrar, pero ninguno de los dos parece que nos queramos mover del sitio.

—Pensaba que estabas con Jared.

Me acerco lentamente a él, soltando el móvil en la cama cuando paso cerca de ella.

—Y yo pensaba que estarías aquí y no con mi hermana.

Vaya. Diría que está un poco molesto. En realidad lo entiendo, si fuera él quien me ocultara algo de mi hermana estaría mucho peor. Paso por debajo de su brazo, y me pongo entre su pecho y el balcón. Sonrío cuando me da automáticamente en la cabeza y me abraza. Agradezco que esté detrás mía y no pueda verme la cara de lela que tengo.

—Va a romper su compromiso con Theo después de la fiesta.

Noto cómo respira profundamente a mis espaldas.

—¿Por qué?

No debería contárselo, pero no quiero que nada empañe este día. Además, Mark lo sabe y en cualquier momento lo puede soltar por su boca.

—Porque no lo quiere… No como debería de querer al hombre con el que está a punto de casarse…

Dereck se toma unos segundos para pensar. He visto cómo se llevan él y sus hermanos con Theo, y está claro que son amigos.

—No lo entiendo, parecen estar tan bien juntos…

—Bueno, nosotros somos un claro ejemplo de que las apariencias engañan… ¿no te parece, señor Thompson?

Me aprieta con más fuerza y… Y yo… yo creo que estoy sintiendo las famosas mariposas en el estómago por primera vez en mi vida.

—Dereck…

—Dime.

—Le he contado a Lizzie lo nuestro. O sea, todo…

—Ya solo quedan mis padres por saberlo…

—Lo siento, es que… es que se estaba martirizando con que Theo no la mira como tú me miras a mí, que si se nota que lo nuestro es real…

Su risa ronca me eriza cada poro de mi piel.

—Es que es real.

Me quedo callada porque no sé qué decir. Estoy abrumada por todo.

—Espero que sigas queriendo darte un baño…

¿Acaso huelo mal? Me dejo llevar hasta la puerta del baño y me encuentro con una bañera llena de espuma y pétalos de rosa, y unas cuantas velas encendidas alrededor de la bañera.

—¿Me has preparado un baño con espumita y todo? Que romántico…

—No soy un romántico

Me doy la vuelta, pasando mis dedos por el filo de su camisa.

—¿No? Creo que eres un romántico disfrazado de tío duro.

Dereck me mira en silencio, hasta que una sonrisa ladeada aparece en su rostro. Es tan guapo que no se puede soportar.

—Voy a dejar que te bañes…

¿Sola?

—¿Te vas?

—Jared me está esperando.

Recordando sus propias palabras de hace un rato, llevo las manos a descansar sobre sus hombros.

—¿Del uno al diez… cómo de urgente es?

—Once.

Ni se lo ha pensado. Tiene que ser importante.

—¿Es vida o muerte?

Dereck baja la mirada hasta mis labios.

—Depende por dónde se mire… ¿Por qué?

Verás, cariño…

—Yo sí que tengo ahora mismo una situación de vida o muerte…

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Lentamente voy deslizando mis dedos hasta los botones de la camisa.

—La bañera es muy grande para mí sola…

—Maddy…

Acerco la nariz hasta su pecho para respirar su olor. Huele tan a… a hombre. Una vez que su camisa cae al suelo, retrocedo unos pasos y me abro lentamente el vestido que tengo puesto sobre el bikini.

—Maddy…

Siento el corazón latiéndome a mil por hora. Nunca he sido tan atrevida con un hombre. Por dentro me estoy muriendo de la vergüenza.

—Ve con Jared… te espero aquí.

Pero Dereck no se mueve del sitio. Y su expresión en la cara me deja más que claro que no puede moverse del sitio.

—No puedes… no puedes hacerme esto…

¿Que no? Mira cómo lo hago.

—No estoy haciendo nada…

—Si este es tu concepto de no hacer nada, me gustaría saber qué es para ti hacer algo…

Dejo caer el vestido y comienzo a desabrocharme el bikini.

—Lo sabrás si te quedas…

Completamente en silencio, y sin apartar los ojos de los suyos, me termino de desnudar y me meto despacio en la bañera hasta que el agua y la espuman me cubren por encima del pecho.

Con la respiración acelerada y una sonrisa mientras niega con la cabeza, se saca el teléfono del bolsillo y, tras escribir algo con rapidez, suelta el móvil en el mueble del lavabo y se lleva las manos hasta el cinturón de su pantalón, sacándolo con una lentitud casi dolorosa.

Disfruto del espectáculo prácticamente sin aliento. Es que… es que es espectacular. No existe otra palabra para describir a Dereck Thompson.

—Eres… eres espectacular, Davis.

Observo cada movimiento de su cuerpo al acercarse y meterse conmigo en la bañera con tanta atención, que me sobresalto cuando me arrastra hacia la otra punta para tumbarme encima suya.

—Relájate.

Sí, con cada centímetro de mi cuerpo pegado el suyo.

—Estoy relajada.

Cierro los ojos cuando pega su boca a mi cuello. Que me relaje, dice. Sí.

—Estás tensa…

Trago saliva cuando sus manos comienzan a recorrer mis caderas, pero respiro no sé si aliviada cuando simplemente las deja ahí. No, aliviada no es la palabra. Esto va a ser una tortura.

—Tranquila, solo nos vamos a bañar.

Los dos sabemos que no vamos a hacer solo eso.

—Vale.

Intento relajarme, poniendo mis manos encima de las suyas, y no puedo evitar sonreír cuando entrelaza sus dedos con los míos.

—Maddy…

—¿Qué?

—Te quería preguntar una cosa…

—¿Qué cosa?

—Pero no quiero que te enfades…

Pues así mal empezamos.

—¿Qué pasa?

Su silencio me está poniendo más nerviosa todavía.

—Es sobre tu padre.

—¿Dereck, puedes soltarlo? Me estás matando con tanto suspense.

Se echa a reír y me da un beso en el cuello.

—Por lo que me has contado, tu padre se siente una carga y un lastre para vosotras… y me imagino que es muy difícil resignarte a que nadie te dé una oportunidad para trabajar cuando has estado haciéndolo toda la vida para mantener a tu familia…

Me doy la vuelta, sentándome sobre mis rodillas y entre sus piernas, para poder mirarle a los ojos.

—Es lo que peor lleva, él era mecánico y… y no sabe hacer otra cosa… Tenía un taller propio en Red Hook, pero lo tuvo que vender cuando le diagnosticaron…

Intento no cerrar los ojos cuando me abarca con su mano media cara.

—Estuve hablando con él de coches.

—¿A dónde le dijiste que lo ibas a llevar?

La sonrisa de Dereck se ensancha al instante.

—A una convención de coches de alta gama que me han invitado la semana que viene.

No puedo evitar emocionarme.

—Le va a encantar… pero no creo que me fueras a pedir permiso para llevarte a mi padre a ver coches, ¿no?

—No… Tengo un amigo que tiene un concesionario que tiene un puesto libre que podría ser de tu padre.

Intento que no se me escape ninguna lágrima, pero no tengo éxito.

—¿Un amigo?

Dereck tuerce la cabeza, rascándose la nuca.

—Eeeh… es mi socio. El concesionario es mío también, pero no quiero que parezca que estoy tratando de atarte a mí utilizando a tu padre…

Le acuno la cara con mis manos.

—Sé que no es lo que tratas hacer…

Con sus manos tira de mí para obligarme a sentarme encima de él, haciendo chocar nuestros cuerpos.

—Maddy… quiero que tengas la seguridad de que, independientemente, de lo que pase entre nosotros, siempre… siempre tendrás tu lugar en la empresa. Y eso es extensible a todo lo relativo a tu padre. ¿Vale?

Estoy tan emocionada que apenas me sale un hilo de voz.

—Vale.

Me inclino, prácticamente nada, para darle un beso.

—Y respecto al dichoso cheque… no necesito que me lo devuelvas, pero si tú te vas a sentir mejor… el lunes mismo lo dejamos resuelto. ¿Te parece?

Sí. Por supuesto que sí.

—Me parece.

Me parece que estoy enamorada de este hombre. Rozo mi nariz con la suya, tratando de calmar los latidos de mi corazón. No lo consigo.

—Maddy…

—Mmm…

No me quejo cuando me da un mordisco en el lóbulo de la oreja.

—¿Vida o muerte?

Vida.

—Muerte.

19. LA NECESIDAD

—Maddy, ¿en serio?

Levanto la vista de mis piernas para mirar a Dereck, que me observa desde la cama cruzado de brazos y solo con un fino pantalón puesto. El baño me ha sentado de maravilla, pero sigo estando muy caliente.

—¿En serio qué?

—¿Lo haces a propósito?

—¿El qué? ¿Echarme crema?

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Si te vieras…

—Tienes un problema, ¿sabes?

—¿Cuál?

—Sexualizar cada movimiento que hago como si mi intención no fuera otra que seducirte las veinticuatro horas del día.

—Es que me seduces.

No puedo evitar rodar los ojos hacia el techo.

—Pues lo siento, no sabía yo que era tan seductora.

—Va a ser divertido vivir contigo.

¿Qué ha dicho? Lo miro tan sorprendida como lo está él. Apuesto a que ha pensado en voz alta.

—¿Vivir conmigo?

—No vas a vivir eternamente en Red Hook… Quiero decir, no hay nada de malo en vivir en Red Hook, me refería a en casa de mis padres…

Me doy la vuelta para guardar la crema hidratante en el neceser.

—Dereck, no tienes que estar matizando… no me voy a ofender por nada que me digas. Y si algo de lo que digas me ofende, sabré que no era tu intención.

—Si te ofendo con algo que pueda salir de mi boca, me lo dices.

Mira que es mono.

—Tener una novia pobre es más complicado de lo que pensabas, ¿no?

Vaya. Ese “novia” ha salido con toda la naturalidad del mundo.

—No digas que…

—¿Qué? ¿Que soy pobre? No es malo ser pobre, Dereck.

—Claro que no, pero…

Ay, si Alika lo pillara…

—¿Pero…?

—Nada, vamos a dejarlo…

Sí, claro. Ahora mismo.

—No, no… Venga, di lo que ibas a decir…

Dereck resopla, pasándose una mano por el pelo.

—Iba a decir que yo no me defino a mí mismo como rico.

Yo tampoco me defino a mí misma como pobre.

—Porque tú eres tú, pero sé sincero… ¿cuánta gente del círculo social de tu familia se definiría como rica?

Se queda callado, pero su sonrisa le delata.

—¿Ves? Yo no me defino como pobre, pero soy pobre y no tengo ningún problema con ello. Tú no te defines como rico, pero eres rico. Y no hay más, puede que yo piense más en mi situación económica que tú por razones obvias… pero creo que esa parte de mi vida ha llegado a su fin… Gracias a ti.

Me siento en la cama, y me tumbo de lado con delicadeza, apoyando en principio la cabeza en la almohada hasta que Dereck me arrastra hacia su pecho.

—¿Qué piensan tus padres de mí?

—No lo sé…

—Se sintieron ofendidos cuando les dijiste lo que ibas a hacer, ¿no?

Un poco.

—Sí, la verdad. Se enfadaron conmigo, no querían que consiguiera el dinero así… pero tampoco había otra forma así que… Mi padre decía que querías algo más conmigo…

—Bueno, tu padre tenía razón…

Eso lo sabíamos todos. Por mucho que yo me quisiera engañar a mí misma.

—Se llevaron una buena impresión tuya cuando fuiste a recogerme.

—Ya buscaré la manera de que me acepten.

Extiendo mi brazo sobre su abdomen, siguiendo con mis dedos la hilera de vello rubio que parte del pecho y se pierde por debajo de los pantalones. Qué sexy es, joder.

—¿Por qué te preocupa lo que piensen mis padres de ti cuando no te importa ni la opinión de los tuyos?

—Porque tus padres son importantes para ti.

—¿Y los tuyos no?

—No es lo mismo.

Levanto un poco la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Por qué?

—Cuando era pequeño no los tenía cuando los necesitaba, imagínate que ahora a los treinta años me pueda importar lo más mínimo su opinión sobre la mujer con la que quiero compartir mi vida.

Guardo silencio, porque sinceramente no sé qué decir. Me da mucha pena la infancia que han tenido Dereck y sus hermanos. No entiendo cómo se pueden tener ignorados a cuatro hijos. ¿Para qué los tienen entonces? ¿Para perpetuar el apellido?

—No te preocupes, Maddy. Solo son pequeños traumas con los que crecí y que me han hecho ser como soy… Lo que tengo clarísimo es la clase de padre que quiero ser.

Esto es nuevo.

—¿Quieres ser padre?

Dereck parpadea varias veces mirando hacia la pared, hasta que en sus labios aparece una pequeña sonrisa.

—No… no sabía que quería.

Parece un poco contrariado.

—¿Y cuándo lo has sabido?

Baja lentamente la vista hacia mí.

—No lo sé, me ha salido solo… sin pensarlo.

—¿Nunca lo habías pensado?

—Nunca.

Vaya.

—¿Y tú?

—¿El qué? ¿El ser madre?

—Sí.

¿Cómo se ha desviado tanto la conversación?

—No sé qué decirte, supongo que en el fondo sí… No es algo que me haya planteado de si quiero o no como tal… No sé, siempre he sentido que sí quería tener hijos en algún momento de mi vida… Como que lo he dado por hecho, ¿sabes? Tampoco he tenido una relación seria como para tener que planteármelo, o sea que…

—Te pega mucho ser madre.

Nunca me lo habían dicho.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu instinto de cuidar de la gente que te rodea, no solo hablo de tu familia… Lo he visto

estos días aquí… A mí me defiendes de los ataques mi madre sobre mi cuerpo, le echas crema a Mark para que no se ponga como un centollo, intercedes entre nosotros para que no nos peleemos…

—Porque no me gustan las peleas.

—No es solo por eso, Maddy. Hasta mi hermana te ha contado sin conocerte algo muy privado y que no nos ha contado a ninguno de nosotros. ¿Y sabes por qué? Me has dicho hace un rato que yo te transmito seguridad, ¿sabes qué transmites tú a todo el mundo?

Se me está formando un buen nudo en la garganta.

—¿El qué?

—Serenidad.

¿Serenidad yo?

—Pero qué dices, si yo vivo estresada…

—No tiene nada que ver.

No, qué va.

—¿Cómo que no?

—Como que no, da igual lo estresada o agobiada que vivas, cuando miras a alguien a los ojos es que transmites una calma y una paz…

—Ay, ya… me vas a sonrojar…

—Te lo juro, Maddy… es que tienes una luz en los ojos… eres tan transparente y tan buena…

—¿No será que tú me ves con buenos ojos?

Dereck se echa a reír, dándome un beso en la cabeza.

—No hay forma humana de mirarte mal, Maddy.

Bueno, que se lo digan a su madre. Y a Tiffany.

—¿Me estás haciendo la pelota?

—¿Para qué?

—¿Para llevarme a la cama?

Dereck me hace rodar sobre mi espalda, colocándose encima mía sosteniendo su propio peso para no aplastarme.

—Davis, no sé si te has dado cuenta… pero ya estás en mi cama.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta…

Llevo mis manos a su espalda, acariciando su piel lentamente de arriba a abajo con mis uñas. Sonrío cuando veo reflejada en su cara la sensación que le provoca.

—Maddy…

Elevo un poco la cabeza, para rozar mis labios con los suyos. Creo que hace varias horas que puedo dar mi juicio por perdido.

—¿Qué?

—Ya sabes qué…

Por supuesto que lo sé.

—¿Te estoy seduciendo?

Abro más las piernas, cuando noto que le empiezan a flaquear las fuerzas para sostenerse.

—Mucho.

—Eres tú el que nos ha puesto así…

Y yo me estoy aprovechando. Hace el intento de apartarse, pero lo retengo rodeándole la espalda baja con mis brazos

—Peso mucho, Davis.

—No soy de porcelana, Thompson.

—No te quiero hacer daño.

Por favor.

—No me lo vas a hacer.

A no ser que se aparte de mí y me deje toda la noche con este calentón. Ahí sí que me rompería el corazón. —¿Y ahora qué? ¿Nos quedamos así toda la noche?

¿La verdad? Podría hacerlo.

—¿Te quieres quedar así toda la noche? ¿Sin hacer nada?

Dereck cierra los ojos un segundo antes de abrirlos llenos de… fuego.

—Íbamos a esperar a que pasara el fin de semana.

Sí. Íbamos. No puedo aguantar más.

—Esperar no va a hacer que cambie nada de lo que siento por ti.

Me estiro un poco para llegar a darle besitos en el cuello.

—Maddy…

—Dereck… no sé tú, pero yo no soporto ni un solo día más la necesidad de que me folles.

Su risa ronca justo al lado de mi oído me provoca un latigazo en mis partes bajas, haciéndome mover las caderas involuntariamente para buscar las suyas. Dereck me acuna el lado derecho de la cara con una mano, mirándome como si fuera su mayor tesoro, mientras se recoloca y acomoda entre mis piernas. No sabía que poder ser tan excitante sentir el peso de un hombre sobre mi cuerpo. Así mejor.

—¿La necesidad?

Asiento levemente con la cabeza, mientras abro mis labios para chupar el pulgar que me ha puesto sobre ellos. Su cara… Dios.

—La necesidad.

20. SOLO MÍA

Dios mío.

No me puedo mover.

Me duele hasta el alma.

Intento abrir los ojos, buscando con mi mano a Dereck en la cama. Pero no lo encuentro. No está.

—Estoy aquí.

Ah. Pues sí está. Sonrío antes de abrir los ojos.

—¿No ibas a huir de tu propia cama, no?

—No si estás tú desnuda en ella.

Cuando consigo levantar mis párpados, me lo encuentro sentado en un sillón, con su tablet en la mano.

—¿Trabajando?

—Solucionando lo que cierta chica de Red Hook no me dejó solucionar anoche..

No sé de quién puede estar hablando. Ni lo más mínimo.

—Que poca vergüenza tiene esa chica…

—Ninguna.

Sin levantar la cabeza de la almohada, observo cómo se levanta y camina hasta la cama, sentándose en el borde del colchón.

—¿Has dormido bien?

Bueno, no es que hayamos dormido mucho.

—Lo poco que he dormido, sí.

—¿Me disculpo?

Dereck se inclina sobre mí, acercando su boca a la mía.

—Sí, discúlpate.

—¿Ah, sí?

Le digo que sí con la cabeza, mientras meto la mano por debajo de su camiseta. Es que mira si está bueno el desgraciado.

—Sí.

—¿Se puede saber por qué?

¿A parte del hecho de que no me puedo mover?

—Por las agujetas que tengo, señor Thompson.

—¿Agujetas, Davis? Pobrecita… qué blandita eres…

No me da tiempo a responderle cuando me calla llenándome de besos toda la cara y haciéndome cosquillas en la cintura.

—¡Dereck! ¡Ya! ¡Para!

Hago que ruede conmigo por la cama hasta que termino desnuda encima de él, sujetándole las manos por encima de su cabeza para que se esté quietecito.

—Buenos días, señor Thompson.

—Esto sí que son buenos días, Davis.

Ha sido la mejor noche de mi vida, sin lugar a duda. Espectacular.

—Serían mejores si yo tuviera las mismas vistas que usted…

Libero sus manos, que aterrizan de lleno en mis piernas, pero me aparta de encima suya arrastrándome con él fuera de la cama.

—¿Qué haces?

Me quedo flipando cuando retrocede unos pasos, alejándose de mí.

—Maddy… no te haces ni una idea de lo que me está costando hacer esto, pero te recuerdo que hoy teníamos que desayunar todos juntos.

Mierda. El desayuno familiar.

—Joder, ¿qué hora es?

—Tarde.

Me tropiezo con un zapato de camino al armario. ¿Qué me pongo?

—¿Por qué no me has llamado?

No tengo tiempo ni para mirarle a la cara.

—Es que estabas tan bonita durmiendo…

No me lo puedo creer.

—¿En serio, Dereck? ¿Me vas a hacer quedar mal delante de tu madre porque estaba bonita durmiendo?

—No vas a quedar mal.

Por supuesto que no. Yo no.

—Claro que no, te voy a echar la culpa a ti.

Me abraza por detrás mientras me abrocho los pantalones.

—Me parece bien.

—Y aunque no te lo pareciera…

Frente al espejo, me peino un poco mis rizos con los dedos y me pongo las primeras sandalias que pillo.

—Venga, vamos…

—Madre mía, qué velocidad para arreglarte.

Me paro en seco en mitad del pasillo y me doy la vuelta, señalándome la cara con una mano.

—Esto… esto no es arreglarse.

—Porque eres preciosa, no necesitas arreglo.

Mi firmeza flaquea y termino sonriendo con el corazón derretido, momento que Dereck aprovecha para pegarme a él agarrando mis caderas.

—Eres preciosa, Maddy.

—Para de decirme estas cosas…

—¿Qué cosas?

Me tengo que contener para no darle un beso, dejando mis manos reposar en su pecho.

—Halagos, no me gustan.

—¿Por qué?

—Porque no…

—¿Te dan vergüenza?

Pues sí.

—No lo hagas más, por favor.

Su sonrisa traviesa me derrite aún más el corazón.

—No te lo puedo prometer.

—¿Por qué?

—Porque te…

Sus ojos brillan durante una milésima de segundo, antes de desviar la mirada un momento, dejándome con el corazón en vilo por lo que pensaba que estaba a punto de decir.

—Porque te mereces que te diga cada día lo preciosa que eres y lo agradecido que estoy de que tropezaras conmigo.

Cursiladas a parte… Dios. No sé qué he hecho para merecer a esta persona. De verdad que no.

—Dereck…

—Sí, lo sé… Ha sido la mayor cursilada que he dicho en toda mi vida, qué asco me doy…

Acerco mis labios a los suyos para darle un beso.

—Me puedes agradecer la torpeza de otra forma…

—¿Ah, sí?

Muevo mi cabeza ligeramente de arriba a abajo.

—Una más… satisfactoria.

Noto la tensión en todo su cuerpo.

—¿Cómo qué?

—Como…

No me da tiempo a responder. En cuestión de milésimas de segundo, paso de estar parada en mitad del pasillo a estar contra la pared, con las piernas rodeando el cuerpo de Dereck y con la boca pegada a la suya. Maldito sea, no puedo ni pensar.

—Dereck…

—Me vuelves loco, Maddy…

Ya. Ya me doy cuenta. Pero estamos en mitad del pasillo y no tenemos quince años. Y nos están esperando.

—Pues te hubieras vuelto loco hace un momento en la cama y no ahora que tenemos que bajar a desayunar.

El resoplido que suelta con su frente apoyada en la mía me hace sonreír.

—¿No te puedo desayunar a ti?

¿Por qué me lo tiene que poner tan difícil?

—No, no puedes. Suéltame, porfa…

A regañadientes, me deja despacio en el suelo y me da un último beso agarrándome del cuello, que me hace replantearme seriamente lo de bajar a verle la cara a la señor Thompson.

—Eres… eres preciosa… y mía.

Socorro.

—¿Tuya?

—Mía. Solo mía.

Guardándome un suspiro, sonrío con los ojos cerrados y acariciando su cara. Lo reconozco. Estoy enamorada. Completamente enamorada.

—Voy a seguir siendo tuya después de desayunar, así que vamos por favor antes de perder la poca fuerza de voluntad que tengo para no arrastrarte a la cama.

—¿Y si quiero que me arrastres a la cama?

—Dereck, por favor…

Me suelta de golpe, levantando las manos en el aire en señal de rendición.

—Vamos, antes de que me arrepienta.

De la mano, y en uno de los silencios más tensos que hemos tenido hasta el momento, bajamos las escaleras y salimos al jardín, encontrándonos con cinco pares de ojos azules. Mientras que Elizabeth está más tiesa que un palo, el señor Thompson sonríe y los hermanos se miran entre ellos con cara de saber lo que ha pasado.

—Felicidades, papá.

Ostia, es verdad.

—Feliz cumpleaños, señor Thompson.

—Gracias, chicos. Y Maddy, ya te dije que me llamaras Dereck.

—Sí, perdona… es la costumbre.

Como todo un caballero, Dereck hijo me retira la silla para que me siente al lado de Lizzie, y él hace lo propio al otro lado de la mesa, junto a Jared, que se ha sentado entre Mark y él.

—Íbamos a empezar sin vosotros.

Cómo no. Me disculpo mirándola con una sonrisa.

—Lo sentimos, Elizabeth. Dereck no se despertaba, no sabes la de veces que lo he tenido que llamar.

—¿No has dormido bien, hijo?

Dereck sonríe mirándome directamente a los ojos.

—Maddy no me ha dejado dormir…

No me lo puedo creer.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Si pudiera matarlo con la mirada, ya estaría muerto.

—Eres tú el que no me ha dejado dormir a mí con esos ronquidos.

Dereck levanta una ceja sin apartar los ojos de mí.

—Yo no ronco.

No, qué va.

—Sí roncas.

—No mientas, Davis.

Mark se echa hacia delante, para mirar a su hermano.

—No mientas tú, llevas roncando toda la vida.

—Cómo te gusta meterte en todo, ¿no?

—Sí, porque Maddy no está mintiendo y…

Jared les tapa la boca a los dos a la vez, rodeándole el cuello con sus fuertes brazos, e inclinándolos sobre la mesa.

—Ya está bien, que os acabáis de levantar y el día va a ser muy largo. Por no hablar de que es el cumpleaños de papá… No hay más advertencias, a la siguiente os parto la cara, ¿entendido?

Tanto Mark como Dereck asienten, y después de unos segundos Jared los suelta. Me sorprende que sus padres se hayan llenado los platos de comida sin inmutarse, pero aparto la mirada de ellos cuando Lizzie llama mi atención tocándome el brazo y acercándose a mi oído.

—Ve acostumbrándote, Maddy.

—¿A qué?

—A que Jared haga de padre.

—¿Ha sido siempre así?

Veo la pena en los ojos de Lizzie cuando se encoge de hombros asintiendo con la cabeza. Así que Jared ha hecho de padre de sus hermanos porque quienes tenían que hacerlo estaban muy ocupados con su trabajo y su estatus social. Genial.

—Bueno, Maddy… querida…

Sí, "querida". No se lo cree ni ella.

—Dime, Elizabeth.

—No, dime tú. Llevas tres días aquí, ya va siendo hora de que nos hables de ti, ¿no te parece?

Igual va siendo hora, sí.

21. LA CITA PERFECTA

—¿Qué quieres saber?

—Pues todo, para eso eres la novia de mi hijo. Háblame de tu familia.

Mi expresión se suaviza al pensar en ellos.

—Pues… vivo con mis padres, tengo dos hermanos menores que yo… Adam y Tessa, y también está Ben.

—¿Quién es Ben?

Mi pedazo de sol. Eso es Ben.

—Mi sobrino, el hijo de mi hermana.

—¿Y el padre del niño?

La sonrisa desaparece al instante solo de pensar en ese miserable.

—Abandonó a Ben antes de nacer.

Por primera vez, veo un atisbo de compasión en la cara e Elizabeth.

—Lo siento, seguro que es un chico fantástico.

—Sí que lo es.

Bebo un poco de agua para intentar bajar el nudo de mi garganta. Ben todavía es pequeño, pero sufrirá cuando sea consciente de que su padre nunca lo quiso. Y eso me parte el corazón.

—¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

Pues a ver… no me apetece mentir, estoy muy orgullosa de mis padres.

—Mi padre es… mi padre se ha dedicado toda la vida a la mecánica y mi madre… a criarnos.

Dereck sonríe, siendo plenamente consciente de lo ambigua que he sido con mi respuesta.

—¿Dónde estudió tu padre? ¿En Harvard?

En Harvard dice. Intento mantener mi cara de póker, menos mal que no la tengo justo en frente.

—No, no estudió en Harvard… ¿por qué?

—No, por si lo conocía…

Ay, Dios. Qué asco le tengo, cómo odio ese tono de voz tan pedante.

—¿Estudió usted en Harvard?

—Por supuesto, los mejores vamos a Harvard.

¿Perdona? Levanto la vista y veo a Dereck apretando la mandíbula y a Jared con la cara descompuesta. Estoy flipando.

—Bueno, eso lo dirá usted.

Dereck se atraganta. Jared sonríe y Mark también. Pero Elizabeth no. Y su marido tampoco, que decide abrir la boca por fin.

—Madison, no se puede negar que Harvard es la universidad más prestigiosa del país y, por lo tanto, sus alumnos son los mejores.

Miro unos segundos en silencio a los señores Thompson. ¿Qué manera de menospreciar a la gente es esta? Es que yo sé que debería de callarme. Debería callarme. Pero es que no he nacido para eso.

—¿Prestigio? ¿Qué le da prestigio a una universidad, señor Thompson? ¿El poder adquisitivo de los padres de sus alumnos?

La sonrisa que se dibuja en los labios del padre de Dereck casi me hace sonreír. Creo que este es otro que como Elizabeth no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Se nota que no estudiaste en Harvard.

Bueno. Bueno. Bueno.

—Papá…

Extiendo una mano hacia Dereck, para que me deje hablar y no se meta.

—Lo puedes notar porque soy crítica con una institución sobrevalorada, pero no lo puedes notar en mis conocimientos, mis capacidades y mi trabajo. No soy peor contable por no haber ido a Harvard.

—Yo no he dicho eso.

No ha hecho falta que lo dijera.

—Bueno, si dice que los alumnos de Harvard son los mejores, está despreciando a los alumnos de otras universidades y, por lo tanto, está diciendo que los contables que han estudiado en Harvard son mejores contables que yo.

El silencio que se instala en la mesa resulta casi asfixiante.

—No te ofendas, Madison. Solo digo la verdad.

¿La verdad? La verdad es que son unos clasistas de mierda.

—¿La verdad, señor Thompson? La verdad es que no es mejor abogado por haber ido a Harvard. Será más caro, eso sí… pero no mejor.

Le miro desafiante unos segundos, esperando el nuevo ataque.

—¿Sabes? Me caes bien.

No noto ironía en su voz. Creo que lo dice de verdad.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque eres fiel a ti misma. No nos has dado la razón para quedar bien y eres capaz de

mantener una discusión desde el respeto.

Desde el respeto que ellos no tienen, pero bueno… mejor me callo. Al fin y al cabo, si Dereck y yo vamos a estar juntos me los voy a tener que comer con patatas porque son sus padres. Eso no va a cambiar nunca.

—Odio el peloteo, señor.

Cogiendo su taza de café, la levanta haciendo un brindis hacia mí bajo la imperturbable mirada de Elizabeth.

—Me he dado cuenta, por eso me gustas. Vente a trabajar conmigo.

¿Me lo está diciendo en serio?

—¿Aunque no sea de Harvard?

—Aunque no seas de Harvard.

Sonrío, hasta que Dereck empieza a negar con la cabeza.

—Olvídate, papá.

—¿De qué?

—De robármela.

“Robármela”. Ni que yo fuera un objeto.

—Ya veremos…

—No, ya veremos no. Maddy se queda en J.D. Thompson.

Su padre le mira, sonriendo, mordiendo una tostada.

—Eso lo tendrá que decidir ella.

Siento todos los ojos encima mía, pero yo solo tengo ojos para Dereck.

—Tu padre tiene razón… la decisión es mía.

—Maddy…

¿”Maddy” qué? No soy una posesión. Desvío la mirada hacia Jared, que lo observa todo en silencio, pero veo una tristeza en sus ojos que no tenía antes. Me gustaría saber qué le pasa.

—Para mí es un placer trabajar para Jared, no tengo intención ahora mismo de trabajar para otra persona que no sea él.

Consigo que sonría, pero aun así…

—En algún momento, mi hermano se enterará de que tu jefe soy yo.

—Yo soy su jefe también.

—Oh, por favor… Que lleva un año en la empresa y no la conociste hasta hace… poco.

He mantenido la respiración hasta que Jared ha cerrado la boca, pensando en lo que podría haber dicho. Casi. Qué cerca ha estado.

—Cállate, anda.

Jared menea la cabeza y ya no dice nada más.

—¿Y tú dónde estudiaste Maddy?

Y vuelta al maldito tema. Cuento mentalmente hasta tres antes de mandar a mi querida futura suegra a tomar por culo. Pero justo cuando voy a responder, Jared suelta con demasiada fuerza la taza en la mesa, levantándose con tanto ímpetu que casi tira la silla.

—Ya está bien con el puto temita, ¿no?

Dejando a su madre, literalmente, con la boca abierta. Se da la vuelta, marchándose del jardín, y dejándonos a todos sumidos en el más absoluto de los silencios hasta que yo también me levanto.

—Si me disculpáis…

Dereck me mira arrugando la frente y, rodeando la mesa, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—Ahora vengo.

Sin mirar a nadie más, sigo el camino tomado por Jared, pero no lo veo cuando entro en la casa. Por instinto, subo las escaleras y me dirijo al ala contraria a donde está el dormitorio de Dereck. Me detengo frente a la puerta del Jared, y espero unos segundos a ver si escucho ruido dentro. Cuando oigo sus pasos por la habitación, tocó la madera maciza con los nudillos.

—Lizzie, ahora no…

—No soy Lizzie.

Tarda unos segundos en responderme.

—Maddy, quiero estar solo.

Creo que ha estado toda la vida solo. Intento abrir la puerta, pero ha echado el pestillo.

—Jared, ábreme.

—No te voy a abrir.

Sí lo va a hacer.

—Pues si me rompo el brazo intentado echar la puerta abajo va a ser por tu culpa. No sé qué te hará tu hermano.

Escucho cómo se ríe por lo bajo, y a los pocos segundos me abre la puerta con una ceja levantada. Antes de que se arrepienta, paso por debajo de su brazo y entro en su habitación. Es prácticamente igual que la de Dereck, pero con una terraza más grande.

—Te recuerdo que soy tu jefe.

Pasa por mi lado y sale a la terraza con vistas al mar. Le sigo hasta el exterior y me siento en el mismo sillón junto a él.

—Te recuerdo que ahora además de mi jefe eres mi cuñado... y mi amigo.

Me mira de reojo, pero no me lo discute.

—¿Ha sido duro?

—¿El qué?

—Criar a tus hermanos.

Jared gira lentamente la cara hacia mí, tragando saliva.

—Sí.

Pongo una mano en su hombro, apretándole suavemente.

—Has hecho un buen trabajo.

Desvía la mirada, mordiéndose el labio inferior.

—No fue duro, Maddy… fue una… una putada.

Es que él también era un niño.

—Solo tenías dos años más que Dereck y Mark, y… ¿cuántos más que Lizzie? ¿Cinco?

Jared niega con la cabeza.

—Siete. Lizzie y tú tenéis la misma edad.

Eso no lo sabía, pensaba que era un poco mayor que yo.

—Sé lo que es que la responsabilidad de una familia recaiga sobre ti.

—Maddy… la diferencia entre tú y yo es que a ti no te quedó más remedio porque tu padre enfermó y tu madre se mataba trabajando. Y yo… y yo lo tuve que hacer porque mis padres pasaban de nosotros, y yo era el mayor y fui el primero en ser consciente de ello, y…

Se le quiebra la voz y a mí se me saltan las lágrimas.

—Y quisiste que tuvieran ese pilar de apoyo que no tuviste tú.

Jared asiente, sin apartar la mirada del mar.

—Pero le fallé a Lizzie. Cuando me fui a la universidad y de casa ella todavía era pequeña y… Y aunque intenté estar con ella, creo que fui un egoísta tratando de alejarme de mis padres.

—No digas eso, Lizzie te adora.

—No la apoyé lo suficiente.

Llevo mi mano hasta su cabeza, y le acaricio el pelo.

—Si sientes eso… lo único que puedes hacer es apoyarla ahora incondicionalmente en las decisiones que tome.

—¿Pasa algo? Ayer estuvisteis muy juntas las dos.

Es el único de los hermanos que falta por saberlo, pero no debo contárselo yo. Decírselo a Dereck era completamente distinto.

—Tu hermana está bien.

O lo va a estar.

—Mi hermana no está bien, yo sé que Theo no la hace feliz.

No sé qué cara he puesto, pero Jared sonríe, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Lo va a dejar, ¿verdad?

¿Tanto conoce a su hermana? Porque Dereck no lo veía venir.

—Jared…

—Tranquila, no tienes que contármelo. Pero espero estar en lo cierto, y que rompa el

compromiso. Lizzie se merece algo mejor que Theo.

—¿No te cae bien?

—No es que no me caiga bien, es que no me gusta para mi hermana. Es amigo de la familia y tal, puede que Lizzie estuviera enamorada al principio cuando era más joven, pero hace mucho tiempo que no veo en sus ojos el brillo de alegría que ha tenido siempre. Mi hermana no es feliz y no debería de casarse con un hombre que no la hace sentirse así solo por la presión familiar o no decepcionar a mis padres.

Yo de verdad, que no sé a quiénes han salido todos. Porque a su padres desde luego que no.

—La conoces bien.

—La he criado, ¿no?

Apoyo mi cabeza en su hombro sonriendo.

—Jared…

—¿Qué?

—¿Por qué se te ha ensombrecido el rostro cuando tus padres han sacado el tema de Harvard?

Respira profundamente y suelta un suspiro.

—Porque Mark no fue a Harvard.

¿Qué?

—Dereck me dijo que sí.

—Me imagino que para que no sacaras el tema, no sé… pregúntale a él.

No entiendo nada.

—¿Por qué no fue a Harvard?

—Mark lo intentaba, pero no sacaba tan buenas notas como nosotros. No tenía un buen expediente para entrar en Harvard, y tampoco él quería, eh…

—¿Por?

—Por joder a mi padre. Sé que se podía haber esforzado más los últimos años, pero creo que le gustaba la idea de fastidiar a mis padres si no estudiaba en Harvard. Y lo consiguió… ni todo el dinero de la familia pudo comprar su matrícula. Nunca he visto a Mark tan feliz como cuando pasó todo aquello.

O sea, que no solo me han menospreciado a mí, sino también a su propio hijo, siendo abogado también. Cada vez me caen mejor. Nótese la ironía.

—Jared… llevo todo el fin de semana preguntándome a quiénes han salido tus hermanos con los padres que habéis tenido…

Jared me mira con una media sonrisa.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí, han salido a ti.

Ahora lo tengo más que claro. Sonrío cuando me echa un brazo por encima de los hombros y me da un beso en la cabeza.

—¿Por qué no me he enamorado yo de ti primero?

Me siento halagada.

—Porque la mujer de tu vida está ahí fuera esperándote.

—Pues se puede quedar esperando, porque no la pienso encontrar.

Eso dicen todos.

—¿Por qué no?

—Porque no creo en el amor.

Tonterías.

—Algún día encontrarás la cita perfecta.

Jared se echa a reír.

—¿La cita perfecta?

Apoyo mi cabeza en la suya, admirando el horizonte. Y admirándole a él.

—La cita perfecta.

22. YO TE AYUDO

—¿Qué te pasa?

Miro a Dereck a través del espejo mientras me termino de maquillar.

—No me pasa nada.

Sí, claro. Cuando he bajado después de haber estado con Jared, sus padres ya no estaban en la mesa. Solo Lizzie, Mark y Dereck. Y la cara de los tres era la misma que la de Jared, por mucho que intentaran disimular. Jared no ha vuelto a bajar. Creo que no ha salido todavía de su cuarto. Y los invitados ya están llegando.

—Estás muy callado desde el desayuno.

De reojo observo cada uno de sus movimientos para abotonarse la camisa. No he conocido a un hombre más sexy que Dereck.

—Si te ha sentado mal lo que le he dicho a tu padre, yo lo…

—Ni se te ocurra disculparte.

Dejo la mano con la brocha suspendida en el aire cuando se da la vuelta y nuestras miradas se cruzan en el espejo.

—¿Estás enfadado conmigo por otra cosa?

Dereck se acerca lentamente hasta abrazarme por detrás y darme un beso en la nuca, donde deja su boca pegada.

—Lo siento, no es contigo.

—¿Entonces?

Espero en silencio hasta que suspirando, me aprieta un poco más fuerte.

—Intento querer a mis padres, pero es que me lo ponen muy difícil…

Difícil es algo.

—No me ha ofendido nada de lo que han dicho.

—No es cuestión de que te ofendas, es el daño que nos hacen siempre gratuita e innecesariamente.

Suelto la brocha en la mesa y entrelazo mis dedos con los suyos sobre mi abdomen.

—¿Es por Mark, no?

Dereck se limita a asentir levemente con la cabeza.

—Me lo ha contado Jared… ¿por qué me dijiste que todos habíais ido a Harvard?

—Nos acabábamos de conocer y… cuando pasó aquello… No fue una situación agradable para ninguno.

—¿Tanto drama por no entrar en Harvard?

El suspiro que se escaba de sus labios me provoca un escalofrío.

—No te lo puedes ni imaginar… Estuve tres meses sin hablarme con mis padres. Y si no hubieran tenido que operar de urgencia a Lizzie por apendicitis habría sido mucho más tiempo…

De verdad, que es que no lo alcanzo a entender.

—No sé qué decirte…

—Normal, porque tú vienes de una familia que se comporta como una familia. Nosotros… no sé ni lo que somos, pero desde luego no una familia. O al menos no una familia que incluya a mis padres.

—¿Le hicieron mucho daño a Mark?

—A todos, porque el daño que le hagan a uno de mis hermanos me duele más que lo que me puedan hacer a mí. Me podré pasar la vida peleándome con Mark, pero daría mi vida por él sin dudarlo ni un mísero segundo. Mis hermanos son sagrados para mí, Maddy.

Parpadeo varias veces para tratar de contener la emoción. Lo entiendo a la perfección. Me pasa lo mismo con Tessa y Adam.

—Estoy serio porque… porque estoy enfadado conmigo mismo, con el mundo en general… menos contigo.

—¿Por qué estás enfadado contigo?

Me doy la vuelta dentro de su abrazo para mirarle a los ojos.

—Por todo. Por hacerte mentir y haberte traído a este circo, por no haberme dado cuenta de lo infeliz que era mi hermana, por no poder partirles la cara a mis padres, por no conseguir llegar a Jared…

Ya me imaginaba que algo de lo de Jared tenía que ver con su actitud.

—¿Qué pasa con Jared?

—Que es inaccesible. Es… es un hombre de hielo, tiene… tiene una coraza puesta desde que éramos pequeños que le pesa demasiado… No es que yo sea una persona que esté todo el día hablando de mis sentimientos, pero me considero… no sé… abierto. Pero Jared… es un tipo duro, en el más amplio sentido de su definición… hace como que nada le afecta pero yo sé que sufre en silencio y no sé qué puedo hacer para aligerar el peso de esa coraza, ¿sabes?

Trago asintiendo el nudo que se me ha formado en la garganta. No solo por ser testigo de cómo Dereck quiere a sus hermanos, sino de que Jared no se abra con nadie y lo haya hecho conmigo, aunque haya sido solo un poquito.

—No sé qué le has dicho, pero cuando he ido a verlo no me esperaba encontrarlo tan… No sé cómo decirlo, pero no tenía la mirada con la que se ha levantado de la mesa… Así que gracias.

Acaricio su cara, acunando su cabeza con mis manos.

—Solo le he dicho que ha hecho un buen trabajo con vosotros.

Sus ojos se nublan y me abraza al instante, quedándonos así, abrazados y en silencio, durante el tiempo que tarda en recomponerse. Para cuando lo hace y despega la cara de mi cuello, solo hay una sonrisa y una mirada de agradecimiento en su rostro.

—Dereck… eres un hombre maravilloso.

—Y tú eres… eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Maddy.

Cierro los ojos y me dejo besar por esos labios a los que me he vuelto una adicta. Nunca pensé que pudiera querer así a una persona. No sabía qué era el amor. No sabía que fuera así.

—Dereck… yo… yo te…

No llego a terminar la frase porque la puerta se abre sin previo aviso. Cómo no. Cómo no iba a ser Elizabeth.

—Disculpad la interrupción.

Pues no. No te disculpo. Estaba a punto de decirle a tu hijo que le quiero.

—¿Qué pasa, madre?

Dereck no quiere soltarme, pero hago un poco de fuerza para apartarme, haciendo caso omiso a su mala cara.

—¿Qué va a pasar? Que la fiesta ya ha empezado y vosotros estáis aquí.

—Nos estamos terminando.

—Sí, ya lo veo. Estás muy guapa, Maddy.

Vaya. Si me ha dicho una cosa buena, no me lo puedo creer.

—Gracias, usted también.

El dresscode de la fiesta es el blanco. Todo el mundo tiene que vestir de blanco. Es la primera vez que voy a una fiesta con código de vestimenta.

—Venga, vamos a fingir que somos una familia perfecta.

Elizabeth no dice nada, y yo menos. Salimos los tres de la habitación, pero a mitad de las escaleras me llevo la mano a la oreja y me doy cuenta de que se me han olvidado ponerme los pendientes.

—Mierda… Dereck, ahora bajo que se me han olvidado los pendientes…

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta y me dirijo con prisas hacia nuestro dormitorio. Localizo los pendientes en un estuche dentro de la maleta y cuando salgo me doy de bruces con Elizabeth.

—Joder, qué susto.

Me pongo una mano en el pecho, tratando de calmar mi corazón. Pero si estaba con Dereck hace un momento, qué hacía ahí parada a la vueltas de la esquina.

—No me gustas, Madison.

Bueno. Esto no me lo esperaba.

—¿Por qué? ¿Porque no te chupo el culo?

Elizabeth sonríe, cogiéndome un mechón de pelo con sus dedos. Y casi en un acto reflejo, le aparto la mano para que no me toque.

—Porque eres una manipuladora.

Ah, ¿yo soy la manipuladora?

—Yo no manipulo a nadie, señora.

—¿No? ¿Y por qué mi hijo no me mira a la cara?

Por favor.

—Igual porque no te soporta… igual es que nadie te soporta.

Su expresión es… gélida.

—No he nacido para ser soportable, Madison. Y tampoco he nacido para que me tomen por tonta. Y tengo la ligera sensación de que vas a ser un problema entre mis hijos y yo. ¿Cuánto quieres?

¿Perdón?

—¿El qué se supone que quiero?

—Dinero. Es evidente, da igual la ropa cara que te haya comprado mi hijo. Sé quién eres, Madison Davis. Sé de qué familia vienes. Sé la deuda que tienes. Sé lo que eres…

—¿A que lo adivino? ¿Una cazafortunas?

Elizabet ni pestañea. Es que vaya bruja es.

—Entre otras cosas, sí.

—Pues te equivocas.

No me da la gana de seguir tratando de usted a una persona que no me muestra ni el más mínimo respeto.

—Yo nunca me equivoco.

—No eres perfecta, ¿sabes?

—¿Cuánto quieres para marcharte de aquí?

Esto… esto es… Creo que nunca me había sentido tan insultada.

—Esto no funciona así, Elizabeth.

—Claro que sí, es la única forma en la que funciona el mundo… con dinero. ¿Cuánto quieres para alejarte de Dereck? ¿Medio millón? ¿Uno?

Niego con la cabeza, aguantándome las ganas de escupirle. Y justo veo a Lizzie al otro lado del pasillo, escuchando con la boca abierta.

—Puedes meterte tu dinero por donde te quepa.

—Haznos un favor a todos, Maddy… ponte precio.

Abro la boca para mandarla a la mierda, pero Lizzie decide intervenir.

—¡Basta, mamá!

Rodeando a su madre, se pone al lado mía, mirándola con incredulidad.

—Lizzie, esto no va contigo.

—¿Que no va conmigo? ¡¿Que no va conmigo?!

—Baja la voz, Elizabeth.

Sonrío al sentir la mano de Lizzie en mi espalda.

—Has caído muy bajo muchas veces, mamá. Pero… ¿esto? ¿Humillar e insultar a Maddy de esta manera? Felicidades, te has superado.

Me dejo llevar escaleras abajo por la hermana de Dereck, con un dolor de cabeza… como si alguien me estuviera dando martillazos. No me puedo creer lo que acaba de pasar.

—Espero que le cuentes esto a mi hermano.

No. Ni loca.

—Esto se queda entre nosotras, Lizzie.

—No, ni de coña. Dereck tiene que…

Hago que se detenga al bajar el último escalón.

—¿Tiene que qué? Sabes cómo se lo va a tomar, y no voy a ser yo el motivo por el que se enfrente a vuestra madre.

Lizzie me agarra de los dos brazos, con el enfado reflejado en su rostro.

—¿No te das cuenta de que se va a tener que enfrentar tarde o temprano?

Me encojo de hombros, sin saber muy bien qué más decir.

—Déjalo estar, por favor…

—No te prometo nada…

Le devuelvo el abrazo suspirando, preguntándome cómo va a acabar esto. No creo que Elizabeth se rinda fácilmente. No me soporta.

—Vaya, estáis aquí. ¿Todo bien?

No la he visto, pero la voz repelente de Tiffany es inconfundible. Lizzie me rodea la espalda con su brazo y sonríe.

—Sí, todo bien.

—¿Y por qué os abrazáis?

¿Y por qué no?

—Porque somos familia.

Apoyo de lado mi cabeza contra la suya. Sí, somos familia. Por mucho que le joda a Tiffany, que no consigue disimular el asco que me tiene.

—¿Querías algo, Tiffany?

—Busco a Dereck.

Maddy, respira.

—¿Para?

—Para hablar con él.

Dudo que Dereck quiera hablar con ella. Pero sinceramente paso de esta lagarta. Que intente lo que quiera, que no lo va a conseguir.

—Pues búscalo, está por ahí…

—Un momento, Tiff…

Lizzie la coge del brazo cuando va a darse la vuelta.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—¿Y por qué no has venido con tus padres?

Tiffany se encoge de hombros, sonriendo.

—Porque me han recogido más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

No entiendo nada.

—Theo… ¿no estarás celosa, no?

Amiga. Lizzie mueve la cabeza de un lado a otro con una sonrisa.

—Por supuesto que no, eres mi amiga… ¿no?

Tiffany es incapaz de decir nada, y se marcha con una sonrisa nerviosa hacia el jardín. ¿Qué acaba de pasar?

—¿Qué pasa, Lizzie?

No me mira hasta que Tiffany se pierde por la puerta.

—No lo sé.

Sí, claro.

—Sí lo sabes…

Agarrándome del brazo, me lleva hacia un rincón del salón, frente a la ventana, desde donde podemos ver a Theo y Tiffany hablando.

—No sé si me he vuelto una paranoica de repente. Pero los padres de Tiffany me han dicho que no sabían a qué hora llegaría porque no había pasado la noche en casa. Theo iba a venir a desayunar y no me ha dado señales de vida hasta hace una hora, diciéndome que se había quedado dormido. Y me lo he encontrado hace cinco minutos, justo antes de subir a buscarte… ¿y sabes a qué olía?

Me lo puedo imaginar.

—¿A Tiffany?

—¿Me estoy volviendo loca? ¿O estoy buscando una excusa para que me duela menos romper el compromiso?

Yo… yo creo que cuando el río suena, agua lleva.

—No los conozco, Lizzie. Pero… si tu intuición te hace dudar de tu mejor amiga… igual es que has visto más cosas que has querido ignorar…

Lizzie asiente y se echa a reír.

—Voy a matarla.

—Yo te ayudo.

23. EL PROYECTO PEARSON

He escuchado muchos discursos vacíos en mi vida, pero pocos tan hipócritas como el que ha dado el señor Dereck Thompson ante sus invitados, alabando a su familia y agradeciendo el apoyo de sus hijos, que supuestamente son lo más importante para él. Lo demuestra de pena. Y Elizabeth toda sonriente aplaudiendo, sonriéndome como si no me hubiera humillado hace un momento en el pasillo.

—¿Te escondes de mi hermano?

Sonrío cuando siento la mano de Mark en la espalda, y giro la cabeza para mirarle. Qué guapo está.

—Me escondo de tu madre.

De la hija de puta de tu madre.

—¿Qué te ha hecho?

Niego con la cabeza, desviando la mirada.

—Nada.

—¿Te han dicho que mientes fatal? Dime qué ha pasado.

Me obliga a volverme hacia él, agarrándome del brazo.

—Tienes los ojos tristes, Maddy. Están apagados, y a ti te brillan siempre. Sea lo que sea que te haya hecho mi madre me lo puedes contar.

Trago saliva, tratando de tragar con ella mi emoción.

—No quiero que Dereck se entere.

—No se va a enterar, te juro que de mi boca no va a salir. Puedo ser un gilipollas, Mad, pero puedes confiar en mí.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que no haya nadie que me pueda escuchar.

—Me ha ofrecido dinero para que me aleje de tu hermano.

Ojalá pudiera inmortalizar la cara de Mark.

—¿Que ha hecho qué?

—Me ha investigado, sabe de dónde vengo y la deuda que tenía… piensa que he enganchado a tu hermano por dinero. Me ha ofrecido un millón de dólares, Mark.

Un puto millón de dólares.

—Mi madre es… mi madre es la peor persona que he conocido en mi vida… Siempre que pienso que no puedo hacer algo peor, lo hace.

Me encojo de hombros y me dejo abrazar.

—Eso mismo ha dicho Lizzie, que venía a buscarme y lo ha escuchado todo. Por favor, no le digas nada a Dereck.

—¿Sabes que se va a enfadar si se termina enterando, no?

Sí, lo sé.

—Será mi problema.

Cierro los ojos cuando me da un beso en la cabeza y me retiro un poco de él. ¿El cariño que le he cogido a todos en tan poco tiempo?

—¿Tú has venido a esconderte también? No será de las damas…

—No, de los socios y clientes de mi padre. Son una pesadilla, esto es una fiesta y solo hacen hablar de trabajo.

Todo lo que me han contado Jared y Dereck sobre él aparece de repente en mi mente.

—¿Por qué no trabajas con tus hermanos?

—Yo no fui a Harvard.

No puedo evitar levantar las cejas ante su excusa y su cara de vergüenza. No se tiene que avergonzar de nada.

—Esa es una excusa muy barata, eres abogado igual.

Mark suspira, sin quitar los ojos de las vistas al mar. Los dos hemos encontrado un escondite en la terraza donde nadie viene a molestar.

—Crecí a la sombra de los dos, ¿sabes? Jared es el favorito de mis padres, el hijo modelo, mi madre te diría que su único defecto es no ser capaz de mantener a una mujer a su lado. Jared lo hacía todo bien, y Dereck era como él, o intentaba ser como él… Dereck era mejor que yo en todo, en los estudios, en los deportes… Así que él entró en Harvard como mi padre quería que hiciéramos, y nos separamos.

—¿Y cómo lo llevaste? El no entrar en Harvard y separarte de Dereck…

—A mí me daba igual a que universidad ir porque no quería ir a ninguna. Y sinceramente, ya era la oveja negra de la familia… así que decidí no esforzarme tampoco mucho para fastidiar a mis padres… Y lo de Dereck… bueno, al principio me costó porque llevábamos toda la vida juntos, pero a la larga me alegré. No sabes lo que es que te comparen a diario con tu hermano, con tu hermano gemelo…

—Fue un alivio.

—Sí.

Miro el perfil de su cara en silencio. No se merecía sentirse así.

—¿Te hicieron mucho daño, no?

—Sí.

—¿Alguna vez se lo has dicho a Dereck?

—No, pero él lo sabía. No era su culpa destacar en lo bueno más que yo, y siempre me defendía e intentaba ayudar. También te digo, había rachas que me caía fatal el niño asqueroso este…

Los dos nos echamos a reír. Ese sí es mi Mark.

—¿Mejoró vuestra relación cuando fuisteis a distintas universidades?

—Probablemente… sí, diría que sí…

Entonces no entiendo por qué no se asoció con sus hermanos.

—¿Pero no lo suficiente como para fundar con ellos el bufete?

Mark gira lentamente la cabeza, clavándome la mirada.

—¿Dereck no te ha dicho qué clase de abogado soy?

—No, no hemos hablado mucho de ti.

—O sea, que sí habéis hablado de mí…

Es que… es de lo que no hay, con esa sonrisa socarrona.

—No tanto como para saber dónde trabajas.

—Soy abogado de oficio.

¿Que es qué?

—¿De oficio?

—Quita esa cara, Maddy. Parece que te está explotando el cerebro.

Porque me está explotando el cerebro.

—¿Cómo…?

—Yo no estudié Derecho para hacerme rico, Mad. A mí me obligaron a estudiar Derecho.

—¿Pero cómo termina un Thompson siendo abogado de oficio?

—Porque la gente sin recursos tiene derecho a tener una defensa digna, y no tener a un abogado de oficio mediocre. Y porque me pareció una buena manera de joder a mi padre, todo sea dicho. Quería que me convirtiera en abogado y eso hice, como yo decida ejercer la profesión que me obligó a estudiar ya es cosa mía.

Me parece… Increíble. Mark es increíble.

—Te admiro mucho, ¿sabes?

—Y eso que no te he dicho todavía que soy el abogado de oficio más solicitado de la ciudad.

—Te lo tienes muy creído, eh…

—Yo solo me ciño a los hechos.

—¿Y los hechos confirman que eres el mejor, verdad?

—Lo has dicho tú, no yo.

¿Por qué no me han contado esto antes?

—A veces siento que no es suficiente.

—¿El qué?

—Lo que hago… me gustaría hacer más… Yo… quiero marcar la diferencia.

No me lo puedo creer.

—¿Eres consciente de que ya la estás marcando, siendo un abogado rico defendiendo a gente pobre?

—Para mí no es suficiente, Maddy. Llevo un tiempo pensando en hacer algo más que ser abogado de oficio, pero no sé el qué…

¿Y si…? Se me acaba de encender una bombilla.

—¿Algo como defender a presos inocentes condenados injustamente?

Mark parpadea un par de veces, y gira rápidamente la cabeza hacia mí.

—¿Condenados injustamente?

—Sí, me refiero a personas inocentes que no tuvieron un juicio justo, ni un abogado de oficio decente…

Se me ha puesto el corazón a mil por hora.

—¿Quién es?

—¿Quién?

—¿Quién es la persona que quieres que intente sacar de la cárcel?

Si que es bueno leyendo a las personas.

—El padre de mi mejor amiga.

El padre de Ali.

—¿Qué hizo?

—Nada, no hizo nada.

Mark me pone una mano en el hombro y me obliga a mirarle a los ojos.

—Vale, ¿de qué lo acusaron?

—Doble asesinato… Le cayeron dos perpetuas.

—¿Dos perpetuas?

Asiento levemente con la cabeza. Ahora viene la parte en la que no me va a creer.

—Eran… uno era hijo de un fiscal y el otro de un juez.

Veo en su cara al instante cómo una lucecita se enciende en su cabeza.

—Maddy… ¿estamos hablando de Isaak Pearson?

Del mismo.

—No lo hizo él.

—Maddy… eran los hijos del fiscal y del juez que lo mandaron dos años a un reformatorio.

Una mera casualidad.

—Lo sé, pero es que no fue él.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque yo estaba con él.

Mark se queda inmóvil, con una mano en la cadera y la otra en la frente.

—¿Qué?

Que yo estaba con él.

—Isaak nos recogía los jueves a Alika y a mí de las clases de gimnasia rítmica, y nos llevaba al parque de camino a casa… Isaak estaba en el parque con nosotras cuando mataron a esos chicos.

Mark retrocede un paso.

—Pero, entonces… si estaba en el parque…

—No les dieron validez ni credibilidad a nuestros testimonios porque Alika y yo teníamos cuatro años.

—Pero erais testigos…

—No nos quisieron escuchar. Ni a nosotras, ni a mis padres porque no estaban con él en ese momento.

Ahora es a Mark a quien le está explotando el cerebro.

—Pero os recogió del colegio… No recuerdo los detalles, pero…

—¿Los detalles? Los detalles son que esos dos chicos fueron a comprar cocaína a Red Hook, la venta se complicó y el camello los mató. Una patrulla lo vio de lejos y en la persecución lo perdieron de vista. El tipo cruzó el parque y se chocó con Isaak, y le manchó de sangre la camiseta. Cuando ese poli llegó al parque, le puso una pistola en la cabeza a Isaak y lo detuvo delante nuestra. Y eso es todo.

—No entiendo cómo lo pudieron confundir…

—¿Que no lo entiendes? Mark… la policía perseguía a un negro con una camiseta blanca. Y encontraron a un negro con una camiseta blanca, manchada además con la sangre de los chicos, que de casualidad eran los hijos de quienes lo mandaron a un reformatorio diez años antes. Isaak estaba ya condenado antes de poner siquiera un pie dentro de la comisaría. La única prueba que tenían contra él era una maldita camiseta… y su color de piel.

Me quedo callada ante el silencio de Mark. Ahora mismo creo que se está replantando su existencia.

—Maddy… ¿eres consciente de lo difícil que va a ser sacarlo de prisión?

—No quiero que te sientas obligado a hacer nada por mí, Mark. Sé que es un caso muy complicado, y sé que te pondrías en contra de un juez y de un fiscal, y que el ayuntamiento te daría la espalda. El caso Pearson podría ser el fin de tu carrera.

—Si Isaak Pearson es inocente, hay un asesino suelto y un hombre que ha perdido más de veinte años de su vida en una celda.

El “si” lo puede borrar. Es inocente.

—Isaak es inocente.

—Yo te creo, Mad. Pero no importa lo que yo crea o deje de creer, lo que importa es lo que yo pueda demostrar.

—No te sientas en el compromiso de aceptar el caso, Mark.

—No me siento en el compromiso de aceptarlo, Maddy… Me siento en la obligación de, como mínimo, revisar el caso y ver las posibilidades que Isaak tiene de ser absuelto, antes de darle falsas esperanzas a él y a su familia… Así que de momento es mejor que esta conversación quede entre nosotros, porque con todo el trabajo que tengo en el juzgado voy a tardar un tiempo en poder ponerme con el Proyecto Pearson.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Esto no puede estar pasando de verdad,

—¿Proyecto Pearson?

—¿No es un nombre perfecto para mi proyecto de defender a personas inocentes condenadas injustamente?

Con el corazón en un puño, le abrazo con fuerza, olvidándome del resto del mundo. Isaak tiene una oportunidad de salir.

—Eres un tío increíble, Mark.

—Igual te has enamorado del Thompson equivocado…

No puedo evitar reírme, separándome de él.

—Sigue intentándolo, anda…

—¿Pasa algo?

Me doy la vuelta secándose con cuidado la humedad de mis ojos, y me encuentro a Dereck con dos copas en la mano.

—No te preocupes, todo está bien…

—Has llorado, ¿qué le has hecho?

Su hermano levanta las manos con indignación.

—Yo no lo he hecho nada.

Pongo una mano en el pecho de cada uno.

—Tranquilos, los dos. Dereck, luego te lo cuento…

—O sea, que pasa algo.

Ay, señor.

—Es algo entre tu hermano y yo.

—¿Y no me lo vas a contar?

Pues con esos celos de mierda igual no.

—Te lo contaré después si quiero… y si te calmas.

—Estoy calmado.

—No, no lo estás.

Le mantengo la mirada unos segundos antes de darme la vuelta, pero me detiene agarrándome el

brazo con suavidad.

—¿A dónde vas?

—A buscar a Lizzie, ¿puedo o no me da permiso el señor? ¿O también te vas a poner celoso de tu hermana?

Veo de reojo a Mark aguantando la risa.

—Maddy…

—Suéltame… ahora.

Suspirando, lo hace y me alejo de allí escuchando a Mark llamarle imbécil a su hermano. ¿Van a estar así toda la vida? Porque no estoy dispuesta a aceptar que Dereck tenga celos de su propio hermano.

—Maddy…

—Ahora no…

Dejo a Jared con la palabra en la boca y entro en casa. Más que por los celos de Dereck, necesito serenarme después de la conversación sobre el padre de Ali. Me detengo al final de las escaleras, con la vista nublada por las lágrimas. Es algo que me duele muchísimo, porque yo estaba allí y él no lo hizo. Y porque llevo veinte años viendo el sufrimiento de mi mejor amiga y de sus hermanos.

Y viendo a un hombre inocente al que le han robado veinte años de su vida, de ver crecer a sus hijos… Si Mark consigue sacarlo de la cárcel, el ayuntamiento no tendrá millones suficientes para compensar todo lo que se ha perdido… todo lo que le han arrebatado.

Cuando me consigo reponer, abro sin llamar antes la puerta del cuarto de Lizzie y me quedo tan paralizada que tardo unos segundos en procesar lo que estoy viendo y ser capaz de volver a cerrarla.

¿Acabo de ver a Theodore y a Tiffany… follando… en la cama de Lizzie?

Acabo de ver a Theodore y a Tiffany follando en la cama de Lizzie.

24. TE FALTA CALLE

Nunca en mi vida había bajado tan rápido unas escaleras. ¿Por qué coño he tenido que abrir la puerta? ¿Y dónde coño se ha metido Lizzie?

Intento buscarla entre las cabezas de los invitados, pero no la veo. Dios, el corazón me martillea en el pecho de una manera… No me puedo creer que Lizzie haya estado llorando por el hijo de puta de Theo que a saber cuánto tiempo lleva pegándosela con su amiga. Es que Lizzie tenía razón con sus sospechas. La están engañando.

Me pierdo entre la gente, deseando con todas mis fuerzas que ninguno de los dos se haya dado cuenta de que he sido yo la que he entrado. Creo que pocas veces he sentido esta presión en el pecho. ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar ante una situación así?

—Maddy.

Una mano me detiene en seco y tardo en darme cuenta de que se trata de Dereck, que está junto a Mark y Jared. No me salen las palabras.

—Cariño, ¿estás bien?

Muevo mi cabeza de arriba a abajo.

—Maddy, ¿qué te pasa?

—Nada… ¿habéis… habéis visto a… Lizzie?

Dereck me agarra la cara con las dos manos.

—Maddy, mi amor… estás blanca.

Como para no estarlo.

—Necesito… necesito hablar con Lizzie.

—Maddy, tienes la cara desencajada… ¿qué ha pasado?

Miro a mi alrededor, y me llevo a Dereck del brazo hacia un rincón sin gente, solo nosotros dos y sus hermanos.

—He subido al cuarto de Lizzie…

—¿Y?

Me llevo una mano al pecho en un intento de bajar mi ritmo cardíaco.

—Y he pillado a… a Tiffany y Theodore… en su cama…

Los tres abren la boca a la vez, para volver a cerrarla sin decir nada.

—Follando.

Veo cómo la ira se abre paso en el rostro de Dereck.

—Lo voy a matar.

Agarro a Mark y a Dereck del brazo cuando hacen el amago de darse la vuelta. Jared es el único que se queda quieto en el sitio.

—No, ahora no. Si vais a buscarlo, vais a montar un escándalo y vuestra hermana va a terminar humillada delante de toda la gente que os conoce. No le podéis hacer esto a Lizzie.

Dereck niega con la cabeza, bajando la voz.

—Se ha estado follando a otra en su cama. En su puta cama, Maddy.

—Lo sé, le podéis partir la cara después. Para que vuestra hermana no se convierta en la cornuda de Los Hamptons a un mes de su boda.

Jared levanta los brazos y les aprieta un hombro a sus hermanos.

—Maddy tiene razón, la paliza se la damos después. Ahora lo que tenemos que hacer es buscar a Lizzie. Separémonos.

—Está bien.

Dereck me da un beso en la cabeza, y se va. Cada uno se pierde por un lado, y yo tardo unos segundos en hacer lo mismo. Veo a Elizabeth Thompson hablando con una de las camareras y me acerco a ella.

´—Señora Thompson…

—Madison, ¿estás bien? Tienes mala cara.

Como si eso le importara.

—Estoy buscando a Lizzie, ¿la ha visto?

Mi querida suegra me mira de arriba a abajo.

—Está en la piscina.

—Gracias.

Me dirijo hacia allí y respiro aliviada cuando la veo hablando con unos hombres trajeados. En cuanto me ve, se aparta de ellos y viene hacia mí.

—¿Qué te pasa?

Qué no me pasa. Vaya día de emociones de mierda.

—Lizzie, tenemos que hablar…

—¿Ha pasado algo con mi hermano?

Niego con la cabeza.

—No, tranquila. Pero no podemos hablar aquí porque…

Alguien choca conmigo, lanzándome a la piscina. No me hace falta sacar la cabeza del agua para saber quién ha sido la zorra que me ha tirado. En cuanto abro los ojos, la veo ahí con su cara de estúpida, parada al lado de Lizzie, que se ha quedado estupefacta.

—¡Ay, Maddy! Lo siento mucho, he tropezado…

Con sus muertos ha tropezado. Sonrío, maldiciéndola a ella y a toda su familia, mientras salgo de la piscina con la poca dignidad que me queda, con demasiados pares de ojos encima mía. Camino, empapada y chorreando agua a cada paso, hasta pararme delante de Tiffany.

—Eres una hija de puta.

Lizzie me mira sorprendida, y Tiffany se lleva una mano a la boca.

—Ya me he disculpado, ha sido sin querer…

—Tú y yo sabemos que no ha sido sin querer, y que no lo estoy diciendo por tu patético intento de humillarme delante de todo el mundo.

—Madison, no sé qué te pasa conmigo… Entiendo que estés celosa por lo que hay entre Dereck y yo…

Lo que me faltaba.

—Entre Dereck y tú… no hay nada.

Cuando pasa por al lado nuestra un camarero con una bandeja llena de copas de vino, ni me lo pienso. Se la vacío en la cara, haciéndola gritar y al dar unos pasos hacia atrás, tropieza con sus propios pies y termina en el fondo de la piscina. Lizzie lo observa todo con la boca abierta, sujetándome del brazo al tiempo que aparece Elizabeth y sus tres hijos alertados por los gritos de Tiffany.

—¡Estás loca!

—¿Creías que ibas a poder humillarme así y que te iba a salir gratis? Te falta calle, guapa.

—Madison, ¿qué has hecho?

Miro a Elizabeth, mientras me escurro el agua del pelo con las manos.

—¿Yo? Yo solo me he defendido, mejor que te cuente Tiffany qué ha hecho ella para intentar callarme empujándome a la piscina.

—¡Mentira! Yo he tropezado con ella sin querer, pero no soporta que Dereck esté pendiente de mí…

¿Esta chica qué se fuma? En serio, está loca.

—Eres una pedazo de zorra, Tiffany.

—¡Madison!

Miro a Elizabeth, toda escandalizada y lanzándome una mirada llena de reproche. Con una sonrisa y negando con la cabeza, giro sobre mis pies y paso por al lado de Dereck sin mirarlo.

—¡Maddy!

Acelero el paso para entrar rápido en la casa, atravesando la cocina, con Dereck detrás pisándome los talones.

—¡Maddy, para!

Me alcanza a punto de llegar a la escalera, cogiéndome del brazo. Pero estoy tan mojada que no solo me escurro de su agarre sino que me resbalo y me doy de bruces contra el suelo.

—Ay, ay, ay…

—Maddy… Maddy, cariño… ¿estás bien?

—¡Claro que no! Ay, Dios… me he roto el pie…

Dereck me obliga a quitar las manos del pie para poder verlo mientras me quejo del dolor. ¿Alguna humillación más?

—No está roto.

—No eres médico, no lo puedes saber.

—Maddy, si te rompes el pie se te deforma… ¿lo ves deformado?

Cuento mentalmente hasta tres para mirarlo.

—No, no está deformado… Ay… me duele mucho…

Me llevo una mano a la frente y al retirarla me doy cuenta de que está llena de sangre. Ay, señor. Me voy a desmayar.

—Tengo sangre…

—Sí, te has golpeado con la pata de la mesa.

Dereck me mira la cabeza, sacando un pañuelo de su bolsillo para ponerlo en la frente. Joder, me cago en todo. Cómo duele esta mierda.

—¿Me abro la cabeza y no me lo dices?

—No te la has abierto, y estabas más preocupada por tu pie.

Cierro los ojos intentando relajarme. No los abro cuando Dereck me levanta del suelo en brazos y me lleva hasta el sofá.

—¿Qué haces? Le voy a mojar el sofá a tu madre. ¡Y estoy sangrando!

—Que compre otro.

Me tiembla el labio de lo que me estoy aguantando el llanto.

—Maddy, lo siento. Te has caído por mi culpa.

—Me he caído por culpa de la zorra esa.

Me duele la cabeza. Quiero llorar. No puedo más.

—Dereck… lo siento. He montado un escándalo, he perdido los papeles cuando la payasa esa me ha tirado al agua y luego se ha puesto a decir que si es normal que esté celosa por lo que hay entre vosotros…

—Entre ella y yo no hay nada.

—Ya lo sé, eso le he dicho yo… ¿Pero cómo se atreve la muy estúpida a insinuarme eso a la cara después de haberla pillado follándose al prometido de su mejor amiga en su propia cama?

Es que la cogería ahora mismo y la arrastraría de los pelos si pudiera andar bien.

—¿Qué has dicho?

Mierda. Dereck y yo miramos hacia el pasillo. Lizzie.

—Lizzie, yo… lo siento… No quería que te enteraras así…

Se acerca a nosotros hecha una furia.

—¿Me estás diciendo que me he pasado la noche llorando porque iba a romper el compromiso con Theo cuando él me está engañando con mi mejor amiga? Bueno, ex mejor amiga. ¡Será zorra!

—¿Cómo que ibas a romper tu compromiso?

Los tres miramos hacia el pasillo y vemos allí plantados al resto de los miembros de la familia Thompson.

—¿De verdad, mamá? ¿Theo se folla a Tiffany en mi propia cama y lo que te importa es que yo iba a cancelar la boda?

—No hables así.

—Yo hablo cómo me da la gana.

—La boda no se cancela.

¿Perdón? Lizzie mira a su madre como si le hubieran brotado dos cabezas.

—¿Tú has escuchado lo que te acabo de decir? ¡Que me está engañando!

—No es tan grave. Hay cosas peores.

Ay, la madre que me parió. No tiene límites esta mujer.

—La boda se iba a suspender después de la fiesta porque no quiero casarme con él.

—¿Cómo no te vas a querer casar con él? Lo tiene todo.

¿Pero la gente rica es así de verdad? ¿En serio?

—No me voy a casar con un hombre del que no estoy enamorada solo porque queráis unir las dos familias y las fortunas. Y mucho menos, después de descubrir que soy una cornuda.

—Lizzie, tienes que recapacitar.

Vaya. El señor Thompson. Si tiene voz y todo.

—¿Tú también, papá?

—Esto nos afecta a todos.

Lizzie se sienta en el sofá al lado mía, y cruza los pies encima de la mesa. Estoy segura de que lo hace para molestar a su madre.

—No te preocupes por tu bufete, que es lo único que te importa… dimito.

¿Qué? Joder la que se está liando.

—No vas a dimitir.

Lizzie se cruza de brazos. Jared se aprieta el puente de la nariz. Mark se tapa la boca con la mano. Y Dereck no deja de mirar a sus padres.

—¿Que no? Ya lo he hecho.

—No acepto tu dimisión.

Lizzie empieza a reírse.

—Tendría que haberme ido desde un principio a J. D. Thompson. No he podido ser más estúpida.

—Tu sitio está conmigo.

—¿Porque tú lo digas? No, papá… No pienso trabajar más ni para ti, ni para tu socio, acá el padre de Theo. Y mucho menos, voy a compartir oficina con el cerdo ese que no me ha respetado ni la cama.

Muy bien dicho. Así se habla.

—¿Qué te ha pasado? Tú no eres así…

Ay, Elizabeth. Qué poco conoces a tu hija.

—Maddy me ha pasado. La he conocido y me he dado cuenta de que hay muchas cosas de mi vida que ni me gustan ni me las merezco.

Elizabeth levanta las manos, y me mira con una cara… que si no tuviera la cabeza abierta ya me la abriría ella.

—¡Tú! Desde que has llegado solo has hecho crear problemas, no me respetas a mí, no respetas a mis invitados, le comes la cabeza a mis hijos, agredes a Tiffany… ¿Qué clase de educación te han dado tus padres, Madison? No es digna de una chica de clase alta… No estás a la altura de esta familia, Madison.

Uy. Uy. UY.

—Madre…

Callo a Dereck tapándole la boca con una mano mientras me levanto.

—Mira, señora… No eres nadie para cuestionar la educación que me hayan dado mis padres. Pero ya que estamos, mira… Lo siento, Dereck…

Por su media sonrisa, ya sabe lo que voy a decir.

—Ni soy, ni quiero, ni voy a ser nunca una chica de clase alta… ¿Para qué sigues fingiendo si ya me has investigado y sabes que soy una chica pobre de Red Hook?

La cara de los señores Thompson es un poema.

—Sí, pon esa cara… Yo llevo un año trabajando para Jared, y a Dereck lo conocí el jueves cuando llegué tarde a trabajar… y me propuso que fingiera ser su novia delante tuya y acepté a cambio de un préstamo de doscientos mil dólares para pagar la deuda médica de mi padre y no perder la casa. Así que no, no me comporto como una chica de clase alta porque no lo soy… no soy una falsa, ni una cínica, ni una prepotente como tú.

Como nadie dice nada… ya una vez abierta la caja de mierda…

—No eres la más indicada para cuestionar la educación que me han dado a mí mis padres cuando tú te has desentendido de tus hijos hasta el punto de que parece que quieren más a la cocinera que a ti. A mí me han podido faltar muchas cosas, pero lo que no me ha faltado es el amor de mis padres… que es precisamente lo que les ha faltado a tus hijos como para que vengas tú a mí ahora a darme lecciones de moral.

Respiro profundamente y le clavo la mirada a Elizabeth, que mantiene la expresión imperturbable.

—Y lo siento, si algo de lo que he dicho te ha hecho daño. Pero llevo tres días aguantando calladita tus miradas y tus gestos, juzgándome, cuestionándome, despreciándome cuando crees que nadie te ve… Ayer mismo me dijiste, literalmente, que parecía una cualquiera. Y hoy me has tratado como a una puta ofreciéndome dinero para alejarme de tu hijo.

Me encojo de hombros, y meneo la cabeza mirando hacia el techo, aunque sé que tengo los ojos de Dereck clavados en mí.

—Llevo tres días viendo cómo miras a tus hijos y la frialdad con la que los tratas… Los cuatro son personas maravillosas, son buenos… son muy buenos… y no tienes… ni un gesto de cariño con ellos… Parece que no te importa nadie más aparte de ti… Joder, que tu querido yerno acaba de follarse a otra en tu propia casa y pretendes que tu hija siga adelante con la boda… No te mereces a los hijos que tienes porque eres una egoísta de mierda… Así que no vuelvas a mencionarme a mis padres… porque no es que yo no esté a la altura de tu familia, es que tú no estás a la altura de la mía… señora.

Paso por al lado suya, con los tacones en la mano e intentando no cojear, y subo las escaleras aguantando el dolor del maldito pie. Pero reconozco que no es lo que más me duele.

Acabo de mandarlo todo a la mierda.

25. ESO ES UN SÍ

Cierro los ojos un momento cuando la puerta del dormitorio se abre, pero sigo haciendo mi maleta prácticamente sin apoyar el pie. El silencio que hay en la habitación casi no se puede soportar.

Me doy la vuelta lentamente y me siento sobre la cama. Dereck me mira con ojos brillantes, apoyado de lado en la pared.

—Lo siento, Dereck. Sé que me he pasado de la raya, sé que he creado un conflicto en la familia… Y encima te he dejado fatal contando la verdad… Pero sabes lo que mis padres son para mí y he sido incapaz de callarme la puta boca, encima después de ver como se han portado con Lizzie…

—Maddy…

—Lo siento, Dereck. Lo siento… Yo… yo no entiendo cómo funciona así una familia… A lo mejor para vosotros es normal trataros como una mierda, pero yo no lo soporto… No soporto a tu madre, no soporto cómo te trata… Y lo siento, sé que la he cagado y que he mandado esto a la mierda… Así que tranquilo, que me voy.

Dereck asiente, cruzado de brazos.

—Te quiero.

¿Qué? Soy incapaz de reaccionar.

—Te quiero, Maddy… Te quiero tal y como eres… buena, sincera, honesta… Eres una mujer maravillosa, y no sé qué he hecho para merecerte… De hecho, no te merezco… pero es que me he enamorado de ti y no estoy dispuesto a renunciar a una vida contigo por nada del mundo, y mucho menos por mi madre. Así que no te vas a ir a ninguna parte… sola no.

Permanezco inmóvil, con el corazón latiendo a mil por hora, mientras se acerca y se arrodilla delante de mí, entre mis piernas.

—Te quiero, Madison Davis. Da igual lo que digas, da igual lo que hagas… nada va a cambiar lo que siento por ti.

—Dereck…

Se me quiebra la voz cuando me acuna la cara con las dos manos.

—Lo siento, Maddy. Siento haberte metido en esto…

—No lo sientas… si no, no nos habríamos conocido…

—Habría buscado la manera de que me hicieras caso, créeme…

Dejo que me bese y que me engulla entre sus brazos. No puedo explicar la felicidad que siento en este momento.

—Tu madre me odia.

—Mi madre odia a todo el mundo.

—Ya, pero seguro que nadie le ha dicho lo que yo.

Dereck se retira un poco, mirándome la herida de la frente con preocupación. Hasta se me ha olvidado que me duele.

—Le has dicho la verdad, y lo que ninguno de nosotros se ha atrevido a decirle nunca. La que se ha pasado ha sido ella con Lizzie, me lo esperaba en realidad… ¿pero lo de mi padre? Eso sí que no.

Como padres, los dos dejan mucho que desear.

—No me puedo creer que te haya ofrecido dinero.

Ah, bueno. Eso.

—Si te digo la verdad no pensaba contártelo, pero se me ha escapado.

—¿Por qué no me lo ibas a contar?

—Porque no quería hacerte daño.

Me seca con sus pulgares las lágrimas que se escapan de mis ojos.

—Mi amor… no me tienes que proteger de mi madre. Soy yo el que te debería haber protegido de ella. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, Dereck.

—Lo siento.

—Para de disculparte, por favor.

Dereck asiente con la cabeza, y yo cierro los ojos cuando me besa.

—A todo esto… ¿dónde está Theo?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Jared lo ha echado.

—¿Jared?

—Jared, ha ejercido de hermano mayor.

Verás…

—¿Qué le ha hecho?

—Digamos que… que va a necesitar unos cuantos puntos en la cara.

No me puedo creer que haya sido Jared el que al final le ha partido la cara. Hubiera puesto la mano en el fuego por Mark. Hablando de Mark…

—Dereck… no puedes estar celoso de Mark.

—No son celos, es que…

—Dereck, mi amor… son celos.

—No, es que me molesta que lo haga a propósito para fastidiarme.

—¿Y no te das cuenta de que no dejará de hacerlo si ve que te molesta?

Hace una mueca, torciendo el gesto.

—Es un tocapelotas.

Lo sé.

—Pues te vas a tener que acostumbrar a que voy a pasar tiempo con él.

Su ceja levantada me hace reír.

—¿Por qué?

—Primero, porque me cae muy bien y quiero ser su amiga además de su cuñada. Y segundo… porque me va a ayudar con un asunto.

—¿Con qué asunto?

Sonrío solo de pensarlo.

—Sacar al padre de mi mejor amiga de la cárcel.

—¿Es en serio?

—Sí, pero no me apetece volver a contar la historia hoy porque me duele, y porque ya tengo bastantes emociones encima en este momento.

Me mira unos largos segundos, hasta que me vuelva a besar.

—Está bien, puedo esperar.

—¿No te molesta que Mark lo sepa y tú no?

—Sí, pero como has dicho… me voy a tener que acostumbrar, ¿no?

Le doy un beso en la frente, acariciándole el cuello con mis dedos.

—Dereck… ¿sabes que yo también te quiero, no?

Sonríe, con los ojos brillantes.

—Sí, pero me lo puedes decir… sin presiones ni nada, eh…

Muevo mi cabeza para hacer que nuestras narices se toquen.

—Te quiero, Dereck Thompson.

—Vente a vivir conmigo.

¿Que qué?

—Dereck, solo…

—¿Solo qué? ¿Solo nos conocemos de unos días? ¿Y qué? No me hace falta más tiempo contigo para saber que eres la mujer de mi vida.

Ay.. Me siento como la protagonista de una novela romántica.

—Estás loco…

—Por ti… Ven a vivir conmigo, si no te gusta mi apartamento nos buscamos otro, o una casa… o lo que quieras… Viviremos donde tú quieras, como si quieres que me mude a Red Hook…

No me lo imagino viviendo en Red Hook.

—La verdad es que Red Hook nos pilla un poco lejos del bufete, ¿no te parece? Ya que me mudo es como para dormir al menos una hora más… o aprovechar esa hora para hacer un poco de… no sé… ¿yoga?

Su sonrisa hace que se ilumine toda la habitación.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí.

La cara de Dereck refleja una felicidad que no había visto hasta ahora.

—Te quiero.

—Y yo.

Nos miramos en silencio, pero es que no hacen falta palabras. Ya no.

—Te quiero tanto, Maddy.

—Ya lo has dicho.

—Pues no me voy a cansar de decirlo.

Acero mis labios a los suyos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ni yo de escucharlo… ¡Ay!

Dios, qué pinchazo me acaba de dar. Ay, me he roto el pie. Seguro.

—¿Te duele mucho el pie?

Al borde las lágrimas, le digo que sí con la cabeza.

—Me lo he roto.

—No te lo has roto.

—No sabes si me lo he roto.

—Tuve que dejar de jugar al fútbol en la universidad porque me rompí el pie. Créeme, si te lo hubieras roto no habrías podido subir las escaleras.

Eso no me lo había contado.

—Vale, a lo mejor no me lo he roto. Pero me duele muchísimo…

Cierro los ojos cuando me agarra la cara con las dos manos, apartándome el pelo mojado. Es que vaya desastre de persona soy.

—Vale, pues vamos ahora al hospital y que te miren el pie y ese corte

Houston. Tenemos un problema.

—Dereck… yo… yo no tengo seguro.

—No te preocupes por eso, yo me encargo.

—¿Ventajas de tener un novio asquerosamente rico?

Su risa inunda la habitación, y mi corazón. Ay, qué asco me doy. No puedo ser tan cursi. Yo soy una tía dura.

—¿Te quito la ropa mojada?

Igual sí. Solo faltaba aparecer así en el hospital.

—Por favor.

Un rato después, tras haberme cambiado el vestido empapado por un pantalón y una blusa, y después de haber bajado Dereck las maletas al coche, salgo de la habitación entre sus brazos. Literalmente entre sus brazos, sin tocar el suelo.

Para cuando pasamos por el salón, nos encontramos allí con los señores Thompson. Dereck ni les dirige una sola mirada hasta que la voz de su madre hace que se detenga.

—Hijo…

Intento sin éxito que me deje en el suelo. Qué vergüenza.

—No, ahórrate el discurso o lo que sea que me vayas a decir. Estoy ya muy cansado de ti, de vosotros… Mentira, no estoy cansado, estoy harto… harto al nivel de que no os soporto… Al nivel de pedirle a Maddy que me ayudara a fingir que éramos pareja para que no me dieras la paliza con el matrimonio y con todas las pretendientas que yo sé que nos tienes a mis hermanos y a mí.

Elizabeth parece que tiene una máscara, su cara no refleja emoción alguna. Pero Dereck padre es otra cosa. Está dolido, creo.

—Dereck…

—Papá… mira, de verdad… cállate.

—A mí no me…

—¿A ti no qué? ¿Que no te mande a callar? ¿Sabes cuándo te tenía que haber mandado a callar? Esta mañana, cuando le has vuelto a echar en cara a mi hermano que no fue a tu dichosa universidad…

Lo incómodo que es presenciar esta conversación mientras me tiene cogida en brazos y no puedo ni mirar para otra parte.

—Yo no he…

—No te atrevas a negarlo, hazte un favor. Maddy nos ha dado a todos más amor en tres días que vosotros en treinta años. Si queréis seguir fingiendo que somos una familia perfecta, adelante… pero no volváis a contar conmigo para nada más.

—No te puedes ir.

Ignorando a su madre, se da la vuelta negando con la cabeza.

—¿Que no? Mira cómo me voy.

Me tengo que aguantar la risa hasta que entramos en el garaje.

—Qué chulito, ¿no?

—¿Has visto?

Sonrío cuando me deja con toda la delicadeza del mundo en el asiento del copiloto y me abrocha el cinturón.

—Eres muy sexy hablando así de serio.

Cierro los ojos cuando me besa riéndose.

—¿Cómo de sexy?

Como para echarle un polvo ahora mismo si no me doliera el pie.

—Como para hacerte gemelos hasta que salgan impares.

Su carcajada retumba dentro del coche y por todo el garaje.

—Te amo.

Ay. Con un pellizco en el estómago, me acerco a sus labios para robarle un besito. Es el amor de mi vida. Cero dudas.

—Me alegro de que no haya subido el tono de la discusión con tus padres… y menos por mí.

—Tenía que haberle dicho unas cuantas cosas más a mi madre, pero… ¿para qué? ¿Para rebajarme a su nivel? Jared no me educó para caer tan bajo como ella, y mi hermano es la única persona además de ti a la que no pienso decepcionar en la vida.

Un carraspeo a la espalda de Dereck nos rompe el momento, y al mirar nos encontramos a Mark, Jared y Lizzie mirándonos con una sonrisa.

—¿Qué hacéis aquí?

Mark se encoge de hombros, abriendo la puerta del coche de al lado.

—Nos vamos con vosotros a seguir con la fiesta.

Jared, que no ha dejado de mirar a Dereck, agarra a Mark de la camisa y lo arrastra hacia nosotros, empujando a Lizzie con el otro brazo hasta poner su mano sobre el hombro de Dereck. Los cuatros se quedan en silencio unos segundos, hasta que Jared se aclara la garganta.

—Estoy muy orgulloso de vosotros, sobre todo de que los tres seáis tan buenas personas y no os parezcáis en nada a los señores Thompson. Ni queriendo podríais decepcionarme a estas alturas de la vida, ninguno…

Me seco una lágrima cuando los cuatro se abrazan, y le devuelvo la sonrisa a Jared cuando me sonríe y leo en sus labios un “gracias”. Gracias a él, por haber ejercido a la perfección un papel que no le correspondía. Jared se merece todo lo bueno que le pase en la vida.

—Dicho esto, ¿a dónde vamos?

Dereck es el primero en romper el abrazo.

—Primero al hospital, y después…

Me mira desde fuera del coche con todo el amor del mundo.

—A la casa Davis.

EPÍLOGO

Tres meses después.

—Mi amor, ¿qué te queda?

—¡Terminar!

Y espero que no me lo vuelva a preguntar. Retrocedo varios pasos para verme bien frente al espejo, intentando no mirar los zapatos de tacón. Hoy es el primer día que me voy a poner tacones después de la torcedura de tobillo y las dos semanas que tuve que estar con muletas. Le cogí un poco de miedo a las alturas, y llevo desde entonces con zapatos planos. Pero igual ya va siendo hora de superar el miedo.

No puedo expresar con palabras el cambio que dio mi vida de un momento a otro hace tres meses. El pasar de tener tres trabajos y no dormir ni cinco horas a poder enfocarme en J.D. Thompson y no tener que preocuparme por absolutamente nada más… Increíble.

Mi padre aceptó el trabajo en el concesionario de Dereck, mi madre dejó de trabajar, y mi hermana pudo reducir su jornada laboral para poder pasar más tiempo con su hijo y matricularse en una escuela de cocina, que es el sueño que tuvo que posponer al nacer Ben y enfermar nuestro padre. Y las facturas dejaron de acumularse.

Yo conseguí que Dereck formalizara el préstamo de la empresa para que me lo descontaran de la nómina, pero Jared y él hicieron la jugada de subirme el sueldo para que siguiera ganando el mismo dinero. Sus hermanos se han convertido en los míos, y a sus padres no los he vuelto a ver. Ni los Thompson han cedido a su orgullo, ni Dereck tiene intención de arrastrarse ante ellos para volver a la misma sumisión.

Y mi relación con Dereck… ¿qué puedo decir? Conocerle ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. El amor que siento por él no es comparable a nada de lo que me haya podido imaginar que era el amor en ningún momento de mi vida.

Al día siguiente de regresar de Los Hamptons, me fui a su apartamento, principalmente porque no era capaz de subir las escaleras de mi casa, y no nos hemos vuelto a separar. Tardamos dos semanas en encontrar un ático que nos gustaba a los dos a un par de calles de la oficina, y estamos encantados aquí, pero en un futuro no muy lejano me gustaría mudarme a una casa con jardín. Así crecí, y así quiero que crezcan los hijos que tengamos. Por no hablar de que me siento un poco enjaulada en un piso, por muy grande que sea la terraza que tenemos.

Sonrío al escuchar los pasos de Dereck acercándose al vestidor. No sé qué le pasa pero hoy está un poco más impaciente de lo normal. Ignoro su presencia cuando se apoya en el quicio de la puerta, cruzado de brazos, y siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Venía a meter presión, pero es que estás tremenda con ese vestido…

Le miro de reojo con una ceja levantada. Qué bueno está.

—¿Sabes en qué llevo pensando desde que me lo he puesto?

—¿En qué?

No le quito el ojo de encima a través del espejo mientras me pongo los pendientes.

—En el momento en el que me lo quites.

Veo cómo se forma una pequeña sonrisa en sus labios a la vez que traga saliva y se acomoda el pantalón.

—Eres muy mala, Davis.

—Y tú un facilón, Thompson.

Paso por su lado para coger el bolso pero termino entre su cuerpo y la pared y con sus labios en los míos.

—Tú me haces ser un facilón.

Ahora la que traga saliva soy yo.

—¿Me disculpo?

A escasos milímetros de mi boca, mueve lentamente su cabeza de arriba a abajo asintiendo.

—Sí, discúlpate.

—¿Por qué?

—Porque vivir así es una tortura.

Llevo mis manos hasta el cuello de su camisa, levantando la mirada desde su cuello hasta su boca.

—No tengo yo la culpa de que no puedas controlar tus… instintos.

—Mi amor… mis instintos estaban más que controlados hasta que te conocí.

Los míos también.

—Pobrecito…

—¿Te ríes?

Digo.

—Descaradamente.

Amago con besarle, y aprovecho que afloja su agarre para escaparme hacia la puerta de casa.

—¡Venga, señor Thompson! ¡Mis padres esperan!

Apoyo la espalda en la fría pared del pasillo, fuera ya de casa, y le regalo la mejor de mis sonrisas cuando sale por la puerta.

—Cuando volvamos, te vas a enterar…

—¿Es una amenaza?

Me mira con tanta intensidad, que siento cómo me sube la temperatura corporal de golpe. Mucho más cuando con una mano tira de mi cintura y hace chocar nuestros cuerpos.

—Ya lo creo que sí…

—Pues le voy a tener que poner una queja, señor Thompson.

Sin poder quitarme la sonrisa de la boca, rozo mi nariz con la suya.

—Adelante, ve a Recursos Humanos.

Me da una palmadita en el culo antes de entrelazar sus dedos con los míos y entrar en el ascensor.

—Ah, tenemos que pasar un momento por la oficina.

Venga ya.

—Dereck, vamos a llegar tarde a la cena.

—La cena puede esperar.

—Pero mis padres no.

Y vienen encima desde Red Hook.

—Ya les he avisado de que vamos a tardar quince minutos en llegar.

Me cruzo de brazos, dese la otra punta del ascensor.

—Tú sabes que no van a ser quince minutos.

Dereck se lleva una mano al pecho con una media sonrisa que hace flaquear mis fuerzas.

—Te lo prometo. Entrar y salir.

Nunca es entrar y salir. Apenas unos minutos después, detiene el coche al lado de la sede de J.D. Thompson.

—Ahora vengo, te juro que va a ser un momento.

Se ríe cuando le hago una cobra para evitar besarle.

—Más te vale…

Me cruzo de brazos, mirando molesta hacia el frente. Si me hubiera dicho que teníamos que parar en la oficina, me habría dado un poco de más prisa arreglándome. Cuando empieza a vibrar mi móvil y veo que es Dereck quien me está llamando, resoplo porque sin cogerlo ya sé que la cosa se va a alargar. Maldita sea.

—¿Qué pasa?

—¿No serás tú Miss Simpatía?

No puedo evitar sonreír. Qué tonto es.

—La misma, ¿qué pasa?

—Me he quedado encerrado en el ascensor.

Y será verdad.

—¿Me estás vacilando?

—No, y el de seguridad no responde al botón de emergencia.

No me lo puedo creer.

—¿Entrar y salir, no? Pues ahí te vas a quedar.

Su risa de incredulidad resulta muy cómica. Pero ya me estoy bajando del coche. Soy una blanda.

—No te enfades.

Claro que me enfado.

—No me enfado.

—Si te enfadas.

Subo con cuidado los escalones para no matarme con los escalones.

—Pues sí me enfado, porque tendríamos que haber ido directamente al restaurante y haber venido aquí antes de volver a casa, que no sé qué puede ser tan urgente ni tan importante como para no poder esperar a después de cenar…

Me detengo en seco cuando entro al edificio y levanto la vista al pasar por el arco de seguridad.

—No te creo…

Aun con el teléfono pegado en la oreja, y con los ojos inundados de lágrimas, veo a Dereck plantado frente al ascensor, justo en el que nos conocimos cuando tropezamos. Y junto a él mis padres, mi sobrino, mis hermanos, y los suyos. Y un camino de pétalos y antorchas que iluminan el vestíbulo del edificio que ha cambiado por completo mi vida.

—Cuando quieras, eh… Sin prisa, Davis.

Bajo el móvil y obligo a mis pies a reaccionar y caminar hacia delante, sin ser capaz de apartar la vista de Dereck, pasando por delante de nuestras familias sin mirarlas.

—Y yo preguntándome por qué estabas hoy tan impaciente… Y no me he dado cuenta de que era por esto…

Me coge de las dos manos, y creo que es la primera vez en tres meses que veo al señor Dereck Christopher Thompson nervioso.

—Gracias por no joderme el momento.

Al borde de la histeria por lo que está a puntito de pasar, sonrío como nunca en mi vida cuando Dereck me coge de las manos y me da un beso en ellas. Me va a dar algo.

—Maddy… supe que estaba jodido desde el momento que chocaste conmigo aquí mismo, hace tres meses. En cuanto te miré a los ojos, se removió algo dentro de mí que no… que no alcanzaba a comprender… Y solo se me ocurrió pedirte que fingieras ser mi novia para poder conocerte… Y volvería a hacerlo mil veces, evitando una cierta caída…

No soy la única de los presentes aquí que se ríe.

—Sabía que me quería casar contigo mucho antes de darme cuenta de que me había enamorado de ti… Y aunque te lo hubiera pedido en el mismo momento que te dije que te amaba, he esperado tres meses… uno por cada día que pasamos juntos aquel fin de semana… noventa días en los que me he dormido contigo entre mis brazos preguntándome qué he hecho para merecerte y pensando en que no podía esperar que llegara el día en el que te convirtieras en mi mujer…

Se me va a salir el corazón del pecho. Madre mía. Me muero.

—Te amo, Davis. Amo tu bondad, amo tu honestidad, amo tu franqueza, amo tu carácter, amo tu familia… Amo absolutamente todo de ti… todo, todo, todo… Eres la dueña de mi corazón… el amor de mi vida… y la madre de mis hijos… Así que dime, Madison Davis…

Se está arrodillando. Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios. El anillo.

—¿Me harías el favor de casarte conmigo? Es que estoy en apuros…

Dejo las lágrimas de felicidad correr por mis mejillas.

—¿Mi jefe está en apuros?

—Tu jefe está en apuros.

No puedo dejar de sonreír.

—Vaya… pues entonces déjame pensarlo… porque es que yo no se lo he dicho, pero no te imaginas lo mal que me cae mi jefe…

Riéndose, me mira en silencio con esos ojos que me atraparon desde el primer segundo brillando como nunca antes. Lo amo con toda mi alma.

—Dereck eres… eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida… Cada día contigo es un regalo, y… y estoy tan loca por ti… que te digo que sí ahora como te lo habría dicho hace tres meses… Porque te amo y porque no concibo mi vida sin ti… Así que sí… sí quiero casarme contigo.

Entre lágrimas, gritos, aplausos y confeti, termino con un diamante en mi mano y volando en el aire entre los brazos de Dereck.

—Te amo, señorita Davis.

—Yo sí que te amo, señor Thompson.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, por llegar hasta aquí.

Y gracias a Dereck y a Maddy, por permitirme soñar.

ABOUT THE AUTHOR

Vivi Junior

Profesora de Geografía e Historia con complejo de escritora romántica. Un poco escéptica en el amor. Una apasionada de la vida. Su cabeza no para de crear historias. Su sueño es llegar a la gran pantalla. Nunca dejará de soñar.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Yours: Catorce Veces Y Siempre.

Cuando me quedé embarazada hace cuatro años de un desconocido, lo que menos me hubiera imaginado es que iba a tener dos hijos de uno de los hombres más ricos del mundo. Ahora que nos hemos vuelto a encontrar, está decidido a llevarnos a Nueva York con él y a demostrarme que el amor verdadero y las segundas oportunidades sí existen. Pero tampoco hubiera imaginado que iba a terminar ayudando a mi hermano, al FBI y la CIA en una operación contra su padre. ¿Qué pasará cuando Alex descubra que le he engañado durante meses?

Por Arte De Mafia

Ni Merissa estaba dispuesta a enamorarse del hombre con el que el mafioso de su padre la había obligado a casarse, ni Ilya se podía permitir la licencia de enamorarse de la hija del hombre al que tenía la misión de destruir. Pero hay cosas contra las que no se puede luchar... ¿Renunciará Merissa a sus deseos de escapar del yugo de su padre y abrazar la libertad para quedarse al lado de un mafioso? ¿Renunciará Ilya a sus ansias de vengar la muerte de su madre y a todo lo que había construido como agente secreto para quedarse al lado de una mafiosa?